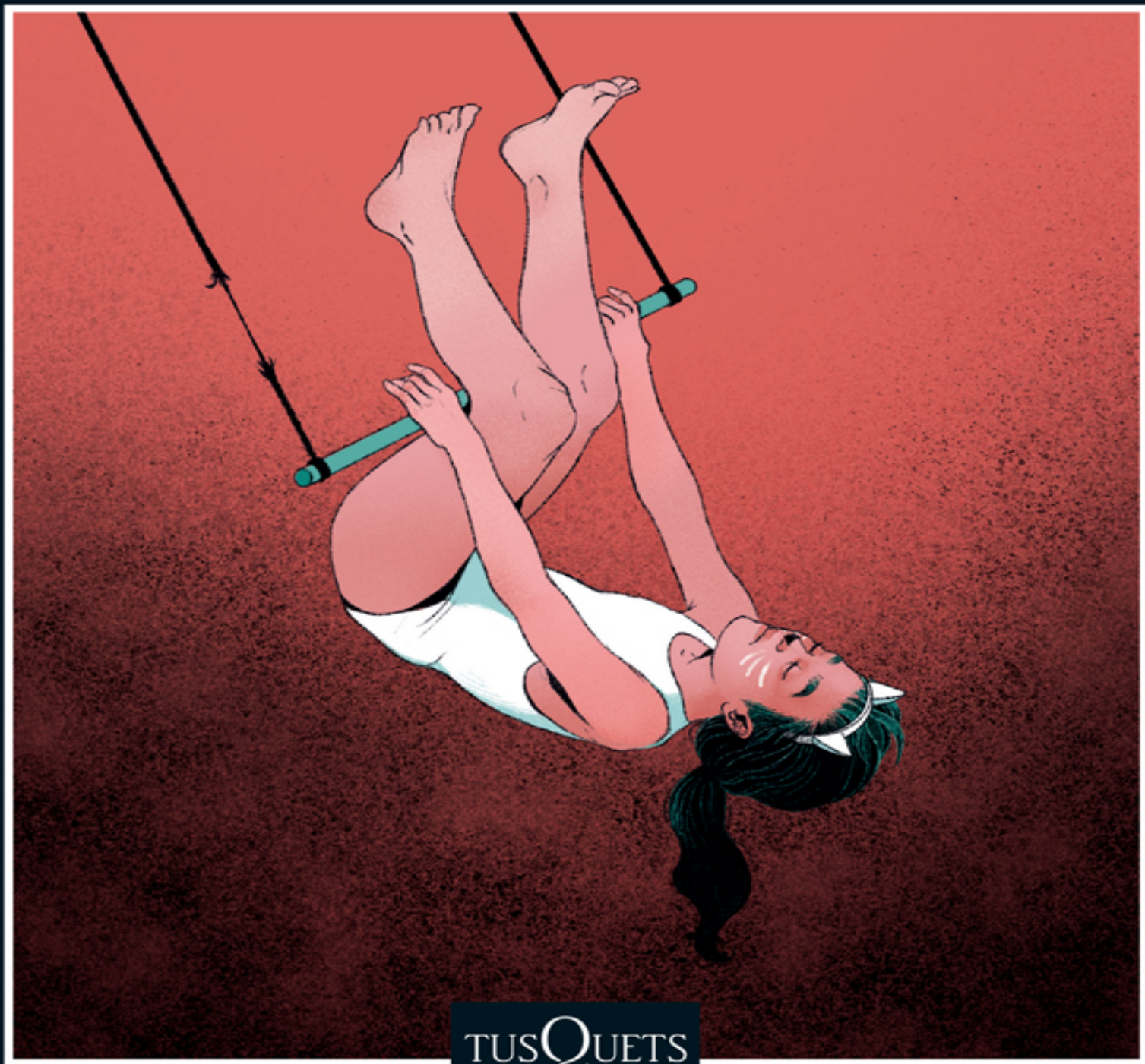


# Marta Barrio

# LEÑA MENUDA

*colección andanzas*

PREMIO  
TUSQUETS  
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

I. La línea de deseo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

II. Luciérnagas

1

2

3

4

5

6

7

8

- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18

### III. Pictogramas

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

#### IV. Estrella fugaz

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

#### V. De tartas de limón, plantas secas y bellas durmientes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

## VI. El petirrojo y la serpiente

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Notas

Créditos

## Sinopsis

Una joven vive con ilusión desbordada la confirmación de su embarazo. Comienza un carrusel de planes junto con su pareja para adaptar la casa al nuevo hijo, elegir el nombre, imaginarse la vida con él. Una mañana ocurre un pequeño incidente camino del trabajo: en un atajo por un parque, le sorprenden unos perros que la derriban antes de que la dueña pueda contenerlos. En el hospital, confirman que el feto no ha sufrido daños, pero un doctor experimentado ve algo raro en las ecografías que debería haberse detectado previamente.

# LEÑA MENU DA

Marta Barrio

El pasado septiembre de 2021, un jurado integrado por Almudena Grandes, en calidad de presidenta, Antonio Orejudo, Eva Cosculluela, Bárbara Blasco, ganadora de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por unanimidad a esta obra de Marta Barrio el XVII Premio Tusquets Editores de Novela.



*A mis primas, niñas trapecistas  
y jóvenes revolucionarias*



Hasta que un día de noviembre de 1978 a las ocho de la mañana dos policías llamaron al timbre. Presentaron un papel y se llevaron a mi madre. Entonces, en la comisaría y en el juzgado, entre uniformes oscuros y togas, empezaron los cuentos de dragones y espadas. El tiempo se hizo petróleo. Nos manchó la ropa. En mi memoria queda un ruido blanco: paisajes difusos, casi borrados completamente, del ir y venir de mi madre. Dentro y fuera. Dentro. Paso días como si padeciese una fiebre exótica. Me sale una calentura. No recuerdo el orden exacto de los acontecimientos. Hay situaciones en las que no sé si mi madre, un holograma, estuvo o no presente. Hasta que desaparece del todo y yo paso una larga temporada con los Bagur.

La catástrofe de noviembre de 1978 queda registrada en nuestra caja negra. Aún hoy sobrecogen los estragos de esa grabación. Antes, durante y después vivimos emociones contradictorias. Incluso momentos buenos.

Después, la vida sigue porque, al fin y al cabo, nada es lo suficientemente devastador.

MARTA SANZ, *Daniela Astor y la caja negra*

I

## La línea de deseo

MARÍA: No me preguntes. ¿No has tenido nunca un pájaro vivo apretado en la mano?

YERMA: Sí.

MARÍA: Pues lo mismo..., pero por dentro de la sangre.

FEDERICO GARCÍA LORCA, *Yerma*

Mi miedo era muy concreto; sus ramas, por el contrario, retorcidas y de límites imprecisos.

KATIXA AGIRRE, *Las madres no*

Cuando se dibujaron las dos rayas azules en la prueba de embarazo, me sentí adulta, de repente, casi por primera vez. A. me abrazó, íbamos a ser padres y nada haría mella en nuestra felicidad. Entre carcajadas, empezamos a enumerar nombres absurdos o frikis, de niño y de niña. Abilio. Padme. Facunda. Songoku. Pancracio. Yoda. Urraca. Bilbo. Gumersindo. Frodo. Aniceta. Gandalf. Primitivo. Amidala. Fulgencia. Obiwan. Godofredo. Cersei. Socorro.

Me tocaba constantemente la tripa para palpar aquel mundo secreto dentro de mí, del que solamente A. tenía constancia, en donde anidaba un ser misterioso que iría creciendo en las semanas siguientes hasta superar el tamaño de una semilla de amapola, de sésamo, un grano de arroz, un arándano y una frambuesa, según una aplicación de mi móvil que consultaba a todas horas. También podía elegir comparar su tamaño con el de un animal en lugar de una fruta: oso de agua, hormiga, mariquita, abeja, gusano de seda...

Me habían advertido del riesgo de aborto espontáneo del primer trimestre, y yo trataba mi cuerpo con delicadeza, como si fuera una vasija de fino cristal, siempre a punto de quebrarse. Mi vientre era un cofre que encerraba un precioso tesoro. En esos primeros días del verano, latía en mi interior un futuro insospechado, la promesa de una alegría inquebrantable.

Durante el mes de agosto, en las que iban a ser nuestras últimas vacaciones los dos solos, fuimos a las islas Eolias. En Vulcano,

donde tenía su fragua el dios del fuego, me tapé la nariz y la boca con un pañuelo al asomarme al cráter humeante, y pensé en la lava oculta bajo la corteza terrestre, en lo durmiente, lo que se gesta. Los cristales del azufre teñían de amarillo las laderas, y sus vapores olían a huevos podridos. Al bajar, me entraron náuseas y vomité a los pies del volcán. Aquel hedor infernal impregnó nuestras ropas y nos persiguió durante el resto del viaje.

## 2

Después del verano, según mi embrión iba alcanzando, sucesivamente, el tamaño de una uva, un dátil y un higo, o un caracol, una mariposa y una libélula, me sentía cada vez más cansada. Al volver del trabajo, me detenía en uno de los bancos del parque para observar a las mujeres con niños pequeños, quienes acababan de empezar el colegio. Quería aprender sus gestos, descifrar esos detalles que distinguen a una buena madre, hornear bizcochos de zanahoria con harina de espelta y leer cuentos por las noches. Todo me apetecía: conocer la ternura del recién nacido, hacer manualidades y pintar con ceras en cartulinas, empujar el columpio con la fuerza justa, saltar a la comba, jugar a la pelota y a las damas... Sabía que también habría noches en vela y fiebre y vómitos y visitas a urgencias de madrugada, pero era parte del trato.

Me preguntaba por el paradero de los padres. ¿Dónde se esconderían? La proporción en los parques por las tardes entre semana era muy desigual: veía a madres o abuelas o niñeras... Muchas mujeres, en todo caso, y pocos hombres. También me tocaría a mí recoger a nuestro hijo de la escuela. No podría contar con A. más que los fines de semana, y mi suegra era mayor y mi madre demasiado inconstante. Mi suegro no había cambiado nunca pañales, y no aprendería a estas alturas, y mi padre ya tenía suficiente con atender a sus gemelos. Mis amigas se podrían ofrecer a hacer de canguro, pero a la hora de la verdad estarían ocupadas con otras cosas, y no las culpaba.

No era buen momento. En realidad, nunca lo sería. Siempre habría alguna excusa, algún impedimento que se interpusiera en el camino. Deseaba ser una madre leona, lamer a mi cachorro de arriba abajo para limpiarlo y respirar su olor.

Con la maternidad, no obstante, seguramente se esfumasen todas mis posibilidades de ser publicada algún día, de crear algo que mereciese la pena compartir, si es que era capaz de ello. ¿Cómo iba a sacar adelante mis proyectos narrativos con la doble jornada laboral, dentro y fuera de casa, que tendría que asumir debido a los horarios de A.? ¿Qué fuerzas me quedarían para la creación?

Por otra parte, había participado en certámenes literarios sin llegar nunca a ser premiada. Quizás no fuera lo suficientemente buena, a pesar de lo que aseguraba mi profesora de literatura de primero de bachillerato. O tal vez la falta de tiempo y de espacio me forzasen a dejar de procrastinar, y le robaría horas a la noche, convertida la escritura en una actividad clandestina y por tanto más deseada.

Llevaba años acariciando en secreto ese proyecto eterno de novela que nunca escribía, atrapada en una agónica búsqueda de la perfección, de esa primera frase contundente y poética, a la altura de los grandes nombres de la literatura universal y de mis alocadas expectativas. De ahora en adelante, no tendría una habitación propia. Subestimando mi capacidad para el autosabotaje, en un arranque de optimismo, me propuse entonces aprovechar los escasos meses que me quedaban de independencia y encerrarme los fines de semana frente al escritorio hasta derrotar al demonio de la página en blanco, alumbrando mi ópera prima mientras esperaba a mi primer hijo.

[Según el DRAE, entre los significados de la palabra *alumbrar* se encuentran: «dar luz y claridad a algo o a alguien», «parir a un hijo», «registrar, descubrir las aguas subterráneas y sacarlas a la superficie», pero también «disipar la oscuridad y el error, convertirlos en conocimiento y acierto».

Mientras se gesta una vida en esa madriguera que es mi cuerpo mutante, yo intento alumbrar una novela luminosa, que arroje luz sobre las sombras, que bucee en las aguas oscuras del fondo de los mares, y en la lava borbotante de volcanes supuestamente apagados. Tecleo sin pausa, intentando no releerme, porque cuando lo hago, pulso el botón de suprimir y elimino letra por letra todo lo escrito. Luego me envío al correo los borradores, para guardarlos en la nube y protegerlos de mi juicio implacable.

Estoy desperdiciando mi última oportunidad. Quizás haya más voluntad de destrucción que de creación en mí, o quizás solamente pueda crear una cosa a la vez, y mi cuerpo esté demasiado centrado en producir carne de mi carne, como para además obligar a mi mente a producir una obra maestra. Una novela es una creación desigual, quedan cabos sueltos y se cuelan banalidades, pero los autores conviven con la imperfección. Debería aprender a ser menos cruel conmigo misma.]

En la semana doce el embrión ya tenía el tamaño de una ciruela o un colibrí, había llegado el otoño, y A. quiso compartir la buena nueva. Yo habría preferido que siguiese siendo nuestro secreto, pero no podría esconderlo mucho más: ya se me empezaba a notar. Era varón, casi seguro, según la última ecografía. Habría preferido una niña, pero disimulé la decepción.

Mis compañeros de trabajo no se lo podían creer. Me preguntaban, atónitos, que cuántos años tenía. Treinta, respondía yo. Y entonces callaban, o decían que parecía muchísimo más joven. Aunque acababa de superar el periodo de prueba, mi contrato seguía siendo de prácticas. Ahora que sabían que estaba embarazada, les incomodaba mi precariedad laboral, que antes les había parecido razonable, propia de la juventud. Mi jefe me colocó su mano obscena sobre el vientre, murmurando que siempre me había considerado más ambiciosa.

Mi suegra me preguntó que si había sido adrede, y yo mentí, claro. Qué le iba a decir, en qué farragosas explicaciones me iba a embarcar. En realidad, era un bebé deseado, aunque no planificado. Luego me puso la mano inquisidora sobre la tripa, como para cerciorarse, y presionó un poco. Mi suegro lloró, emocionado, y me dijo que no me preocupase: pagarían el colegio y la ropita y todo lo que necesitáramos.

Mis amigas, que ya me lo habían advertido: «Antes de llover chispea». Ninguna de ellas tenía descendencia, ni la pensaba tener,



al menos a corto plazo. Fingieron alegrarse, pero en realidad les incordiaba que me hubiera adelantado: todavía no tocaba, y ahora yo me desmarcaría del grupo. Ya no saldría tanto por las noches ni podrían contar conmigo para los viajes. Había pasado a otra etapa, y no me lo perdonaban. Me debería buscar otras amigas, que tuvieran hijos, para hacer meriendas campestres o planes infantiles; todavía debía averiguar en qué consistían.

B. fue la única de todas ellas que se alegró de verdad. Le conté mis miedos, y me tranquilizó, diciéndome exactamente lo que necesitaba oír. Ella también temía el parto, y sus dolores, pero seguro que podría pedir mucha anestesia. Y luego tendríamos un bebé precioso, que sacaría la sonrisa de A. y mis ojos de colores, uno verde y otro marrón, y muy inteligente, porque heredaría mi oído para los idiomas y la habilidad de A. con los números. Estaba deseando verme, no me imaginaba embarazada, y me pidió que le mandase fotos de la barriga según fuera creciendo. No quería perderselo de ninguna manera, a pesar de la distancia. Su entusiasmo me hizo sentir culpable, no la llamaba tan a menudo como debería. Cuando alguien se mudaba de país, yo casi lo daba por muerto y me centraba en aquellos con los que sí podía quedar los fines de semana, aunque no me quisieran tanto como los que se habían marchado.

A mi padre le decepcionó la noticia, me suponía menos convencional, y no le hacía mucha gracia convertirse en abuelo; esa identidad impuesta no le agradaba, le parecía cosa de viejos. Aun así, le dio la enhorabuena a A. con una palmada en la espalda. De pasada, me preguntó que si iba a pedir una excedencia, o, por lo menos, a reducirme la jornada. Le respondí que todavía no habíamos pensado cómo íbamos a organizarnos. Debía de

inquietarle que le pidiera que echase una mano de vez en cuando, y no le tranquilicé al respecto.

Mi madre fue la última en enterarse, y se ofendió, quizás con razón: que si no confiaba en ella, que por qué no se lo había contado antes. Sin embargo, se le pasó rápidamente el enfado, y entonces me obligó, eufórica, a visitar a sus vecinas para que me felicitasen. Sus manos ávidas me acariciaron la tripa, levemente abombada, como si les fuera a dar suerte. Mi madre les solía contar versiones embellecidas de mi vida, y se acababa creyendo sus fabulaciones. Quería presumir de mis logros. Por eso se los inventaba. El problema era que en nuestro edificio seguía viviendo su prima hermana, la madre de B., quien me había ganado objetivamente en todo lo que se había propuesto. Y eso mi madre no lo podía soportar. Le daba una rabia tremenda, pero a la vez sentía fascinación por la vida de su sobrina la eurodiputada, que luego me contaba con pelos y señales. Por una vez, mi bebé la colocaba en una categoría superior: iba a tener un nieto, un muñequito de carne y hueso del que pavonearse, y la otra todavía no.

Durante aquel invierno, sentí que me estaba transformando en una muñeca rusa que albergaba a otra en su interior. Ya me empezaban a ceder el asiento en el autobús. Era una diosa de la fertilidad, una estatuilla de barro con senos colgantes y una gran barriga.

Mi embrión había sido semejante a un kiwi o un pollito, un melocotón o un patito, una pera o un hámster, un aguacate o un pollito pekinés, una naranja o un canario, una granada o un erizo bebé, un pomelo o un frailecillo, un mango o un conejillo de Indias, un cantalupo o un gatito, una berenjena o un cachorro maltés, y ahora era de un tamaño similar al de una papaya o un conejito. Ya no me cerraban los pantalones y me había comprado ropa premamá.

Aprendía palabras fascinantes: *lanugo*, *calostro* y *meconio*, y otras aterradoras: *entueritos*, *preeclampsia*, *loquios*, *puerperio*, *mastitis*... Cuando la matrona nos enseñó en una clase de preparación al parto los instrumentos quirúrgicos que emplearía, las tijeras para la episiotomía y una varilla de metal para romper la bolsa, me desmayé.

Entre semana apenas veía a A., quien muchas veces llegaba a casa cuando yo ya estaba dormida. El domingo, en cambio, era el día de la tregua. Por la tarde me preparaba un baño caliente con espuma, leía en la bañera y luego me untaba en la tripa cremas con

tripertenos de centella asiática, acariciando al bebé a través de la piel, mientras A. me hacía fotos desnuda. En ellas podíamos atisbar los cambios: los pezones más grandes y también más oscuros, el ombligo que ya no era un recoveco sino una estrella que adornaba el cielo de mi vientre cada vez más hinchado.

Las caderas eran el último vestigio de mi cuerpo de niña, y me empezaba a preocupar si no serían demasiado estrechas como para que por ellas saliera otro ser humano. Estos pezones darán leche, me decía A.; este cuerpo se abrirá como las compuertas de una presa, y saldrá nadando nuestro hijo; esta línea negra que se ha dibujado en la piel es una indicación para que el bebé suba por tu abdomen hasta encontrar los pezones, un atajo, una línea de deseo.

## 6

[Mi cuerpo es una casa en proceso de reforma, en donde se tiran tabiques y se remozan paredes. El niño está haciendo sitio en mi interior, moviendo huesos y ligamentos para colocarlos donde a él le conviene. La presión sobre el nervio ciático me causa unos tirones dolorosos, algunas veces cojeo y otras me quedo doblada, esperando que pase el calambre que me agarrota la parte baja de la espalda y la pierna izquierda. Me he apuntado a natación, y la cosa mejora. Mientras buceo, sumergida en el agua clorada, pienso que nado hacia X. Voy a la piscina al acabar la jornada laboral, y mi horario coincide con el de las clases infantiles. Miro a los niños temerosos, y a los monitores animándolos, y me imagino a X dentro de unos años. Será moreno, como A., y su piel seguirá siendo oscura incluso en lo más profundo del invierno. Y le gustará el agua, como a mí. Iremos a la playa en agosto y saltaremos, los tres juntos, las olas de la mano.

La transformación ha comenzado. Mi cuerpo está en tránsito hacia la maternidad, y me resulta imposible pensar en otra cosa. Por el momento, he decidido dejar de lado la novela y ponerme a escribir este cuaderno de bitácora del embarazo, un viaje interplanetario hacia una identidad sobrevenida. Leo mucho, sobre maternidades y metamorfosis, y subrayo con un lápiz mordisqueado mis párrafos

preferidos, como si quisiera tatuarme esas palabras en la piel, o traspasar el libro y conversar con la autora:

«Ahora que nos habíamos convertido en madres todas éramos sombras de lo que fuimos, perseguidas por las mujeres que éramos antes de tener hijos. En realidad, no sabíamos qué hacer con ella, con esa joven fiera, independiente, que nos seguía por ahí, gritando y señalando con el dedo mientras empujábamos los cochecitos infantiles bajo la lluvia inglesa.»] <sup>1</sup>

Hay quien se levanta por la mañana sin acordarse de nada, pero, en mi caso, los sueños son un mundo subterráneo en el que paso la mitad de mi vida; algunos son incluso recurrentes, universos paralelos a los que vuelvo una y otra vez. En ocasiones puedo decidir adónde voy, como en un videojuego, en otras soy una simple espectadora. Lo onírico puede ser placentero, pero también puede estar plagado de amenazas, de crímenes y de misterio. Por eso siempre me ha gustado dormir acompañada, tocar con los dedos del pie un cuerpo soñoliento en la oscuridad.

De niña, tenía terrores nocturnos, y me despertaba a medianoche gritando. Mi padre me ponía frente al espejo para que me reconociera, le viera a él a mi lado, y entendiese que aquello que me atormentaba no era real. Luego me metía en la cama de matrimonio, y yo les agarraba a cada uno de una oreja, temblando todavía ante el recuerdo de lo soñado. La psicopedagoga del colegio les recomendó que no me dejasen ver programas violentos en la televisión ni me contasen historias de miedo, y que intentasen fortalecer mi autoestima y transmitirme seguridad, pero sin darle demasiada importancia al asunto, para que no lo utilizase como mecanismo para llamar la atención. También ayudaba hablar del sueño y hacer que lo representase despierta, pero con un final feliz.

No volví a tener pesadillas de forma tan frecuente hasta mi último año de universidad. Entonces, en cuanto posaba la cabeza sobre la almohada y cerraba los ojos, me perseguían saltando a la pata coja

policías, abogados y fiscales, entonando letanías en una lengua antigua que me esforzaba por descifrar, mientras yo corría sorteando bancos de madera, en una interminable carrera de obstáculos.

Desde que me enteré de que estaba embarazada, tenía otra vez pesadillas casi todas las noches. Me despertaba sudando, con la mandíbula agarrotada de tanto apretar los dientes y el corazón en la garganta; me dio por soñar que alumbraba un tritón, un pez prehistórico... Mi mente era fecunda y turbia.

A. roncaba a mi lado, imperturbable, yo me acurrucaba junto a él y le tocaba el cuello con el dedo para sentir el latido de su yugular. Me gusta mirar a los que duermen, me apacigua. Cuando naciese el bebé, pensaba pasarme las noches vigilando que respirase.

Soñaba que me perseguían un cirujano con un bisturí y una enfermera con una jeringuilla, me querían abrir en canal y robar al bebé para venderlo en el mercado negro. Decían que cotiza mucho, que hay una red de pederastas que se conectan unos con otros a través de la *deep web*, que no me resistiese.

También soñaba que el bebé ya había nacido, lo llevaba envuelto en un rebozo y corría por un andén de metro para escapar de mis perseguidores, pero un vagabundo me ponía la zancadilla. Al caer, la cabeza de mi hijo estallaba como una sandía contra el cemento. De su cuello cercenado brotaba una sangre espesa del color de la mermelada de moras que se quedaba pegada en mis dedos.

Nunca soñaba con su cara.

*Estimada Dña. E.:*

*Se ha recibido en este Arzobispado un escrito de usted manifestando su voluntad de ruptura con la Iglesia católica. Como*



*sabr , el bautismo es indeleble; los libros de bautismo no son ficheros ni bases de datos, sino un registro que da fe de un hecho histórico.*

En las ecografías no veía nada de lo que me enseñaban los médicos, desde aquella primera vez en que me mostraron una lucecita parpadeante que decían ser el corazón latiendo y no era más que un borrón en una pantalla gris. Me obsesionaba la cola que tenía el feto en las primeras semanas e imaginaba que albergaba un dinosaurio en mi interior, un ser de una especie extinta, un monstruo antiguo que por algún capricho de la genética había decidido renacer, eligiendo las paredes de mi útero como su primera guarida.

Tampoco me tranquilizaron demasiado las siguientes ecografías, en donde apenas se vislumbraba una forma humana; era como intentar fotografiar un espectro escurridizo. Ni siquiera nos habíamos puesto de acuerdo en un nombre todavía, y le llamábamos por el de la fruta a la que se asemejase esa semana, o por la antepenúltima de las letras del alfabeto: X, dado que su identidad seguía siendo una incógnita.

Quería ver la cara de mi futuro hijo, sus ojos que imaginaba abiertos de par en par, pero durante las revisiones siempre se colocaba en un ángulo muerto: pegado a la placenta o dándonos la espalda, como si jugara al escondite, y nunca se distinguían sus rasgos.

No le confesaba a nadie mis temores, está mal visto que una madre sea tan cobarde, y me inquietaba mucho el párrafo final de todos los informes médicos, la orientación diagnóstica con la que se lavaban las manos indicando que: «En este momento no se

observan anomalías morfológicas fetales mayores, si bien no pueden descartarse las que no tienen expresión ecográfica o se presentan de forma tardía, así como aquellas derivadas de las limitaciones de la técnica. La ecografía es capaz de detectar una elevada proporción de anomalías en el feto (60-70 %). Por ello, una ecografía normal no excluye la posible existencia de estas ni su aparición en etapas tardías de la gestación».

El diagnóstico prenatal algo tenía de nigromancia, la medicina no era una ciencia exacta, y el futuro se leía en una pantalla negra que arrojaba datos cambiantes e inciertos, como los posos del té o el iris de los ojos.

De vez en cuando, X recorría con la punta de los dedos los confines de su reino. Al principio era un borboteo sutil que me hacía cosquillas, una especie de código morse, pero luego empezó a ocupar más y más espacio, como si se abriese camino a mordiscos en mi carne.

Mi vientre era una crisálida que se desgarraría, la casa de otro pequeño organismo que me empujaba desde dentro, dejándome cada vez menos espacio para respirar. A medida que crecía, el niño se estiraba como una estrella de mar, y sentía que sus manitas y sus piecitos apenas formados iban a romperme la piel, a atravesar mis pulmones y mi útero, y me dejaría atrás, como un cangrejo ermitaño que ha crecido tanto que ya no cabe en su concha y sale, desnudo y vulnerable, al mundo en busca de otro caparazón. Mi cuerpo era una jaula en la que relinchaba un potrillo enfadado.

Según mi aplicación, el embarazo era un momento mágico que había que disfrutar al máximo, y muchas mujeres lo recordaban después como la época más dichosa de sus vidas. En italiano, se decía de las encintas que estaban «*in dolce attesa*», pero la espera no me estaba pareciendo especialmente dulce, me sentía culpable e inadecuada por no comulgar con ese mito de la embarazada feliz. Para prepararme, busqué vídeos de partos en YouTube, pero no hicieron más que alimentar mis pesadillas. A. no quiso verlos conmigo, y eso que cuando poníamos películas de miedo era yo quien se tapaba los ojos.

[Las crías de las arañas *Stegodyphus lineatus*, que habitan en el desierto del Négev, cometen matrifagia, alimentándose de las entrañas de su madre, quien se deja devorar por su progenie e incluso pica su carne para facilitar la tarea.

La araña primero teje un nido con su seda, y cuando los setenta huevos eclosionan, desgarrar el tejido para que sus crías puedan salir. Estas —todavía en pleno desarrollo— primero se comen los intestinos licuados que ella misma regurgita sobre su propio rostro, dado que todavía no pueden ingerir nada sólido, y a los pocos días, ya más crecidas, comienzan a comerse el cuerpo de su madre, en vida, sin que amague con escapar. No dejan más que el exoesqueleto y el corazón, que quedan abandonados en la arena o entre los arbustos de ese desierto rocoso.

Un año más tarde, si han conseguido reproducirse, las arañas hembra ya adultas tejerán un nido de seda del que saldrán las crías que las devorarán a su vez, en un ciclo sin fin, un eterno retorno caníbal. Los padres se salvan de este destino cruento, de este sacrificio supremo en aras de la supervivencia de la especie.

No dejo de pensar que en la maternidad hay algo de suicidio, de borrarse a una misma para permitir que otros vivan y crezcan, alimentándose primero de tu sangre, luego de tu leche y, finalmente, de tus sueños, socavándolos y ocupando su lugar, el de las cosas que alguna vez te importaron. Quiero creer, de todas formas, que, al menos en algunas ocasiones, compensará, si no, no habría más

que hijos únicos, y las parejas no repetirían: nadie iría a por el segundo, y mucho menos a por el tercero.

Marguerite Duras lo dice así: «En la maternidad, la mujer entrega el cuerpo al hijo o a sus hijos, estos se ponen encima de ella como sobre una colina, o como en un jardín, se la comen, le dan golpecitos, se duermen encima y ella se deja devorar y a veces es ella la que se duerme con ellos encima de su cuerpo. En la paternidad no pasa nada de todo esto.

»Pero tal vez la mujer mantenga en secreto su propia desesperación a lo largo de sus maternidades y de sus vidas conyugales. Tal vez pierda su reino en la desesperación de cada día, y esto en el transcurso de toda su existencia. Tal vez sus aspiraciones de juventud, su fuerza y su amor la abandonen justamente a causa de las heridas infligidas y recibidas en la más pura legalidad. Tal vez sea así. Tal vez el martirio forme parte de la condición femenina».]<sup>1</sup>

## II

# Luciérnagas

MARÍA: Dicen que con los hijos se sufre mucho.

YERMA: Mentira. Eso lo dicen las madres débiles, las quejumbrosas. ¿Para qué los tienen? Tener un hijo no es tener un ramo de rosas. Hemos de sufrir para verlos crecer. Yo pienso que se nos va la mitad de nuestra sangre. Pero esto es bueno, sano, hermoso. Cada mujer tiene sangre para cuatro o cinco hijos, y cuando no los tienen se les vuelve veneno, como me va a pasar a mí.

MARÍA: No sé lo que tengo.

YERMA: Siempre oí decir que las primerizas tienen susto.

FEDERICO GARCÍA LORCA, *Yerma*

Aquella mañana de invierno me desperté de buen humor. Por una vez, estaba descansada, no había soñado que mi bebé era un alienígena venido de otros mundos, ni un ser marino con escamas y tentáculos, ni un hombre adulto sentado en cuclillas dentro de mi útero, con zapatos lustrosos y una gabardina gris.

Todas las ventanas del barrio estaban apagadas, ningún otro rectángulo amarillo iluminaba los edificios circundantes. Llegaba tarde al trabajo, a pesar de que seguía siendo noche cerrada, así que decidí atajar cruzando el pinar en lugar de bordearlo. Las piedrecillas del sendero son blancas, y avanzaba a paso rápido en la tiniebla sin cruzarme con ningún deportista despistado; a esas horas, todos duermen todavía.

Iba distraída, con los cascos puestos, y, al principio, no oí los ladridos que se acercaban. El pelaje de los perros era negro, pero llevaban unos collares fosforescentes, las únicas luciérnagas de ese bosque. Eran dos, uno que me llegaba a la cintura y otro más chico. Intenté salir corriendo, pero a los pocos metros me tropecé y caí al suelo. Los perros me alcanzaron de nuevo. El grande me embistió mientras el otro gruñía. Me hice un ovillo. Las piedras blancas se me clavaban en las rodillas. Una de ellas era más grande y pesada, y la usé para defenderme, a tientas. Alcancé a darle al pequeño, y entonces todo se detuvo.

A partir de ahí mis recuerdos son confusos. Recuerdo aullidos, un crujido de huesos rotos, y la sangre, viscosa y caliente, en mis



manos lastimadas. Recuerdo a uno de los perros lamiendo esa sangre de mis dedos, y huyendo entre los árboles con las orejas gachas. Recuerdo a la dueña increpándome, y mis medias rotas, y mi abrigo lleno de barro, y mi pelo enmarañado. No recuerdo la ambulancia, ni el cadáver del animal.

A. no me cogía el teléfono. Y yo tenía poca batería. Le mandé un mensaje inconexo, por si me buscaba, pero sin esperanzas de que apareciese. Las batas blancas se afanaban a mi alrededor, y, cuando oí el arrullo del latido del corazón del bebé en el ecógrafo, me relajé. Finalmente, todo iba a salir bien.

Ya solo me quedaban diez semanas para dar a luz. Pan comido, aunque estaba muy incómoda: sentía el embarazo como la transformación de un cuerpo que cada vez me era más extraño. Según la aplicación de mi móvil, el feto tenía ya el tamaño de una calabaza de invierno o un perrito. En las próximas semanas, se convertiría en un melón chino o un cachorro de león, y, finalmente, en una sandía o un cordero. Me costaba cortarme las uñas de los pies y atarme los zapatos. Mi cuerpo era un volcán a punto de estallar.

Casi me quedo dormida, pero estaban tardando más de lo habitual. Abrí los ojos y me encontré con ceños fruncidos y miradas huidizas. Cada vez había más médicos a mi alrededor: la residente que me había atendido al principio había llamado al jefe de servicio para hacerle una consulta, y me iban a repetir la prueba, en un aparato mejor, que ofrecía más resolución. Angustiada, volví a marcar el teléfono de A., que llegó justo a tiempo para la segunda ecografía.

Se me estaban quedando fríos los pies, los tenía apoyados en unos estribos de metal. Al caerme al suelo pedregoso, me había hecho heridas en las rodillas, que me escocían por el desinfectante. Desnuda de cintura para abajo, con las piernas abiertas, y agarrando bien fuerte la mano de A., como si temiese caerme, esperaba el veredicto.

El silencio de los médicos no auguraba nada bueno. Quería hacer algo para conjurar la desgracia, un sacrificio o un ritual, una danza a la luz de la luna nueva para no morir en el parto o para no dar a luz a una criatura con cabeza de serpiente y cuerpo de zorro o para que no se malogre la cosecha o para que acabe la sequía o para no atraer a la mala suerte.

El bebé debía de sentir mi inquietud, mi cuerpo tenso a la espera, y se revolvía, era un pez rojo dando vueltas sin cesar en su acuario.

Los médicos murmuraban entre sí, el jefe de servicio había apartado de un gruñido a la joven residente y escudriñaba la pantalla negra con manchas blancas mientras su mano enguantada deslizaba suavemente el pomo redondeado del ecógrafo por el gel azul extendido sobre mi tripa. Le dictaba números y medidas a la enfermera, quien las apuntaba, diligente, en una hoja. Sin soltarme, A. miraba la pantalla, como intentando descifrar él también esos signos, ocultos para los profanos, que iban a determinar nuestro futuro. A. me hacía daño al apretarme demasiado fuerte la mano, pero yo no me atrevía a emitir palabra: no quería interrumpir el escrutinio. Medio desnuda, tumbada en la camilla del hospital, en esa angustiosa espera, tampoco osaba preguntar, ni moverme siquiera. Apenas si parpadeaba mientras rezaba por que el oráculo fuera favorable, por que las pesadillas que me habían asolado últimamente fueran delirios, y no presagios funestos.

X tampoco se movía mientras yo aguardaba el veredicto de esos médicos que exploraban mis entrañas sin mirarme a la cara. Debía de haberse quedado dormido, y yo me preguntaba, quizás absurdamente, con qué imágenes soñaría, pues todavía no conocía la luz, como esos seres que habitan las profundidades de los océanos y no tienen ojos porque no los necesitan: viven en una eterna penumbra, y los rayos de sol no les alcanzarán jamás. La opacidad de la matriz era un tintero. Mi embrión flotaba como un astronauta en el espacio exterior; el cordón umbilical que le ataba a

la nave nodriza le alimentaba y la negrura circundante era cálida y confortable: un estado de bienestar primordial, un edén en donde no pasaba hambre ni frío. Sus sueños a la fuerza habían de ser placenteros.

El vientre se me había puesto duro de la tensión. Normalmente, al tocarlo, era blando y maleable, pero a veces, cuando estaba cansada o nerviosa, se volvía rígido. En mi primera clase de yoga prenatal, me llenó de estupor la imagen de una sala llena de mujeres embarazadas acariciando sus barrigas mientras cantaban con los ojos cerrados, pero pronto aprecié la eficacia del ritual: salía de allí flotando en un mar de calma y felicidad. Me habría gustado entonar uno de aquellos cánticos en la camilla de ese hospital, colocarme con las piernas cruzadas y la espalda bien recta, poner las manos sobre el vientre y sentir cómo se iban alejando la rigidez y la preocupación, pero entonces me ingresarían sin duda en la planta de psiquiatría.

El jefe de servicio se quitó los guantes, mientras la jovencita me acercaba un pañuelo para que me limpiase el gel pringoso de la barriga y me decía que me vistiera, que ahora nos contarían. Me fui al baño donde había dejado la ropa interior y tiré las medias rotas a la basura. Luego me senté junto a A., quien me volvió a agarrar la mano, como un niño que temiera perderse en un centro comercial, frente a ese médico cuyos dedos golpeaban con furia el teclado del ordenador. La silla era de un plástico muy resbaladizo, y tenía que hacer fuerza con las piernas para no escurrirme hacia el suelo. A. también estaba incómodo, y cambiaba de postura a cada rato.

El doctor nos preguntó que dónde me habían estado haciendo el seguimiento del embarazo, y que si no nos habían dicho nada antes de la acondrogénesis, que si teníamos antecedentes familiares de mortinatos. A. me estaba clavando las uñas en el dorso de la mano, seguramente me quedasen marcados en la piel unos pequeños semicírculos que luego se irían desvaneciendo, lunas rojas en cuarto menguante. Cabizbajo, preguntó el significado de aquella palabra que nos había lanzado a la cara como una maldición. Yo le agradecí que hablase porque estaba bloqueada: cuando algo me sobrepasa tardo un rato en reaccionar, y mis pensamientos son caballos desbocados que galopan en direcciones insospechadas. El sonido hipnótico de las teclas me recordaba al del granizo repicando contra una ventana. El destino de X estaba inscrito en una palabra de catorce letras: *acondrogénesis*.

El médico respondió despacio, como para atenuar el golpe, mientras el pánico trepaba por mi columna vertebral hasta convertirme en una estatua de hielo. El barco que me transportaba hacia mi nueva vida acababa de naufragar. Mi nave espacial se había estrellado contra un asteroide mientras surcaba galaxias lejanas, y su tripulación no conocería nunca otros planetas.

El niño, nos explicaba, tenía una grave malformación: una displasia esquelética severa, de manual. Los huesos largos eran demasiado cortos. No sería capaz de caminar, y tendría problemas respiratorios, porque su cavidad torácica no parecía que fuese a desarrollarse bien, y los pulmones a duras penas cabrían en ella, se quedarían atrofiados. Por no hablar de los demás órganos vitales, que tampoco tendrían el espacio necesario para funcionar correctamente... Era una enfermedad rara, una anomalía genética que a veces no se veía en las ecografías hasta que ya era demasiado tarde para interrumpir el embarazo, al menos según la ley española, que fijaba el límite en las veintidós semanas y seis días desde la fecha de la última regla. Lamentaba darnos esta mala noticia, pero no había nada que pudiera hacer por nosotros. «Todos somos mutantes, y realizamos cambios genéticos, de los cuales algunos son inocuos y otros no.» Entendía que tuviéramos «mucho que asumir», y nos deseaba ánimo. Nos citó para una revisión en quince días y nos llamó valientes. Al despedirse, me dio un apretón en el brazo, como para consolarme.

Yo seguía atónita, incapaz de reaccionar. No quería ser valiente. Había hecho los deberes para no tener que serlo: tomando ácido fólico para prevenir la espina bífida, lavando las ensaladas con Amukina y evitando comer embutidos, carne poco hecha o quesos con leche no pasteurizada para no contraer listeria ni toxoplasmosis.

Mientras buscábamos la salida, nos perdimos, y fuimos a parar a un sótano donde se amontonaban unas butacas naranjas que habían visto tiempos mejores. El hospital estaba en obras, había paredes a medio pintar, sacos de arena y cubos de agua en medio de pasillos poco iluminados, con cierto aire de abandono. Regresamos sobre nuestros pasos, y de vuelta, nos encontramos de nuevo con la residente, que se apiadó de nosotros y nos acompañó hasta la puerta principal. Cogimos un atajo, atravesando zonas reservadas para personal autorizado y ascensores que paraban en unos pisos y no en otros siguiendo una lógica que solo comprendían los iniciados. Tenía una boca grande, que le ocupaba la mitad de la cara, y una sonrisa en la que parecía haber más dientes de lo normal.

«En teoría, hay un comité de interrupción de embarazo para los casos que se diagnostican a destiempo, pero no creo que lo pasaseis. En la práctica, la manga es muy estrecha, solo se permite para los diagnósticos incompatibles con la vida, y se lo denegaron hace poco a una paciente que tuvo que dar a luz a un niño con parálisis cerebral. Pero si os interesase os podría proporcionar información sobre clínicas de otros países adonde viajar para abortar sin problemas y de forma segura...»

A. negó con la cabeza. Yo salí del letargo, recuperé la voz y lo contradije: «Sí, querríamos esos datos de contacto, por favor». A diferencia de mi marido, nunca he creído en los milagros.



Volví a casa con ganas de incendiarla y de romper cosas: platos, vasos, cuadros, muebles o, incluso, mi matrimonio. Como Medea, me convertiría en la asesina de mi estirpe, en una mujer maldita y desterrada, con las manos húmedas de la sangre de mi propio hijo.

Esta sería la materia de mis pesadillas futuras, mi crimen y mi castigo, mi pecado imborrable. Por esto me recordarían quienes lo supiesen, seré esa chica que abortó embarazada de más de siete meses. Este acto me definiría a mi pesar. Y sin embargo la alternativa era inconcebible. No sería una de esas madres coraje que ignoran las limitaciones de sus hijos, no tendría tanto fuelle. Tampoco lo abandonaría en el torno de un convento, como antaño se hacía con los bastardos.

Me sentía como el petirrojo que siempre se quería colar en la cocina de mi abuela y que se estrellaba contra el cristal una y otra vez, sin darse por enterado de la frontera invisible que le separaba de la cesta del pan colocada en la repisa de la ventana.

Como buen abogado, mi marido pensaba en términos de querellas judiciales. Siempre encontraba chivos expiatorios para su rabia, y quería denunciar a la dueña de los perros que me habían atacado, por no llevarlos con correa, y llevar a juicio al médico chapado a la antigua que me había hecho el seguimiento del embarazo hasta entonces, por no haber detectado la anomalía antes. Yo elegí esa clínica, algo vetusta, porque me pillaba de camino al trabajo, así no tendría que perder tiempo en

desplazamientos, y me lo pagaba el seguro de salud de A. Si no me hubiesen atacado los perros esa mañana, no habría acudido al hospital y seguramente no habríamos sabido nada hasta el día del parto.

El tiempo antes era una cuenta regresiva hacia un encuentro deseado: el momento de conocer a X, pero ahora era un enemigo al que había que detener, una amenaza que todavía podía evitar.

A. me recordó que él fue sietemesino, pesó un kilo y medio al nacer, casi cabía en la palma de una mano, y se lo llevaron directamente a la incubadora, envuelto en una mantita plateada y conectado a miles de cables. Recomendaron a su madre que no se encariñase mucho con él, porque no sobreviviría. También me dijo que su familia nos podría ayudar si necesitábamos contratar a una cuidadora. Le respondí que no era para nada lo mismo, que él había sido un bebé prematuro pero sano, y que no todo se solucionaba con dinero, y me encerré en el baño de un portazo.

Odié a A. por no entenderme, y por no tener que pasar él por esta experiencia macabra. Vivíamos en realidades paralelas que aparentemente confluían, pero que en realidad eran excluyentes. A veces tenía la sensación de hablarle en una lengua exótica que él jamás comprendería. Aunque gritase nunca lograría escucharme.

Nuestros cuerpos sí, se reconocían, se deseaban y hacían las paces, pero yo me quedaba con la impresión de haber alcanzado un entendimiento tan solo superficial. Aunque me acompañase a esa clínica extranjera no estaría conmigo. Este dolor nos separaba, porque era un dolor que para él no existía, como no existía todavía la idea del hijo, o no existía más que la idea del hijo. No era tangible, sino abstracto. Quizás si naciera y muriese en sus brazos sería un dolor que nos uniría, pero esa era una posibilidad remota que no quería contemplar.

Me habría gustado ver llorar a A., pero no sabía si era capaz. Me preguntaba qué les hacían a los niños para conseguir suprimir su llanto en la edad adulta, si les extirparían las glándulas lacrimales o si todo consistiría en una represión feroz de los sentimientos. En cualquier caso, llorar era una de mis actividades favoritas y no concebía desahogo mejor, aunque las lágrimas estaban, de momento, congeladas dentro de mi cuerpo, incapaz de digerir estas malas noticias.

Para A. la sensación debía de ser otra. No sería tristeza exactamente, o no todavía, sino desconcierto ante lo injusta y cruel que podía ser la vida, que por primera vez no le concedía lo que deseaba.

Él no había tenido contratiempos ni preocupaciones, había sido un niño con facilidad a la hora de hacer amigos. No era buen estudiante, porque se distraía mucho, pero iba pasando de curso y creciendo y descubriendo nuevos placeres. En la universidad se pasó algún año de más jugando a las cartas en la cafetería, pero a la hora de buscar trabajo los entrevistadores eran indulgentes con ese tipo de pecados de juventud que él no intentaba esconder. Yo sospechaba que podría volver de la oficina mucho antes si no perdiese el tiempo charlando con sus compañeros, y él me respondía que la simpatía era imprescindible para ascender, mucho más que realizar tus tareas. Conservaba en una caja de madera decorada con macarrones todas las notitas que le mandaron en el colegio y el instituto las niñas de su clase a las que enamoraba.

Lo que se le daba bien era dibujar, y escuchar. Le habría gustado matricularse en Bellas Artes o Psicología, pero se decantó por Derecho porque sus padres se lo aconsejaron: no querían que pasara hambre. Le habían educado como a un príncipe, y el dinero se escurría entre sus dedos como la arena. Siempre pagaba las

rondas, y era muy creativo haciendo regalos. Yo, en cambio, era de la cofradía del puño cerrado: para los cumpleaños de mis allegados elegía libros que me apetecían, y los leía antes de pedirle a A. que me ayudase a envolverlos en papel de colores. A mí no me quedaban tan primorosamente envueltos como a él.

Discutíamos a menudo por tonterías, sobre todo los domingos por la tarde. Y cuando nos reconciliábamos, me acariciaba con la misma destreza con la que cortaba las verduras en cuadrados perfectos, sin rebanarse las puntas de los dedos ni dejar la encimera llena de sangre. Sin embargo, el abismo que nos separaba jamás había sido tan profundo, ni la divergencia de opinión tan grande. Quizás se hubiese abierto entre nosotros una grieta que nunca se podría reparar.

## 6

En la bañera, me limpié el barro de las piernas y froté con un cepillito la sangre de debajo de las uñas, me lavé el pelo y me enjaboné todo el cuerpo con minuciosidad, salvo las heridas de las rodillas, que me seguían doliendo. Quería limpiarme también el olor a desinfectante y a enfermedad del hospital.

Metí la cabeza bajo el agua, en busca del silencio del fondo de los océanos, imbuida de una extraña serenidad: ya no tenía nada que perder, había sucedido aquello que más temía, me había atrapado de nuevo la mala fortuna, transportándome a un continente sumergido, más allá del miedo.

Con mis abluciones, pretendía olvidar esa verdad insoportable, borrar esa línea negra que indicaba la presencia de un ser dentro de mi cuerpo con dientes y uñas y pelo y ojos que no eran los míos, retroceder en el tiempo. Querría dar marcha atrás, deshacer el camino recorrido y recobrar la ilusión perdida. Debajo del agua, seguía oyendo los ladridos de los perros, amortiguados, como si me estuvieran buscando sin encontrarme.

El espejo se había empañado, y no lo limpié con la toalla, como suelo hacer al salir de la ducha por las mañanas. No quise mirarme en él y me sequé dándole la espalda a mi reflejo fantasmal, desdibujado por el vaho. Mi cuerpo me había traicionado. Yo no era un buen recipiente. A veces, desearía pulsar un botón y que se desplegara un escudo protector y que nada malo pudiera ocurrirnos, pero la amenaza venía de dentro y el mal ya había sucedido.

Los fetos reconocen la voz de la madre desde el interior de su barriga. También practican una especie de llanto mudo, todavía sin lágrimas. Quizás el niño ya lo hubiese entendido todo y estuviese llorando en silencio tras escuchar su sentencia de muerte.

Me vino a la mente una fotografía, con la que me había cruzado por casualidad en un libro de historia, del esqueleto de una mujer embarazada que portaba dentro de sí el esqueleto de un bebé en posición fetal, con unos huesos minúsculos, como de juguete.

Recordé también una noticia que me había llamado la atención unas semanas antes: la de una anciana que fue al médico creyendo tener un tumor y descubrieron en su tripa la momia de un embarazo que nunca llegó a término, treinta o cuarenta años atrás.

Cuando salí del cuarto de baño, me encontré a A. resignado, con el portátil en el regazo. Lo cerró enseguida, pero yo alcancé a ver una imagen monstruosa en la pantalla. Había estado buscando información sobre la enfermedad de nuestro hijo, y me dio la razón a regañadientes. Era mejor que no naciese.

[Según el DRAE, el *monstruo* es el «ser que presenta anomalías o desviaciones notables respecto a su especie», el «ser fantástico que causa espanto», la «cosa excesivamente grande o extraordinaria en cualquier línea», la «persona o cosa muy fea», la «persona muy cruel y perversa», la «persona que en cualquier actividad excede en mucho las cualidades y aptitudes comunes» y el «conjunto de versos sin sentido que el maestro compositor escribe para indicar al libretista dónde ha de colocar el acento en los cantables». A su vez, *engendro* es «sinónimo de *feto*», la «criatura informe que nace sin la proporción debida», la «persona muy fea» o el «plan, designio u obra intelectual mal concebidos».

No creo que sea una casualidad que Mary Shelley escribiese gran parte de su obra maestra estando embarazada por tercera vez y con tan solo dieciocho años, después de haber perdido ya a una niña prematura, dos años antes, a quien no llegó a poner nombre. En su diario cuenta que la encontró muerta por la mañana, a los doce días de nacer, y la noche siguiente soñó que su hija revivía al frotar su cuerpo aterido delante del fuego: no había fallecido, solamente tenía frío; pero al despertar, el bebé ya no estaba. Por el momento, cuenta también, había dejado de ser madre.

Hay algo ominoso en el nacimiento de una criatura destinada al dolor. Su monstruo mismo —a quien no le fue concedida la gracia del nombre— se lamentaba de ello: «¡Maldito sea el día en que recibí la vida! —exclamé con agonía—. ¡Maldito mi creador! ¿Por

qué fabricaste un monstruo tan espantoso que incluso tú mismo te apartaste horrorizado de mí?».<sup>1</sup> Es esa diferencia con la norma de la sociedad la que convierte al monstruo en un ser vulnerable. Si la desconoce, entonces estará a salvo del escarnio y del rechazo.

En un principio, al publicar en 1818 *Frankenstein o el moderno Prometeo*, firmó como Anónimo: temía que le quitasen la custodia de sus hijos por alumbrar una novela tan tremenda.

Mi hijo no podrá maldecirme por haberle dado la vida, porque no llegará a nacer. Volverá a la nada de la que provino sin conocer la existencia. No me culpará de su desgracia, ni sentirá en su nuca las miradas de aprensión o condescendencia. Tampoco será nombrado más que por una sola letra.]



De pequeña, siempre hacía las cuentas con golosinas. La primera vez que cobré un sueldo, calculé que podría comprarme setecientas setenta y cuatro bolsas de chuches, y no me pareció mal del todo. Luego busqué en Idealista habitaciones en pisos compartidos y dejé de sentirme rica al aprender el precio de las cosas.

La niña que yo fui no estaría nada orgullosa de la mujer en que me había convertido. Proyectaba toda suerte de planes para mis treinta años. Sería ministra de alguna cartera relevante, o una célebre escritora, con un par de libros publicados en editoriales de prestigio y traducidos a varios idiomas. Sería doctora *cum laude*, o incluso, por qué no, *honoris causa*. Habría roto ya de una patada voladora el techo de cristal y empezado a ascender la escalera de éxitos que debía de desembocar inevitablemente en un puesto de poder: sería la primera mujer española en ser presidenta del Gobierno, y lo conseguiría antes de cumplir treinta y cinco años. O eso o algún Premio Nobel, el que fuera. Los hijos vendrían más tarde, y mi marido, por supuesto, los recogería del colegio al menos un par de días en semana; nos turnaríamos: la crianza sería una tarea compartida.

En ninguno de mis futuros imaginados cabía esta experiencia sórdida, ni mi lamentable carrera de eterna becaria, ni una casa de empeños. Y sin embargo aquí estaba, malvendiendo nuestras pertenencias para pagar los honorarios de una clínica de interrupción de embarazo.

El procedimiento no era barato. Rondaba los 10.000 euros, y no contábamos con semejante capital en la cuenta corriente. A. ganaba el doble que yo, exactamente. Dos mil ciento catorce paquetes de chicles. Pero a cambio les vendía su alma, y su disponibilidad en festivos y fines de semana. Además, tenía que devolver un préstamo estudiantil que le restaba una sexta parte del salario al mes y nuestro alquiler se comía la mitad de nuestros ingresos.

Necesitábamos ahorrarnos el coste del hotel, y nos decantamos por Bruselas, donde vivía B., mi álter ego y la persona a quien más he odiado, quizás por esa manía de compararnos que tiene mi madre. Ella me podría alojar unos días, e incluso acompañar a la clínica. Así nos ahorraríamos también el billete de A., quien se quedaría en Madrid trabajando y aprovecharía para limpiar durante el fin de semana, dijo.

Era un eufemismo: en mi ausencia, A. desmontaría la cuna y el cambiador y la hamaquita del cuarto de X, guardaría en el trastero su ropa y los peluches, para que no me encontrase nada a mi vuelta que me recordase al bebé. Iba a recuperar mi habitación propia, aunque habían desaparecido por completo mis ganas de escribir una novela luminosa que fuera un antídoto contra la tristeza.

Acudí a una casa de empeños para vender el reloj de oro de mi abuela, que me regaló al cumplir dieciocho años alegando que ya no quedaba bonito en unas manos tan castigadas por la artritis como las suyas, llenas de nudos, semejantes a la corteza de un árbol viejo. Siempre había sentido una gran fascinación por ese objeto, cuando era pequeña le solía pedir que me lo dejase, y me miraba en el espejo con esa joya reluciente en la muñeca, mientras ella se reía y me llamaba su «urraquita». Me dieron por él una miseria, dos billetes naranjas. Ya nadie llevaba relojes así, tan anticuados. Lo desmontarían y fundirían el oro.

El resto de las cosas de las que tuvimos que desprendernos para pagar mi aborto belga las anunciamos en Wallapop, a precios lo suficientemente bajos como para que nos lloviesen las ofertas en un tiempo récord: un flamante ukelele que le habían traído los Reyes Magos a A. y con el cual tocaba canciones desafinadas cuando estaba de buen humor, mi plancha del pelo, sus cartas Magic, mi chupa de cuero, una licuadora que casi no habíamos usado, la colección de cómics de A. —su posesión más preciada—, una cuna de viaje que no usaríamos, un robot de cocina, un cuadro abstracto de un pintor gallego de cierto renombre que era amigo de la infancia de mi padre, mi bici eléctrica con casco incluido.

Quedaba con desconocidos en el kilómetro cero que nunca se parecían a sus fotos de perfil —eran mucho más feos—, y me hacían preguntas técnicas sobre los aparatos a las que no sabía responder.

Cuando vendimos el robot de cocina, me desmoroné. Nunca sabemos cuál es la gota que va a colmar el vaso, y al fin y al cabo son los objetos cotidianos los que conforman nuestras vidas. Imaginé a la señora que nos lo compró preparándoles potitos a sus niños y colgando luego las recetas en las redes sociales, y me pareció insoportable la idea. Me daba horror separarme de él, aunque ese cachivache que ocupaba media encimera no tuviese ningún valor sentimental para mí.

Ese espacio vacío en la cocina era la señal definitiva de que a nuestra tribu no llegaría un nuevo miembro, y aunque estaba convencida de las infinitas desgracias que evitaría interrumpiendo un embarazo con ese pronóstico tan desesperanzador, la idea seguía dándome vértigo. Querría pulsar el botón de *fast-forward*, o cambiarme de cuerpo durante un par de meses con A., intercambiando nuestras conciencias como en un episodio de *Rick y*

*Morty*, y que fuera él quien viviese el acontecimiento y la recuperación posterior. No me apetecía nada tener que pasar por aquello, y cada vez se hacía más real la posibilidad del viaje, aunque siguiésemos sin reunir la suma necesaria.

A. solicitó en recursos humanos un adelanto de nómina de dos meses para que por fin saliesen las cuentas. No le podíamos pedir dinero a sus padres, no para esto; mi suegra participaba sin falta en las manifestaciones provida. Tampoco podían saber de mis problemillas legales del pasado, porque no dormirían por las noches.

Durante una temporada iríamos bastante justos. Así que pensaba visitar a mi madre —quien expresaba su afecto cocinando— más de lo habitual para llenar nuestra nevera.

[Todavía hoy, el aborto es un tabú y un delito, un episodio vergonzante que esconder bajo la alfombra, un sufrimiento oculto por eufemismos o elipsis. Los límites y los supuestos legislativos varían muchísimo, generando un tráfico de mujeres gestantes, en busca de una salida de emergencia, que viajan de los países de herencia católica a los países más laicos y, por tanto, liberales. Cuando mi madre era joven, los viajes a Londres estaban a la orden del día para todas aquellas mujeres en apuros que se lo pudiesen permitir.

Esta es la primera vez que siento la violencia estructural en carne propia. Ha dejado de ser un concepto abstracto para convertirse en una barrera a sortear. Quiero tener un bebé, pero uno sano, que viva y crezca y se convierta en un adulto independiente. Nunca hasta ahora lo personal había sido tan político, ni había sufrido de forma directa la injusticia ligada a la crudeza de la condición femenina. Según Jesús Mosterín, la campaña de la Conferencia Episcopal «contra los linceos y las mujeres que abortan pone de relieve el patético deterioro de la formación intelectual del clero, que si bien nunca ha sobresalido por su nivel científico, al menos en el pasado era capaz de distinguir el ser en potencia del ser en acto. ¿Dónde quedó la teología escolástica del siglo XIII, que incorporó esas nociones aristotélicas? ¿Qué fue de la sutileza de los cardenales renacentistas?».]<sup>1</sup>

Mientras comenzaba los trámites, escaneando los informes para enviarlos por correo electrónico a la clínica belga y que me diesen cita lo antes posible, me imaginaba la comitiva de mujeres que me habrían precedido y que me seguirán... ¿Qué precio habrían pagado por sus abortos? ¿Qué métodos emplearían? ¿Pócimas, agujas de tejer, perchas más o menos oxidadas, levantar objetos pesados, montar a caballo, darse golpes en el abdomen o tirarse por las escaleras?

Thérèse Levesque, la doctora de la clínica de Bruselas, no tardó ni dos horas en responder favorablemente a mi petición, y me dio cita para dentro de tres días. El correo electrónico llevaba adjunto un PDF con una serie de instrucciones que se habían de seguir al pie de la letra.

**NO DEBE LLEVAR:**

- Chicle / comida / bebida
- Monedero (salvo en la primera cita)
- Drogas antes o durante las citas
- Aparatos electrónicos
- Niños
- Perfumes
- Piercings

- Maquillaje
- Gafas de sol
- Sombrero / gorras
- Cuchillos / armas
- Mochilas / maletas / equipaje / valija
- Uñas artificiales
- Esmalte de uñas
- Joyas
- Camisetas o libros políticamente incorrectos u ofensivos

Para proteger la intimidad de las pacientes e impedir que se grabasen imágenes del interior del recinto, el teléfono móvil se tenía que dejar en la entrada y se recuperaba al salir. La cita se confirmaría a recepción de una copia del billete de avión, y el pago se haría en la primera visita a la clínica.

Seguía perpleja, no me acababa de creer que las cosas pudiesen torcerse así de rápido, sin que uno se lo ganase ni se lo mereciese, pero no podía quedarme parada lamiéndome las heridas, ni dormirme en los laureles. Tenía sentimientos y pensamientos encontrados, mi cuerpo me pedía una cosa y mi cabeza dictaba otro rumbo.

Me puse a buscar vuelos enseguida. No salían baratos, con tan poca antelación...

También nos aconsejó la doctora que llevásemos el dinero en efectivo, o que avisásemos al banco de que íbamos a hacer un pago más grande de lo habitual, para que no lo bloqueasen, dado que la transferencia no llegaría a tiempo. No me hacía ninguna gracia tener que llevar todo ese dinero encima, yo que nunca pagaba en metálico, pero el director de la sucursal me dijo que con mi tarjeta no

podía abonar más de tres mil euros, aunque tuviese saldo suficiente, y que el límite que se permitía sacar en caja era también de tres mil euros al día.

«Si quieres más, tienes que avisar con al menos un par de días de antelación.»

Le respondí que me había surgido un imprevisto, que estábamos a viernes, yo viajaba el domingo por la noche, y mañana y pasado cerraban los bancos.

«Incluso así, hay que avisar con antelación.»

Quise explicarle el significado de la palabra *imprevisto*, es decir, «un suceso inesperado que conlleva una necesaria improvisación», pero me mordí la lengua y sonreí, preguntando que si por favor, solamente esta vez, no podían hacer una excepción. Se lo agradecería muchísimo.

Pusimos los diez mil euros encima de la cama y los contamos varias veces para asegurarnos. Resultaba obscena su materialidad, lo poco que ocupaban y lo mucho que costaba ganarlos: unos cuantos tacos de colores, como en el Monopoly. En el banco nos los habían dado en paquetes ordenados, con los billetes lisos, planchaditos. Los que habíamos conseguido por nuestra cuenta, en cambio, estaban sucios y arrugados. Nunca había visto uno de doscientos. Eran amarillos.

Cabían en un sobre, amarrados con una goma elástica. Recordé un dato real de la serie *Narcos* que me impactó: Pablo Escobar gastaba 2.500 dólares mensuales únicamente en gomas elásticas para tener sus billetes bien apilados, y me dije que nos habíamos equivocado de profesión.



Por último, tenía que rellenar y mandar por correo electrónico el siguiente cuestionario.

Nombre y apellidos:	Edad y fecha de nacimiento:
Dirección del alojamiento en Bruselas:	Teléfono de la paciente:
Nombre y apellidos del acompañante:	Teléfono del acompañante:
Quién le ha dado la información de la clínica:	Fecha de la última ecografía:
Fecha de la última regla:	BIP / Biparietal / DBP / BPD:
Longitud femoral (LF):	Si tiene hijos, edad de cada uno, y si han nacido por vía natural o por cesárea:
Si ha tenido otros abortos, en qué año, de cuántas semanas estaba, y el método utilizado (medicamento, aspiración u otros métodos):	Si es por malformación, el diagnóstico de los exámenes más relevantes:
Si está bajo tratamiento médico, indique de qué tipo y las medicinas que toma:	Indique cualquier información relevante médica o de salud (como operaciones o alergias a medicamentos, etc.):

Me extrañó que me enviaran los documentos en castellano, pero debían de atender a muchas pacientes de habla hispana.

[Pienso en la comunicación furtiva establecida para susurrar direcciones, nombres que eran llaves, contraseñas que podían salvarte la vida al abrir la puerta de los domicilios de curanderas de dudosa higiene, que se arriesgaban a la horca o la hoguera, mientras que las mujeres se exponían a la prisión y a la muerte por una infección o una hemorragia.

Pienso en el ardor de las manifestantes frente a las ventanas abiertas de la sala donde se juzgaba a las once de Basauri en la primavera de 1982. «¡Si los curas pariesen, el aborto sería sacramento!», gritaron.

Pienso en la rabia de las mujeres italianas al descubrir sus nombres y sus apellidos inscritos en las cruces blancas de hierro de los cementerios donde organizaciones ultracatólicas como «Difendere la Vita con Maria» habían enterrado a sus fetos sin su consentimiento, vulnerando su derecho a la privacidad. «Esta no es mi tumba», dijeron.

Me pregunto si existe lo que todavía no tiene nombre, dónde se encuentra la frontera de la luz y la sombra, de lo vivo y lo muerto, de la madre y el hijo, del ser y el no ser, de la noche y el día, del sueño y la vigilia. ¿A quién pertenecen los espacios limítrofes?

En la Antigüedad se estimaba que la vida comenzaba con el nacimiento, por lo que no había nada inmoral en el aborto, y santo

Tomás de Aquino mencionaba que las almas no entraban en el cuerpo del recién nacido hasta el primer respiro. Las almas las creaba Dios, las mujeres solamente creábamos la carne. En Irlanda, incluso, las mujeres en apuros rezaban a santa Brígida de Kildare, para que les fuera concedido el don del aborto. Se consideraba que el hijo dentro del vientre era un fruto del árbol del cuerpo de la mujer, y no un ente en sí mismo.

En muchas culturas, tradicionalmente, no se les concede un nombre a los niños hasta una semana o diez días después del parto. B. me ha contado que en China se considera mala suerte darle un nombre al bebé antes de que nazca, y que para protegerlo se le suele dar lo que llaman un *nombre de leche*, o un nombre de animal, para que los espíritus malignos no lo estimen digno de ser raptado.

Hasta hace no tanto, en España, el nacido no tenía personalidad jurídica, es decir, no era reconocido como persona hasta que pasaba veinticuatro horas separado del cuerpo de la madre. Durante ese primer día de vida, seguía siendo un ser en proceso, una semilla sin existencia legal. Ahora basta con nacer, no hay que esperar para alcanzar el estatus de persona.

El límite de las veintidós semanas para abortar por causas médicas se explica, por otra parte, porque es el momento a partir del cual se considera que se alcanza el umbral de la viabilidad fetal. En realidad, ni siquiera debería ser ese el debate, sino otro. ¿Qué hay del derecho a controlar el propio cuerpo, o el propio destino?]

En los últimos tiempos, A. había estado más ausente que nunca, y llegaba a casa agobiado, sin fuerzas. La noche anterior a mi viaje a Bruselas, yo seguía enfadada con él y con el mundo. Me desarmó cocinando mis platos preferidos y haciéndome reír. Sabía lo rencorosa que podía llegar a ser: cuando me cabreo, me agarro a mi rabia y no la suelto, la aprieto entre los dientes para que no se escape. No le había perdonado que negase con la cabeza cuando la residente mencionó la posibilidad de interrumpir el embarazo debido a la malformación, que tardase tanto en reaccionar y que no me diese la razón más que a regañadientes. Lo había castigado por ello, a mi manera, mostrándome fría y arisca. Pero no podía resistirme al humor, ni a una buena comida, ni a las caricias. Eso fue lo que me conquistó de A., y la razón de que siguiéramos juntos a pesar de nuestra evidente disparidad de caracteres: nos reíamos, y nuestros cuerpos se entendían. Podía bastar, o había bastado hasta entonces. Aunque quizás ya no fuera suficiente.

Siempre he considerado nuestro encuentro como algo milagroso. Yo había salido antes con niños asustados o con hombres que se tomaban a sí mismos demasiado en serio. Sin embargo, cuando conocí a A., en una fiesta de cumpleaños a la que asistí de rebote, no paramos de bromear en toda la noche. Él me sostuvo la mirada desde el primer momento, y me retó, con una sonrisa divertida. Yo lo vacilaba y él me la devolvía. A su novia de entonces no le hizo ninguna gracia el asunto. Estaba sentada a su lado en la mesa, y

me echaba miradas asesinas mientras lo cogía del brazo, como para marcar territorio. Aunque fue en vano, se acababa de quedar sin pareja de baile. Había otros chicos en esa fiesta, y muchos de ellos solteros, pero yo solamente tuve ojos y oídos para A. Al despedirme le besé en la mejilla pero casi en el labio, él le pidió mi teléfono a una amiga, y el domingo siguiente amanecí en su casa. Me llevó a desayunar churros con chocolate.

Después de cenar, acabé de hacer la maleta y me di una ducha. Había comprado espuma de afeitar y una cuchilla rosa, «especialmente diseñada para mujeres con piel sensible, hasta un 0 % de irritación y un 100 % de suavidad garantizada gracias a sus cinco hojas extrafinas con revestimiento similar al diamante: una depilación increíble de una sola pasada». Incluía una tira lubricante y prometía adaptarse a las curvas «para una depilación apurada». Intenté primero hacerlo sola, pero con la barriga no conseguía verme bien esa zona, y me daba miedo cortarme.

En los aeropuertos la gente se siente cosmopolita e interesante. Las bocas sonrían al vacío, los ojos brillan como si escondieran un secreto dichoso y los cuerpos tiemblan de excitación ante la perspectiva de sobrevolar océanos y cordilleras. A pesar de que la masificación del turismo haya contribuido a banalizar el viaje, el aeropuerto, como el útero, seguía siendo el no lugar o el lugar del tránsito, un umbral a un país lejano, un portal a un mundo mágico. Yo, la única viajera triste, era una intrusa entre tantas caras radiantes y tantos pechos henchidos. Del otro lado del espejo no me esperaba ninguna sorpresa agradable, sino tan solo el alivio a una situación comprometida.

En el mostrador de la compañía aérea, me atendió una empleada cuyo moño lacado debía de pesar tanto como mi calabaza de invierno, y pedí ventanilla mientras facturaba la maleta. Me encantaba ver cómo se iba haciendo cada vez más pequeña la tierra y atravesar las nubes esponjosas. En realidad, sería más cómodo el asiento del pasillo, y recé por que no me tocara el del medio. Mis plegarias fueron escuchadas.

Me tapé la barriga con el abrigo, no creía que se pudiese volar a estas alturas del embarazo, y necesitaba llegar a Bruselas lo antes posible, evitando embrollos. Estaba nerviosa por todo el dinero que llevaba encima. Me lo había metido en una bolsa debajo de la ropa, como si fuera a blanquear capitales o a cometer algún acto delictivo, y no era muy cómodo el apaño. No pude respirar hasta haber

pasado el control de seguridad, pero los guardias ni me miraron. Al chico mulato que pasó detrás de mí, en cambio, lo eligieron para una inspección aleatoria.

El móvil no dejaba de sonar, lo silencié, pero me vibraba en el bolsillo; al apagarlo, el desasosiego remitió un poco, y me sentí como una fugitiva. Mi madre me llamaba hasta quince veces al día. Le había prohibido que me interrumpiese en horario laboral, aunque para ella yo seguía siendo una niña y nunca había entendido que tuviese cosas que hacer, o una vida que no le pertenecía. Era tenaz, y nada la detenía cuando te quería contar algo que le pareciese relevante. Sus vecinas se intentaban escabullir en vano: apuraban el paso o incluso subían las escaleras andando en lugar de coger el ascensor para evitarla, pero no se daba por aludida, y las perseguía sin tregua.

No me comprendía, o no quería escucharme. Toda queja por mi parte implicaba un ataque personal hacia su labor. No me atreví a contarle todavía nada de este nuevo revés. Quería preservar su felicidad, al menos un tiempo.

Mi padre, en cambio, no me llamaba nunca. Yo era la encargada de mantener el contacto. El suyo era un amor distante, despreocupado. Me veía como a una adulta, y consideraba que su rol había acabado en mi adolescencia; estaba muy ocupado con su nueva familia. No intentaba aconsejarme ni guiarme. Me concedía toda la libertad que mi madre me negaba, aunque a veces rozaba la indiferencia.

Quizás esa diferencia se debiera a que la naturaleza del vínculo que me unía a mi padre fuera más quebradizo y hubiera que cultivarlo, pero el que me unía a mi madre era de leche y de sangre. Había crecido nueve meses dentro de ella, atadas la una a la otra con un cordón que cortaron para separarnos después del parto,

pero enseguida me enganché de nuevo a sus pechos rebosantes, durante otros nueve meses.

El amor de mi madre era feroz, visceral, y todavía me consideraba de su propiedad, como una extremidad de su cuerpo, mientras yo luchaba por reclamar cierta independencia. Cuando nos veíamos saltaban chispas, aunque desde que ya no vivíamos en la misma casa al menos no dábamos portazos. La ilusión del embarazo nos había acercado mucho, y ahora temía que nos volviéramos a distanciar. Era la persona que más me quería en este mundo, pero también la que con más facilidad me sacaba de quicio. A veces pensaba que si no hubiese sido hija única nos habríamos llevado mejor, o al menos tendría a alguien con quien compartirla, y sus atenciones estarían, a la fuerza, divididas.



Este era un viaje clandestino. Me había cogido unos días libres del trabajo pretextando un atroz dolor de espalda. No se lo anuncié más que a B., quien se había mostrado sorprendida del apremio y dispuesta a acogerme. No se podía desembarazar de mí tan fácilmente. Al fin y al cabo, éramos de la misma sangre, y el grado de parentesco se estrechaba cuando se vivía tantos años puerta con puerta.

Ayita, nuestra bisabuela, quien nació en un palacio de la plaza Conde de Miranda en donde ahora se encuentran unos apartamentos turísticos, desayunaba en la cama todas las mañanas una jícara de chocolate caliente y dio a luz a su última hija, la novena, a la edad de cincuenta y cuatro años. Dos años más tarde sufrió un aborto.

Nuestras abuelas eran hermanas, y nuestras madres primas hermanas. B. vivía en el apartamento de enfrente e iba a mi curso. Éramos inseparables. En la mayoría de mis recuerdos de infancia, tiene un papel protagonista. Jugábamos todas las tardes, cada día en un piso. Siempre nos sentábamos juntas, en el liceo italiano y en el bus de vuelta a casa. Se nos conocía como «las siamesas». Llevábamos el mismo peinado y vestíamos la misma ropa, o más bien yo me peinaba como ella y copiaba su estilo. Todo le quedaba mejor que a mí, pero no lo comentábamos, por un acuerdo tácito. Incluso los *brackets* le sentaban bien.

Desde los cinco hasta los doce años asistimos religiosamente todos los sábados a clases de circo en una pequeña carpa en la Casa de Campo. Mi disciplina preferida era el trapecio; me encantaba balancearme en él, colgarme de los pies y enroscarme en las cuerdas practicando figuras enrevesadas con nombres como la sirena, el murciélago o el pez. Montábamos dos espectáculos, uno en Navidad y otro a final de curso, y me daban retortijones de la ansiedad antes de entrar en escena. Nos disfrazábamos, lo cual me parecía el colmo del ridículo —soy una persona con un elevado sentido de la vergüenza—, y en una ocasión nos tocó ir de gatitos. No me había puesto suficiente magnesio, estaba nerviosa y me sudaban las manos, por lo que se me resbalaron de la barra en una cabriola, y aterricé de cabeza sobre la colchoneta. Me preguntaron que si podía mover los dedos del pie, y sí que podía, pero no el cuello, así que me pusieron un collarín y no pude nadar en la piscina aquel verano. Es uno de los momentos más embarazosos de mi vida, y lo tengo en vídeo, hace poco digitalizamos el vhs: B. y yo muy concentradas dando zarpazos al aire mientras nos columpiamos y caracoleamos cada una en su trapecio, al ritmo de una canción de Suzanne Vega, con nuestros bigotes pintados, unas diademas con orejas triangulares y unas colas peludas cosidas al maillot negro, y luego un grito, y se corta la grabación. Ese alarido de mi madre marcó el final de nuestra carrera de artistas circenses, y coincidió con la última estrofa de la canción:

*I am thinking of your voice*

*And of the midnight picnic once upon a time before the rain  
began.*

*And I finish up my coffee*

*And it's time to catch the train.*

A los trece años hicimos el primer botellón, sentadas sobre unos monopatines bajo los arcos de Nuevos Ministerios. A los catorce nos pusimos sombra de ojos morada y botas de licra, compramos en los chinos pitis sueltos marca Fortuna que fumamos sin tragar todavía el humo y botellitas pequeñas de alcohol que vertimos en las bebidas que servían en Elite Light: Blue Tropic, Coca-Cola y granadina en vasos de tubo. Los tíos se te acercaban y decían: «¿Alguna de tus amigas quiere rollo conmigo o con alguno de mis amigos?». A los quince se perforó el ombligo y yo la lengua; mi *piercing* se infectó a la semana y el suyo lo seguía teniendo. A los dieciséis perdió la virginidad con el chico que me gustaba. Mi padre nos plastificó unos DNI falsos. A los diecisiete se tatuó una rosa en el culo y yo una luna en el talón. A los dieciocho se matriculó en Ciencias Políticas y yo hice lo mismo. A los diecinueve perdí la virginidad con un chico que no me gustaba. A los veinte nos llevaron en Vespa por toda la Emilia-Romaña durante el Erasmus. A los veintiuno y medio el profesor de Geografía Política me pidió el número de teléfono después de una manifestación y yo me sentí halagada de que por una vez alguien se fijase en mí y no en ella. A los veintidós recién cumplidos participamos en el asalto a la capilla de la Complu.

Siempre he sido muy intuitiva, y, sin embargo, yo misma hacía caso omiso de mis intuiciones. Nadie me escuchaba realmente, ni mi madre, ni mi padre, ni A. —o solo a ratos—, ni en el trabajo. En las reuniones, no me hacían caso. A veces mi jefe me interrumpía para repetir exactamente lo mismo que estaba diciendo yo, los demás asentían, y tomaban notas. Al principio pensé que era un problema de volumen, y alcé la voz. Pero entonces me tomaban por una impertinente y murmuraban a mis espaldas que había que andar con cuidado conmigo y mi mal carácter, que todo me lo tomaba a pecho: era problemática. Luego recordé el mito de Casandra, y su voz silenciada, y comprendí que era una causa perdida.

La mañana de la protesta, que yo no había considerado hasta entonces más que una *performance* declarativa en el marco de unas jornadas feministas, me embargó el mismo pánico que antes de los espectáculos de la escuela de circo, como si tuviéramos que salir a escena disfrazadas de felinos y me fuera a caer de bruces delante de toda aquella gente aplaudiendo, pero no iba a dejar sola a B., nunca lo había hecho. Así que me puse unos vaqueros, una camiseta oscura, y salí de casa. B. me esperaba en el portal, con el mismo atuendo, y las dos tarareamos a la vez el comienzo de la canción de nuestro último espectáculo de trapecio:

*I am sitting in the morning*

*At the diner on the corner,*

*I am waiting at the counter  
For the man to pour the coffee.*

Nos subimos al coche, y me encendí un pitillo. Solamente fumaba cuando estaba nerviosa o de fiesta, y B. me recordó que no era la primera vez que enseñaba las tetas en una iglesia, pues el verano anterior me puse para una boda un vestido prestado que me quedaba demasiado grande sin sujetador, porque llevaba escote en la espalda. Me pasé toda la ceremonia sentada en primera fila con el pecho al descubierto, sin darme cuenta de nada, hasta que B., muerta de risa, me dio un codazo. Me consta que al menos uno de los testigos hizo fotos de mi *topless*.

*El rechazo total de la fe cristiana es un acto de apostasía del que se siguen estas consecuencias:*

- 1. Exclusión de los sacramentos (cf. cc. 1331 § 1, 2.º y 915).*
- 2. Privación de las exequias eclesíásticas, a no ser que antes de la muerte se hubiera dado alguna señal de arrepentimiento (cf. cc. 1184 § 1, 1.º).*
- 3. Exclusión del encargo de padrino para el bautismo y la confirmación (cf. cc. 874 § 1, 4.º y 893 § 1).*
- 4. Necesidad de licencia del Ordinario del lugar para la admisión al matrimonio católico (cf. cc. 1071 § 1, 5.º).*

[Apolo se prendó de Casandra, y le confirió el don de adivinar el futuro, con la condición de que se entregase a él. La sacerdotisa fingió aceptar el trato, pero no mantuvo su promesa, y Apolo, enfurecido, solicitó entonces un solo beso. Aprovechó para soplar en la boca de su amada y la despojó del poder de persuasión. Fue un castigo cruel, pues nadie confiaba en sus profecías, a pesar de su infalibilidad.

Predijo la caída de Troya, y se opuso a que el caballo de madera entrase en las murallas de la ciudad. Intentó prenderle fuego, y corrió hacia él con una antorcha en una mano y un hacha en la otra, pero los troyanos se lo impidieron y la insultaron. Durante el saqueo, Áyax la encontró en el altar de Atenea donde se había escondido. La princesa se agarró a la estatua de la diosa, que cayó al suelo mientras el héroe la violaba. Más tarde, fue entregada como botín de guerra a Agamenón, quien la amó y la hizo madre de dos hijos, pero desoyó sus súplicas cuando ella le rogó que no volvieran a su patria, en donde les esperaba la muerte a manos de Clitemnestra.

En otras versiones del mito, fueron las serpientes del templo de Apolo las que les confirieron a ella y a su mellizo Héleno el don de la adivinación al chupar sus oídos cuando dormían. A él le nombraron supremo augur y a ella la tenían por loca. Mientras se encaminaba hacia su final, enjaulada en una cesta de mimbre, la hija de Hécuba y Príamo nos revelaba que la locura y el dolor eran el precio que

había que pagar «por los viajes al averno, habitado por figuras que nadie está preparado para afrontar». <sup>1</sup>

En este viaje yo también descendería al inframundo, y esperaba poder retornar, si no ilesa, al menos todo lo entera posible. Quería sobrevivir a esa travesía por los infiernos.]

En la fila de embarque, me estuve fijando y localicé a varias embarazadas más. Las miraba de soslayo, cuidando de no establecer contacto visual. Me habría gustado saber si viajaban por lo mismo que yo, pero no quería importunarlas, ni ponerme en evidencia. Si pudiese leer las mentes, satisfacería mi curiosidad sin quedar como una cotilla, ni entablar conversaciones de besugos.

Después de pelearme un rato con el cinturón, entendí que no podría abrochármelo sin asfixiarme, y di la batalla por perdida. El avión se puso en movimiento y contuve la respiración, esperando el instante en que el aparato se separa del suelo, ese salto al vacío, a sabiendas de que los accidentes aéreos con mayor mortalidad ocurren en el despegue, cuando el depósito lleva más combustible. Luego solté aire, me relajé y pegué la frente al cristal de mi ventanilla para no perderme ningún detalle, imaginando ser un pájaro. Así debían de ver el mundo desde las alturas.

Oscureció pronto, e intenté concentrarme en la lectura de una novela, pero, con tanto ruido, perdía constantemente el hilo. Anunciaban por los altavoces una especie de tómbola que me recordaba al griterío del mercadillo donde solía comprar la fruta y la verdura los sábados por la mañana.

Los asientos eran estrechos y me había tocado de vecino un señor corpulento que me clavaba el codo en las costillas mientras roncaba como un animal. De vez en cuando, su cabeza caía sobre mi hombro, y se despertaba, sobresaltado, con un hilo de baba que



le bajaba por la mejilla y se perdía entre los pliegues de su cuello. La idea que yo me hacía del infierno tenía mucho que ver con el hacinamiento, el estrépito y la imposibilidad de escapar, tres condiciones que reunían de sobra los vuelos de esta aerolínea.

El trayecto duraba dos horas y veinticinco minutos, lo que tardó el día en convertirse en noche. Al aterrizar, estaba diluviando, y pensé que no me había traído los zapatos apropiados, pero le pediría unos prestados a B. Teníamos el mismo número. El 39. El agua de la lluvia dibujaba regueros en el cristal de la ventanilla, y me quedé mirándolos, hipnotizada, mientras todos los pasajeros se lanzaban a encender sus móviles mucho antes de lo permitido. Las azafatas, agotadas tras la tómbola, hacían la vista gorda. Con sus sonrisas tirantes y sus uniformes, parecían un ejército de muñecas de plástico asesinas, unas autómatas dispuestas a cortar en cachitos a los viajeros.

[En 1959, se publicó un experimento llevado a cabo por la zoóloga Hilda Margaret Bruce en el National Institute for Medical Research de Londres: observó una tendencia al aborto espontáneo cuando se enjaulaba a las hembras preñadas de ratón común (*Mus musculus*) con machos distintos del padre biológico, salvo si estos estaban castrados o eran demasiado jóvenes para la reproducción. Así ellas podían adelantar su periodo de celo y reproducirse de nuevo. El efecto persistía cuando las hembras no podían ver ni oír al otro ratón, por lo que llegó a la conclusión de que era la exposición al olor del macho desconocido el que inducía la interrupción del embarazo.

La científica inglesa incluso contrató a perfumeros de la prestigiosa casa Boake para que la ayudasen a distinguir los efluvios de los diferentes ratones en los retales que luego introducían en las jaulas de las hembras. Sus expertas narices confirmaron la hipótesis de que cada ejemplar tenía un aroma único.

Esta tendencia, verificada en otras especies de roedores en entornos de laboratorio, nunca se había confirmado en la naturaleza. Eila Roberts, de la Universidad de Michigan, pasó cinco años estudiando a los *Theropithecus gelada*, también llamados «monos del corazón sangrante», porque tienen un triángulo de piel rosada en el pecho que se llena de ampollas cuando suben las temperaturas.

La doctora Roberts recolectó muestras fecales de esos primates etíopes con el fin de identificar a las hembras en estado por su nivel de hormonas. Normalmente, la tasa de aborto espontáneo de esa especie es del 2 %. Cuando llegaba un nuevo macho dominante al grupo, la tasa subía hasta el 80 %. Según la tesis de la científica estadounidense, la interrupción del embarazo sería una apuesta por el mal menor, dado que los nuevos machos dominantes suelen cometer infanticidio con las crías que no han engendrado, con lo cual las hembras estarían abortando para proteger de una muerte segura a sus crías todavía no nacidas, y adelantando su nuevo ciclo reproductivo para engendrar otras que sí vivirían.

Se dice que los geladas son los más terrestres de los simios, los menos hábiles en trepar a los árboles. Es el único primate no humano capaz de mantener una conversación con sus pares: al chasquear los labios, modula el tono y el volumen de su voz, y el sonido es similar al de un niño pequeño balbuceando. También puede doblar hacia arriba el labio y enseñar sus dientes y una buena porción de encía como amenaza.

Mientras esperaba a que llegase mi equipaje, pensé que yo también querría aprender esa estrategia adaptativa que comparten los ratones domésticos y los monos del corazón sangrante y abortar espontáneamente, sin tener que recurrir a la ayuda de otros. Resolví oler la almohada y la ropa del novio de B. en cuanto pudiese, por si acaso el llamado «efecto Bruce» se daba también en humanos.]

### III

## Pictogramas

Hace unas semanas el arzobispo Cardoso ha excomulgado en Brasil a la madre de otra niña de nueve años violada por su padrastro y en peligro de muerte por su embarazo doble, así como a los médicos que efectuaron el aborto. En 2007 se hizo famoso el caso de Miss D, una irlandesa de diecisiete años embarazada con un feto con anencefalia, es decir, sin cerebro ni parte del cráneo, condenado a ser un niño vegetativo, ciego, sordo, irremediabilmente inconsciente, incapaz de percibir, pensar ni sentir nada, ni siquiera dolor. Las autoridades impidieron que Miss D fuera a Inglaterra a abortar, aunque más tarde los tribunales anularon la prohibición. Los grupos católicos fanáticos presionan para que se impida a las irlandesas que viajen a Inglaterra a abortar, lo que choca con la legislación comunitaria, que garantiza la libertad de movimientos en la UE.

En España misma, el año pasado, una mujer preñada de un feto con holoprosencefalia, condenado a morir al nacer o a vivir como vegetal, tuvo que ir a Francia a abortar. El derecho a abortar es para muchas mujeres más importante que el derecho a votar en las elecciones, y ha de serles reconocido incluso por aquellos que personalmente jamás abortarían.

JESÚS MOSTERÍN, «Obispos, aborto y castidad»,  
*El País*, 24 de marzo de 2009

—Gracias por molestarte en venir a buscarme. No era necesario.

—Claro que sí. Faltaría más.

Un tiempo muerto, en lo que tardamos en conocernos de nuevo o reconocernos, en observarnos. No esperaba encontrarme a B., siempre tan ocupada, y sin embargo había venido a recogerme al aeropuerto de Bruselas. Tenía garabateada su dirección en un trozo de papel andrajoso que estaría doblado en algún lugar de mi bolso, pero agradecí no tener que buscar ahora su casa bajo la lluvia, con los zapatos calados y diez mil euros entre los pechos, doblemente perdida por las calles de una ciudad desconocida en un país extranjero y por los senderos caprichosos de mi destino cruel.

B. tenía ojeras y alguna arruga más que la última vez que nos habíamos visto, seis meses antes, en el funeral de su abuela, que a ella la llamaba Martirio y a mí Tormento, pero seguía tan guapa como siempre. Se había teñido de rojo el pelo rubio ceniza que tanto me fascinaba de pequeña, y que cambiaba de color con las estaciones. Le habían salido canas y tuvo un percance con el tinte, me dijo, señalando su cabeza. No dejaba de mirar con el rabillo del ojo mi vientre abultado. Parecía desconcertada. La pregunta le debía de estar quemando la punta de la lengua, pero era experta en refrenar sus impulsos. En eso siempre habíamos diferido.

No le había contado nada, simplemente le había dicho que si podía invitarme a su casa en Bruselas una semana o dos, y que por favor no se lo contase a nadie. Preferí soltarlo de una vez y que

pasase la incomodidad lo antes posible. Yo misma me asusté de la frialdad de mi voz al referir las circunstancias que me habían traído hasta aquí. Ella se quedó callada y me intentó abrazar, operación casi imposible con mi barriga de ballena. Luego insistió en ayudarme a llevar el equipaje, como si todavía importase que no cargara peso.

Cuando pagó el taxi, pidió la factura para justificar sus dietas.

Hacía ya unos cuantos años, también me había venido a recoger por sorpresa al aeropuerto, cuando volví de mi exilio alemán.

El día fatídico en que la policía llamó al telefonillo a las nueve de la mañana, mi madre pegó un aullido, y se desmayó al ver que venían a por mí. Los agentes ni se inmutaron. Yo casi prefería que me detuviesen a tener que enfrentarme a su desesperación. Los padres de B. ya se habían ido a trabajar, y, cuando se enteraron, se lo tomaron mucho mejor. Estaban involucrados, y sabían del activismo de su hija. Yo, en cambio, no le contaba ciertas cosas a mi familia para no causar disgustos. Ojos que no ven, corazón que no siente. A mi abuela nunca le mentamos mi participación en ese acto, ella siempre tan beata, pero en los pueblos los rumores corrían como un reguero de pólvora, y todo se acababa sabiendo. Ella había nacido el año en que estalló la Guerra Civil y yo el año en que cayó el Muro de Berlín. No podía esperar que lo entendiese, y, sin embargo, su reacción me sorprendió: no nos peleamos, ni me retiró la palabra, y ni siquiera le dio un infarto, como yo temía, sino que optó por hacerse la loca. Al fin y al cabo, yo era su única nieta.

Cuando volví de la comisaría, mi madre me dijo que, mientras siguiese viviendo bajo su mismo techo, podía ir despidiéndome de la militancia. No tenía ganas de visitarme en una cárcel de mujeres, ni de averiguar cómo me sentaban los grilletes y el uniforme de presa. Había registrado mi cuarto de arriba abajo, y tiró a la basura los fanzines y alguna otra cosa que juzgó sospechosa o incendiaria.

No me perdonaría nunca que acabase entre rejas. Además, como trascendiese mi participación en el asunto de la capilla se correría la



voz y dejarían de llegarle encargos. Era especialista en arte sacro, y le pondrían la cruz.

La bromita puede salirnos cara, me dijo. Y yo, que había pasado mi infancia jugando en silencio en iglesias sombrías mientras ella restauraba retablos con pan de oro, unas láminas finas que aplicaba con pincel de pelo de marta en esas molduras antiguas para que recuperasen su brillo dorado, no había pensado en ello, y me sentí como una cría que ha roto algo sin querer.

Contactó con un abogado, quien me aconsejó que mantuviese un perfil bajo y me alejase de ciertos círculos, que evitase convertirme en una cara reconocible participando en demasiadas manifestaciones. Si me volviesen a detener se irían sumando los cargos, y nadie me libraría de ser el chivo expiatorio de una caza de brujas que amenazaba con enquistarse.

Lo mejor sería que, al acabar la carrera, me fuera al extranjero a aprender idiomas y esperar a que amainase la tormenta. Así fue como, unos meses más tarde, me encontré fregando platos en Múnich. En esa ciudad conocí la soledad y el rigor del invierno.

Por aquel entonces, mis padres se encontraban en pleno proceso de divorcio, una historia de lo más banal: él se había enamorado de su secretaria, que tenía mi edad y un brillante en el colmillo. Mi madre, por su parte, transitaba por una montaña rusa de emociones, y me recordaba constantemente las variadas formas que puede adoptar el resentimiento: desde la negación total de la realidad en sus mejores días, hasta la depresión, pasando por la furia y el despecho, como cuando tiró por la ventana todos los libros y los discos que dejó mi padre en casa, poco después de que se fuera a vivir con la otra. Yo bajé a la calle y rescaté lo que pude, mientras las vecinas disfrutaban del espectáculo desde los balcones.

La gota que colmó el vaso fue el embarazo gemelar de la secretaria, y me convertí, a mi pesar, en la mensajera de sus golpes bajos, como un saco de boxeo. Cada uno se cobraba una parte de mi ser hasta fagocitarme por completo. Sus demandas eran mutuamente incompatibles.

Sentía como si dos serpientes intentasen devorarme, una por la cabeza y otra por los pies. Mi padre, desbordado por el anuncio de su inesperada y doble paternidad, esperaba que les ayudase a cambiar pañales y les hiciera de niñera gratis, y mi madre deseaba que le diese la espalda, negándome a conocer a esos hermanastros que venían de camino. Mi madre exigía, por lo menos, una pensión, y él respondía que yo ya era mayorcita y ahora tendría otras bocas que alimentar. Ella estaba acostumbrada a cierto nivel de vida, hizo sus cálculos y tendría que prescindir de cosas que hasta ahora había dado por supuestas, cambiar de supermercado, teñirse el pelo en casa y veranear en el pueblo en lugar de alquilarse una casita en la costa. Me daba la impresión de que nunca había llegado a ser autónoma: se casó demasiado joven, se veía perdida sin su marido y ahora pasaría a depender psicológicamente de mí.

Por su parte, la secretaria se había propuesto convertirse en mi mejor amiga, forzando una falsa complicidad con sus risitas fuera de tono y regalos tontos que pagaba con la tarjeta de la empresa y que yo escondía para que no atizasen la furia de mi madre: bolsos de señora o prendas caras que languidecían en el armario sin ser estrenadas.

La carta de detención domiciliaria cayó como una bomba sobre ese campo de batalla en el que se había convertido nuestra familia. Los cogió desprevenidos, y se preguntaban de dónde provenía mi

espíritu rebelde. Mi padre entendía que fuese joven, ingenua y soñadora, ya se me pasaría, pero mi madre consideraba que nuestra protesta carecía de fundamento: si había crecido en una sociedad democrática del primer mundo, podía votar cada cuatro años y tenía libertad de expresión y de reunión, ¿de qué me quejaba?, ¿qué más quería? Cuando ellos eran estudiantes, los grises cargaban a caballo en la universidad para aplastar a porrazos cualquier amago de disidencia, y se les había quedado el miedo muy dentro.

Declararon una tregua momentánea, y, por primera vez en mucho tiempo, se pusieron de acuerdo: había que obedecer ciegamente las consignas del abogado, y debería dejar de quedar con C., que era demasiado viejo para mí. Sacaron a relucir a Edipo, y yo les respondí que, aunque él fuese profesor y yo alumna, me sacaba menos años que mi padre a su secretaria.

Llevábamos viéndonos seis meses, bailando en el Patio Maravillas y paseando por los pinares de Valsaín. Había sido agradable y bastante divertido, pero no me volvía loca, y también sabía que tenía otras amantes. Como todos los hijos únicos, era antojadizo. En la cama, no se caracterizaba por su generosidad, y tampoco es que me escuchase demasiado. Más bien acaparaba él la conversación, como si diese un sermón desde el púlpito o se estuviera preparando para arengar a un auditorio escéptico, mientras yo me distraía trenzando antes de dormir su larga melena castaña.

Según el abogado, que tenía sus fuentes, era un agitador, y una pésima influencia. Luego salió mi foto en *La Razón*, en blanco y negro, junto a un crucifijo y con una estola en la cabeza a modo de velo virginal, y empezaron las llamadas de las tías y los sobrinos que creían haberme reconocido, aunque la noticia no mencionase

mi nombre ni mi apellido. El titular era: «Desnudas en la capilla». También salía en *ABC*, pero de espaldas junto a B., bajo el titular: «El PP exige la detención de los profanadores de la capilla». Mi brazo ocupaba el primer plano, y en él se leía la palabra: «Violentas». En el otro, que no salía en la foto, había escrito: «Libres». Guardé los recortes en una carpeta donde atesoraba otro de *El Ambidextro*, el boletín informativo de la asociación de malabaristas, en donde figuraba una fotografía de nuestro espectáculo de fin de curso, pero aquella vez bajo un titular absolutamente inofensivo: «Ballet aéreo en Madrid».

El periódico explicaba, en un recuadro destacado, que habíamos cometido un delito contra la libertad de conciencia y los sentimientos religiosos tipificado en los artículos 522 a 526 del Código Penal. Los busqué en internet, pero todos decían más o menos lo mismo.

También leí que muchos juristas consideraban obsoletas esas leyes, que debían derogarse junto con las de injurias a la Corona, para proteger la libertad de expresión. Me di de baja en las redes sociales, en donde más de una vez había compartido memes que ahora descubría que podían ser utilizados en mi contra, para no sumar agravantes.

Eso decidió ya del todo a mis padres, quienes costearon a medias, incluso, el vuelo de ida a Múnich, y el primer mes de alquiler de una habitación en un piso de estudiantes, en lo que tardaba en conseguir un empleo que me permitiese subsistir en aquella ciudad. Yo nunca había vivido en un país extranjero, por lo que no me resistí a sus planes. Me pareció una buena idea alejarme de ellos una temporada. Estaba harta de las rencillas y de la vigilancia. La libertad me atraía.

Y, finalmente, me absolvieron después de una vista: la justicia determinó que no se podía probar que yo estuviera allí ese día. En cambio, B. sí fue procesada por esa protesta pacífica a favor del laicismo en la universidad, al ser reconocida por el capellán, que iba a su clase en una asignatura de libre configuración.

Era la primera vez que me alegraba de ser eclipsada por mi prima, aunque mi participación en aquella protesta hubiera sido más activa: yo sí iba con el torso desnudo y besé a otra chica frente al altar, después de desfilas por la facultad como en una procesión de Semana Santa, mientras que B. no se quitó en ningún momento el sujetador. Quizás por eso me gustara tanto la canción de *Tom's Diner*: Suzanne Vega había trabajado como recepcionista, y debía de saber lo que se sentía al ser una mujer invisible, parte del decorado.

Mi madre se había convencido de que con mi activismo solamente quise castigarla a ella. Y de paso también a mi padre, para quien no habíamos sido lo suficiente. Él se lo merecía por habernos abandonado, pero, a ella, ¿por qué la castigaba? Si al fin y al cabo me había cuidado y querido todos y cada uno de los días de mi infancia. Había renunciado a sus mejores años por mí, y yo no había estado a la altura de su entrega. Me consideraba poco menos que una ingrata. Por eso exigía a cambio que le cogiese el teléfono. Era lo mínimo. Se lo debía. Yo estaba convencida de que si me muriese en aquel viaje, en un accidente aéreo o desangrada en una camilla de la clínica, se enfadaría conmigo, como si la hubiera traicionado al marcharme antes de tiempo. Cuando se enterase de que no sería abuela, o no de momento, caería en otra de sus depresiones.

«Perdona por el desorden», me dijo B., que tenía la casa impecable. Todo era sobrio, con luces indirectas y un toque oriental, en tonos claros, beige y blanco roto. Teníamos el mismo sofá gris perla de Ikea. Esa compañía había logrado uniformizar los interiores a lo largo y ancho de todo el planeta.

Al abrir la maleta me di cuenta de que apestaba a azufre. El hedor del inframundo me había perseguido hasta aquí, como un mal augurio. Llevaba sin utilizarla desde nuestro viaje a las Eolias, y se había debido de quedar incrustado ese efluvio demoniaco que me producía náuseas. Me entraron ganas de llorar.

Era la hora de cenar, y la nevera estaba vacía. B. solía comer fuera, los fogones no eran su fuerte. Los bizcochos no le subían y las lentejas le quedaban aguadas o chamuscadas. Tampoco le ponía demasiado empeño, era de esas personas que a veces se olvidan de comer. Yo, en cambio, me ponía de mal humor en cuanto tenía un poco de hambre. De pequeña sus padres se las veían y deseaban para alimentarla, no probaba los yogures con trocitos de fruta, ni se bebía el zumo de naranja con pulpa, había que colarlo.

El que cocinaba era su novio, pero se había cogido el día anterior un vuelo de última hora para visitar a su madre, a quien le acababa de dar un ictus y había perdido el habla. Mientras me ayudaba a deshacer el equipaje, B. me contó que esa mujer, con tan solo dieciocho años, escapó de la China comunista cruzando a nado de noche una bahía repleta de tiburones para llegar a Hong Kong. Se

entrenó durante meses con una amiga, hasta estar lo suficientemente en forma. No se despidió de su familia. Nadó ocho horas en la oscuridad absoluta, sin desfallecer ni equivocarse de rumbo, tratando de no pensar en las cinco filas de dientes triangulares de los escualos que merodeaban en busca de presas. Su amiga, en cambio, no alcanzó la otra orilla. Nunca supo si acabó en el fondo del mar o en las fauces serradas de un tiburón. Luego consiguió emigrar a Estados Unidos, en donde su hijo fue becado para ingresar en una de las mejores universidades del mundo por su excepcional rendimiento académico.

El novio de B. no entendía nuestro idioma, y a ella eso le parecía un aliciente: la gracia de iniciar una relación romántica estaba en idealizar al otro, y, luego, cuando se iba descascarillando la ilusión, descubrías los defectos uno a uno, pero no te los sabías al dedillo desde el principio. Por eso lo mejor era tener un novio extranjero. Tardabas más en averiguar de qué pie cojeaba. Y se estiraba la ilusión. Y aprendías idiomas. Siempre le gustó que le susurrasen al oído palabras que no entendía, músicas de países remotos. De hecho, no había tenido una pareja española desde hacía siglos.

Además, no hablar el idioma de tu suegra tenía muchas ventajas. Estabas fuera de su alcance. Aunque ella transmitiera su desaprobación con un gesto adusto y la mirada de hielo, las flechas no hacían diana. Las comidas familiares en fechas señaladas eran deliciosos paréntesis de incompreensión en los que desconectaba completamente mientras todos hablaban a su alrededor. Y así, en el Año Nuevo Chino viajaba a Estados Unidos y degustaba platos de nombres desconocidos, con el telón de fondo de las conversaciones de su familia política. Tampoco creía que les importase mucho su silencio, lo único que contaba era que el chico tuviese compañía femenina, ella era poco más que un accesorio. El recelo de la madre

era similar al de todas las madres, sabía que esa chica mudita sentada a la mesa podía clavar los dientes en el corazón sangrante de su hijo, al que ya se había llevado a vivir a un país europeo, o, incluso peor, enseñar a sus futuros nietos una lengua soleada, y romper en añicos esa familia por la que tanto había sacrificado.

A pesar de su insistencia en que no conocer la lengua materna de tu novio era una ventaja, B. se había apuntado a clases de chino mandarín y practicaba su caligrafía copiando ideogramas en folios con cuadrícula, que tenía desperdigados por toda la casa. En cada cuadrado un carácter. Me explicó que el significado venía determinado por los radicales del pictograma, y me dibujó unos ejemplos. Así, el carácter de *descansar* 休 era un *hombre* 人 apoyándose en un *árbol* 木, y en el de *madre* 母 había dos puntos que representaban las areolas de los pechos.

Era una lengua fascinante pero compleja, y no se imaginaba el esfuerzo que tendría que hacer su suegra para volver a aprender a leer después del ictus. A ella lo que más le costaba eran los tonos. Si te equivocabas de entonación, podías estar pronunciando una palabra completamente distinta.

Había que copiar cada carácter cientos de veces para memorizarlo, dibujar los trazos en un orden preciso y cuidar de hacerlo con una caligrafía pulcra para que fuera legible. Yo nunca lo conseguiría: en ocasiones no lograba comprender ni mi propia letra. Por ejemplo, de pequeña, no escondía mi diario, porque sabía que aunque mi madre lo encontrase no lo podría leer. La mayoría de los zurdos escribíamos con la mano torcida, manchándonos de tinta los dedos y la palma. Nadie podría descifrar el contenido de mi libreta de tapas amarillas si yo no decidía transcribirlo en el ordenador.



«Este movimiento se llama hacer la raya en la crin del caballo salvaje, este, la grulla blanca extiende sus alas, luego hay que cepillar la rodilla, tañer el laúd, coger la cola del gorrión, látigo simple, y acariciar las nubes, así, látigo simple, el viento doble atraviesa los oídos, clavas la aguja en el fondo del mar, abanico por la espalda, y acabas con la postura del Supremo Infinito.»

B. también recibía clases particulares de taichi y, como siempre, era una alumna muy aplicada. En la facultad, yo sacaba todo sobresalientes, pero ella era quien se llevaba las matrículas y, por supuesto, el premio extraordinario. Me hizo una demostración de artes marciales, desesperada por evitar el tema que había motivado mi viaje: siempre le había incomodado muchísimo hablar de cosas dolorosas, que estallase en llanto delante de ella, tener que consolarme. Mis ojos llorosos la alarmaban y me propuso salir a tomar algo antes de que cerraran las cocinas de los restaurantes. Había uno coreano al que podíamos ir paseando.

Me pareció una idea fantástica. Quería salir de allí, aunque fuera a mojarme bajo la lluvia. Me sentía un poco mareada, entre el olor a huevos podridos que desprendía mi maleta y su descorazonador contenido, que me recordaba aquello que me esperaba: analgésicos, bragas especiales para el posparto, varias mallas de embarazada, jabón antiséptico con extracto de aloe vera, caléndula y olivo, la libreta de tapas amarillas, la férula dental y poco más. Se

me habían olvidado los calcetines, y alguna otra cosa importante, pero B. proveería.

En los armarios, B. guardaba hojas de las jaras que crecían frente a la casa de mi abuela en San Lorenzo de El Escorial, metidas en unas bolsitas de tela. No podía abrir las ventanas para airear la habitación porque seguía lloviendo a mares, pero sí entornarlas. De este modo, al volver de cenar, con suerte, la peste a azufre se habría desvanecido y solamente quedaría el aroma de nuestros veranos de la infancia, cuando nos colocábamos en la frente y en las mejillas y en la nariz esas hojas pegajosas, convirtiéndonos en salvajes indios siux perseguidos por el malvado hombre blanco. Nos escondíamos entre los árboles y detrás de las rocas y nos sentíamos a salvo gracias a nuestro camuflaje vegetal.

Mientras me ponía el abrigo y B. me buscaba unas botas en el zapatero del recibidor, pensé que, cuando se enamoraba de algo, o de alguien, se entregaba del todo. Sus ojos brillaban de entusiasmo y abandonaba por un momento su fachada de beldad inaccesible. El problema venía luego, cuando se cansaba del objeto de este entusiasmo.

Su vida era una rotación de identidades impostadas. No había continuidad lineal entre sus sucesivos disfraces, eran copias excluyentes de dimensiones alternativas. ¿Quién era ella en realidad? Yo admiraba su arrojo, y su porte altivo que siempre había intentado emular, pero nunca había hallado respuesta a esa pregunta.

Eso me convertía a mí en el reflejo de un reflejo. Fuimos raperas y punkis y *hipsters*, pertenecemos a todas las tribus urbanas. B. disponía y yo le iba a la zaga. Me sentía parte de un todo. No discutía su predominancia, porque confiaba en el poder de la

mímesis. Éramos ella y yo contra el mundo, y sus fervores secretos cambiaban la dirección del viento.

No me extrañaba nada que le hubiera ido bien en política, poseía dos cualidades de una utilidad incomparable: grandes dosis de carisma y una capacidad camaleónica para adaptarse a circunstancias inciertas. A mí me había caído en suerte un carácter más difícil, demasiado idealista. Mi búsqueda de la integridad y la pureza no me había llevado más que a poner en cuestión a mis superiores en el entorno laboral, y por ello muchos habían optado por no renovarme el contrato al expirar mi enésima beca, a pesar de firmarme elogiosas cartas de recomendación que yo misma redactaba.

[Clara, la niña que Mary Shelley esperaba mientras escribía *Frankenstein o el moderno Prometeo*, nacida en septiembre de 1817 junto al Támesis, falleció en septiembre de 1818 junto a los canales venecianos. La autora enterró a tres de sus cuatro hijos, y casi se muere desangrada en un aborto espontáneo que le causó una hemorragia que solamente remitió cuando se metió en una bañera cubierta de hielo.

Existe cierto consenso entre los críticos literarios sobre el hecho de que *Frankenstein*, novela alumbrada hacia los últimos días de aquel verano de 1817, poco antes de que Mary Shelley diese a luz, pone sobre la mesa el mito del nacimiento, de la creación, la culpa por matar a la madre al nacer, y los temores de las gestantes, propios del género del horror, de lo fantástico. Es casi autoficción.

¿Por qué hacer público lo personal? Porque hay experiencias que trascienden la primera persona, y quiero creer que esta es una de ellas. ¿Por qué representar lo doméstico, el cuerpo? Quizás para conquistar o resignificar la intimidad.

Se trata, al fin y al cabo, de otro tipo de destape, consistente en explorar mundos tradicionalmente silenciados. La representación de ciertas realidades es subversiva, marginal. Y, por tanto, potencialmente transformadora.

Este texto, basado en hechos reales, que estoy escribiendo en una libreta de tapas amarillas y papel pautado tampoco lo firmaré con mi nombre, sino con pseudónimo, y recurriré al anonimato del abecedario para nombrar a los personajes. No quiero volver a tener encontronazos con la justicia.]

## 6

Al volver de Múnich, estuve escribiendo trabajos académicos para un alumno chino que se sacó el máster en la Complutense a golpe de tarjeta y sin hablar el idioma. Obtuvo una nota media muy alta, y me invitó a cenar para celebrarlo.

Me llevó a un restaurante en Usera, y me presentó a su primo, quien cursaría las mismas asignaturas el año siguiente. Comimos unas deliciosas setas con tofu, y otras cosas que no sabría identificar, mientras nos comunicábamos en un inglés rudimentario y por señas. Gracias a esa familia, pude no volver a vivir bajo el mismo techo que mi madre mientras encadenaba contratos de prácticas que supuestamente engrosarían mi currículum, en donde me pagaban tan solo el abono de transporte, y a veces ni eso, y en donde tenía que formar a la siguiente remesa de becarios dos semanas antes de irme.

Mientras yo fregaba platos y conocía el invierno alemán, mis antiguos compañeros de militancia consiguieron puestos públicos. A mi vuelta, me dejaron de lado. Ya no pertenecía a su rebaño. Era una renegada.

C. estaba ennoviado, y se había hecho famoso. Cuando salía en la televisión, mi madre cambiaba de canal, y yo recordaba el primer mensajito que me envió: «A las siete en la plaza de Santa Ana. Fino en La Venencia, japonés, cama y, si te portas bien..., desayuno. ;)». Por la mañana, me preguntó «¿dulce o salado?», y luego preparó café, zumo de naranja y pan tostado con *tumaca* de bote.

Por su parte, B. no se quitaba la máscara de servidora del Estado, como una mártir investida de un mandato divino. A mi madre, esa cara de virgencita dolorida que se le quedaba a B. cuando hablaba de su trabajo la ponía de los nervios, como si su entrega fuera de cuerpo y alma, y sufriese por todas y cada una de las causas que su partido abanderaba. Algo había de impostura en este nuevo disfraz de pasionaria, pero lo que mi madre realmente no podía soportar era la culpa de haberme apartado de un camino que podría haberme llevado a tener una vida de la que ella pudiese estar orgullosa.

De vez en cuando, yo buscaba su nombre en Google y me entretenía leyendo chismes que, en su mayoría, ya me había desglosado mi madre. En cierto modo, era una obsesión familiar, compartida. Ella tenía un álbum en donde pegaba los recortes de prensa en los que salía B. Vaticinaba que envejecería mal, que sus facciones y su cutis no resistirían con dignidad el paso de los años, y esa derrota futura parecía contentarla de un modo que se me antojaba incomprensible.

Yo echaba de menos la militancia, sentir que se estaba poniendo en entredicho el sistema, esa esperanza en el cambio que seguía haciendo brillar la mirada de B. Me habría gustado haber seguido siendo parte de aquello. Me arrepentía de acobardarme, y de no haberles plantado cara a mis padres. Quizás, de no haber sido por los gemelos de la secretaria, mi madre no me habría parecido tan frágil, y no me habría compadecido de ella. Me doblegué con demasiada facilidad. B. se sintió traicionada. No hay lugar para los débiles en la lucha. Y yo había demostrado serlo.

Todas mis amigas de la carrera habían conseguido cosas mejores. Era la última becaria de mi generación, engañada por la cultura del esfuerzo... Había sembrado en una tierra árida, sin lograr que germinase ni floreciese nada, y mi carrera profesional no es que no hubiese despegado, sino que era una quimera más, un futuro muerto antes de nacer. Una aberración.

A veces me resultaba imposible, pero por lo general intentaba no compararme ni pensar en dónde estaría ahora si no hubiera cedido al chantaje maternal, o si hubiera claudicado ante mi pánico escénico quedándome en casa con cualquier pretexto la mañana del asalto a la capilla. Aunque, por otra parte, quién sabe si no me habrían expulsado del partido a la primera de cambio por ir demasiado de frente y no callar cuando toca. B. en eso era más taimada.

Me gustaría ser aún más libre, no heredar los miedos que tiene la clase media, vivir según me apeteciese sin convertirme en una resentida o una paria, que mi voz fuese escuchada.



De entrante, pedimos ensalada de medusa, unos rectángulos escurridizos que me costaba agarrar con los palillos, y fue como masticar la carne translúcida de un viejo enemigo. No había verano que no me picasen, debían de parecerles irresistibles mis brazos y mis piernas. Durante la cena, estuve muy callada, a pesar de los esfuerzos de B. por entretenerme rememorando tiempos pasados.

Al salir del restaurante, había dejado de llover, y me encendí un cigarrillo que me supo a rayos. B. fumaba unos finísimos que quedaban muy sofisticados en la punta de sus largos dedos o en la comisura de su boca. Tenía una belleza etérea y amenazante, un aire de vampiresa, con esos colmillos afilados que se clavaban en el labio inferior cuando sonreía.

Mientras caminábamos por las calles mojadas, B. dibujaba anillos con el humo para hacerme reír, como cuando éramos niñas y fingíamos fumar cigarros de chocolate. Pero yo seguía distraída, pensando en lo que me esperaba. Me propuso ir a tomar una cerveza antes de retirarnos, y acepté.

B. canturreaba nuestra canción, esa que sonaba mientras yo caía del trapecio y que estudiamos años más tarde en un curso de verano en Dublín:

*And he fills it only halfway  
And before I even argue  
He is looking out the window*

*At somebody coming in.*

Y me sumé a su canto, mientras caminábamos sorteando los charcos. Si cerraba los ojos, podía recordar todos los ensayos de ese espectáculo, y el marcado acento irlandés de nuestra profesora al explicarnos, años más tarde, el significado de aquellas letras que nos aprendimos de memoria. B. levantó los brazos arqueados sobre la cabeza; era el comienzo de nuestra coreografía. Yo la seguí, aunque no me encontraba muy bien. Tenía ardor de estómago, la medusa no había sido una buena elección.

Mi cuerpo recordaba cada uno de los pasos de baile, y la sincronía con B., como casi siempre, era perfecta. Mientras bailábamos por esas aceras húmedas, olvidé por un momento el motivo de mi viaje.

Llegamos al bar jadeantes, y pedimos dos jarras de cerveza tras sentarnos a una mesa de madera oscura, casi negra. En cuanto traspasamos el umbral, comenzó a llover a cántaros de nuevo.

Me emborraché con esa única cerveza, la primera después de meses de abstinencia, y el alcohol nos ayudó a soltar la lengua, a evitar terrenos pantanosos y recobrar una complicidad olvidada. B. estaba disgustada, había discutido con su novio porque él quería formar una familia, y, aunque ella siempre había querido tener hijos, le daba miedo que la dejaran de lado en el partido. «Sería —me dijo relamiéndose el bigote de espuma—, tirarlo todo por la borda. La política no para, y siempre es más cruel con las mujeres.» Además, este era año de elecciones para la Eurocámara y estaba la séptima en la lista. Si perdían algún escaño, sería el suyo, tendría que mudarse de vuelta a España y no se veía capaz de tener una relación a distancia. Su novio había conseguido aquí un buen trabajo, por otro lado, el chico no hablaba nuestro idioma, aunque estaba en ello, y no se veía por ahora instalado en Madrid con B.

No pedimos más rondas, porque al día siguiente B. madrugaba, pero nos prometimos volver el viernes. Cuando llegamos a casa, di vueltas y vueltas en la cama. Hacía mucho tiempo que no probaba el alcohol, y tuve que ir en varias ocasiones al cuarto de baño a vaciar mi ahora minúscula vejiga. Las sábanas estaban planchadas y tirantes como en los hoteles, pero me costó dormirme. Me faltaba el calor de A., su cuerpo junto al mío.

*Por otro lado, para la notoriedad del abandono de la Iglesia, se requiere:*

- 1. Mayoría de edad del declarante.*
- 2. Pleno conocimiento del significado y de las consecuencias que de la declaración se derivan.*
- 3. Entera libertad, sin que medie forma alguna de coacción por parte de personas o grupos.*

*Si usted está firmemente determinada al abandono anunciado, en orden a que conste con certeza su identidad, le ruego cumplimente íntegramente el formulario que se adjunta y lo firme ante notario, civil o eclesiástico, o ante el párroco de su domicilio, haciendo constar la identidad del mismo, así como que usted es sabedora de las consecuencias del abandono y que goza de plena libertad.*

Me despertó el sonido de un taladro. Debían de estar haciendo obras en una calle vecina, y ese martilleo incesante golpeaba mi cráneo, como los cascos de unos caballos al galope. Me costó poner en movimiento mi cuerpo desmadejado.

B. no estaba en el apartamento. Había dejado una toalla enrollada en una butaca a los pies de la cama y una notita diciendo que volvía pronto con una sorpresa. Era la anfitriona perfecta.

Me metí en la ducha, y la jaqueca remitió un poco con la ayuda del agua caliente. El cuarto de baño era la única habitación de la casa en donde se veía la huella de la personalidad de B. Las estanterías rebosaban de botes de colores nacarados, y en la encimera se amontonaban rizadoros de pestañas, lápices de ojos, perfumes y coloretes. Mientras me secaba el pelo, después de haberme limpiado la cara con agua de rosas y untado aceite de almendras dulces en las piernas, B. llamó a la puerta: el desayuno estaba listo. La casa olía a café, y a bollería recién hecha.

La toalla no conseguía tapar mi enorme barriga. B. y yo jamás habíamos sentido pudor la una frente a la otra. Nuestros cuerpos habían crecido a la par, pero ahora que eran tan diferentes me incomodaba mostrarme. En otra ocasión, ella habría acariciado mi inmensa protuberancia y susurrado palabras a mi hijo a través del ombligo, pero obviaba el tema y actuaba como si yo hubiese venido a hacer turismo.

Me dejó una guía de la ciudad y me instruyó sobre los horarios de los museos y sus recorridos favoritos. Le respondí, intentando no ser brusca, que esa mañana tenía cita en la clínica, y que no creía que me quedaran fuerzas para mucho más.

Los gofres estaban deliciosos, los mejores que había probado. Tenía el estómago vacío, y me empaché. Sentía que tenía que coger fuerzas, como un guerrero que se preparase para una cruenta batalla. B. se había acordado de comprar el sirope de arce que tanto me gustaba. Estaba siempre en todo, era muy detallista. Desplegó un mapa de Bruselas, dibujó una cruz roja sobre la clínica, y una verde sobre su casa, por si acaso, para que no me perdiese.

Me dio un beso y una copia de las llaves, y se marchó a trabajar, después de despejar la mesa. No me permitió ayudarla. Me dijo que yo era la invitada. Pero en realidad no era eso, sino otra cosa: no se fiaba de que lo hiciera bien. Ella tenía su técnica: primero enjuagaba los platos y los cubiertos sucios con agua que hervía en la tetera eléctrica, luego los metía en el lavavajillas y cuando los sacaba les volvía a pasar un chorro de agua caliente para quitarles el jabón, después los secaba con un paño limpio y finalmente los guardaba en los armarios de la cocina.

Antes de salir de casa, B. llevó a cabo una última revisión en el espejo del vestíbulo, vigilando que todos los botones estuviesen bien abrochados o que sus dientes blanquísimos no se hubiesen manchado de carmín. Llevaba un vestido con estampado de pata de gallo, una chaqueta negra, y los labios oscuros como cerezas maduras. Me la imaginé interviniendo en el Parlamento Europeo, y me sentí orgullosa de mi prima, pero también triste por haber elegido el camino equivocado. El protocolo exigiría que me dirigiese a ella como «su Excelencia».

En mi trabajo, realizaba todos los días un gran ejercicio de imaginación para comprender el propósito del papeleo, las reuniones interminables que no concretaban nada, los informes vacuos. El sinsentido de aquello me llenaba de angustia. Yo pertenecía a un departamento encargado de modernizar un cementerio de elefantes.

Cuando les hablaban de digitalización, enarcaban una ceja, escépticos, y anunciaban que eso no lo verían. A veces tenía la impresión de estar empleada en un geriátrico: yo era la enfermera y mis compañeros los internos de la residencia, a quienes fingíamos hacer trabajar para que no se asustasen ante la cercanía de la muerte. Parecían una misma entidad mil veces reduplicada, y me preguntaba si me acabaría convirtiendo en uno de ellos.

Vivían anclados en otra época. Entrar en esos despachos era viajar en el tiempo, arribando a los años setenta. Cuando bajaba al archivo, en busca de alguna carpeta amarillenta, me daba miedo que se atrancase la puerta y quedarme encerrada para siempre en ese sótano, rodeada de cientos de clasificadores metálicos, más altos que yo y cubiertos por décadas de polvo.

[Hace poco menos de un mes, en el discurso del estado de la nación, Donald Trump pidió al Congreso ilegalizar la interrupción del embarazo en gestaciones avanzadas, erigiéndose en protector de la infancia a pesar de haber ordenado separar de sus padres y enjaular a los niños migrantes. Al día siguiente, Pablo Casado declaró a la agencia EFE que «debemos pensar en cómo tener más niños y no en cómo los abortamos».

En EE. UU. hay estados en donde está prohibido el aborto incluso en supuestos de violación. En otros, los activistas provida insultan a las mujeres que entran en las clínicas, las graban y suben los vídeos a las redes sociales. Ellas se tapan el rostro con gorros y paraguas, para que no las reconozcan, y ellos las persiguen entonando himnos religiosos.

Los cristales de esos locales son blindados, y médicos y enfermeras llevan puestos chalecos antibalas. A pesar de las vallas con alambre de espino, los muros amanecen con cierta regularidad cubiertos de pintura roja, o de grafitis con citas de la Biblia (BLESSED ARE THOSE WHO MOURN MATT 5:4, en letras de imprenta y caja alta).

En el más reciente de esos atentados, un extremista religioso ametralló a las pacientes y el personal sanitario, después de lanzar un cóctel molotov contra el edificio. Gracias a las imágenes de la cámara de seguridad, los espectadores asisten en primera línea al horror. Los internautas pueden apreciar cómo estallan las paredes, y, entre los escombros, se intentan levantar las víctimas, todavía

sorprendidas por lo irreversible. En uno de esos instantes congelados, se distingue a una mujer agachada, cubierta de polvo y de sangre, que abraza su cuerpo, como queriendo identificar el alcance de sus heridas, o intentando protegerse, en un gesto que me recuerda al de la *Cariátide caída sosteniendo su piedra* que Rodin esculpió para la Puerta del Infierno de Dante. En otro, el terrorista le dispara, y ella se desploma mientras comienzan a caer los primeros copos de nieve.]



De camino a mi cita, rompió a llover. No me había acordado de traer el paraguas, y me tapé el pelo con la capucha del abrigo. Al llegar a mi destino, la calle estaba vacía, y me alegró comprobar que aquí no había manifestantes con pancartas intimidatorias frente a la clínica, ni pistoleros asesinos, o no de momento.

Había venido con tiempo, porque temía perderme. Pasé varias veces delante de la puerta, sin resolverme a entrar, pero la lluvia arreciaba y se me estaban empapando los pantalones. Todos los billetes que llevaba en el bolso se iban a convertir en papel mojado y perderían su valor.

Me detuve en el umbral. Durante un instante, mi mente se disparató, y pensé que no es que mi hijo fuera raro, sino que era un dinosaurio, y por eso su esqueleto era diferente: yo había sido elegida para repoblar la Tierra con esos seres extintos, y no debía desentenderme de ese mandato. De repente, sentí un apego feroz e irracional por ese reptil antiguo que crecía dentro de mi cuerpo, y me entraron ganas de salir corriendo en la dirección opuesta y criar a mi monstruo en una torre oscura, sin espejos, o en un campo apartado, a salvo de las miradas de desprecio y de su propio reflejo. Pero no me podía permitir esa debilidad, recordé el diagnóstico médico y seguí caminando hacia delante, adentrándome en la clínica.

Mis botas iban dejando una estela de agua en el suelo de baldosas blancas.

Esta sala de espera contenía en sí misma, como en un laberinto de espejos, cada una de las salas de espera que había pisado en mi vida, y todas mis esperanzas defraudadas. Las paredes, los suelos, las mesas y las sillas eran de un blanco cegador. Las superficies duras y reflectantes me hacían sentir que estaba en el interior de una nave espacial, como si fuésemos a comenzar un viaje interestelar y, para poder despegar, tuviéramos que soltar lastre.

Había más mujeres solas, en diferentes estados de gestación. Sus manos rebuscaban el móvil entre barras de labios, llaves y monederos en el fondo del bolso, antes de entregarlo con desgana a la recepcionista, que se lo devolvería a la salida. Las mías hojeaban los prospectos colocados en pilas encima del mostrador mientras esperaba mi turno. Los tenían en todos los idiomas, pero me bailaban las letras porque estaba demasiado nerviosa. Cogí uno en castellano, lo doblé y me lo guardé en el bolsillo del abrigo, para leerlo con calma más tarde.

La rabia había dejado lugar al pánico, y me dolía la tripa de la agitación. Sentía que estaba ascendiendo por una escalera de mano, sin llegar nunca a ver el cielo. La vida no me concedía treguas.

Las mujeres iban muy bien vestidas, impecables. Primero pensé que no querían ser juzgadas, luego me acordé de lo que me había costado llegar aquí —todos nuestros ahorros y nuestras posesiones más preciadas— y entendí que no se trataba solamente de eso. A

esta clínica belga habíamos llegado las afortunadas, las que podíamos permitirnos elegir, pero muchas otras —la mayoría— se verían obligadas a parir hijos no deseados, o niños con problemas de salud tan graves que morirían al poco de nacer o vivirían en condiciones deplorables. El turismo abortivo era un privilegio de clase, al alcance de unas pocas.

Lamentaba el derroche de este viaje carísimo. Nunca había gastado tanto dinero en tan poco tiempo. Y, sin embargo, esta era la única decisión que había tomado en la vida con la seguridad de que no me arrepentiría. No era ese mi tormento, sino el pensar que todo podría haber salido bien por una vez, el cerrar los ojos y taparme la nariz y tragar lo antes posible este cazo de amargura para poder volver a la normalidad. La alternativa era de una tristeza intolerable.

Se me acercó la recepcionista y me tocó el brazo. Era mi turno, y me habían estado llamando por megafonía para que pasase a la consulta cinco, pero no había oído mi nombre. Me sonaba extraño, como fuera de lugar, en ese universo immaculado similar al interior de un cohete.

Entregué el sobre con el fajo de billetes atados con una goma elástica, y contaron el dinero delante de mí. Por un instante, temí que hubiesen subido el precio a última hora, o que hubiéramos hecho mal las cuentas, pese a haberlas repetido cientos de veces, y nos faltaran un par de miles de euros, pero estaba todo en orden, y emitieron una factura. Me dijeron que la doctora Thérèse Levesque me atendería enseguida, pero que antes tenía que dejarles una muestra de orina.

Me tendieron un botecito de plástico, y me fui al cuarto de baño a llenarlo. De los nervios que tenía, no acertaba a hacer pis dentro del

tarro. Luego se me resbaló y, al ir a ponerle la tapa, tiré la mitad del líquido fuera. Me lavé las manos, y manché toda la pared de jabón naranja al apretar demasiado fuerte el dispensador. Sequé el bote con una servilleta de papel e intenté limitar el estropicio de la pared, pero no se iba el color anaranjado, solamente logré difuminarlo un poco.

[Hay volcanes extraterrestres, y algunos de ellos no son de roca, sino de hielo. Se llaman criovolcanes, y en lugar de magma tienen agua. La diferencia de temperatura en las lunas heladas de ciertos planetas gaseosos y glaciales explica su formación. El agua o las demás sustancias líquidas que son expulsadas, al salir, se congelan y dejan de derramarse, de la misma manera que en la Tierra la lava se enfría y solidifica.

Los primeros criovolcanes fueron descubiertos por el *Voyager 2* en Tritón, un satélite de Neptuno, el año de mi nacimiento. Aunque tengan miles de años, esos volcanes y yo casi tenemos la misma edad, porque antes de ser nombrados no existían para el conocimiento humano.

La sonda Cassini ha fotografiado géiseres helados en Encélado. El vapor de agua vuelve a caer en forma de nieve sobre la capa de hielo que cubre ese satélite de Saturno, y refleja toda la luz solar, por lo que, a mediodía, la temperatura en la superficie casi alcanza los menos doscientos grados Celsius. Debajo del hielo se esconde un océano sin costas ni orillas; no hay tierra, sino líquido, y un núcleo rocoso en las profundidades.

Voy a parir un bebé muerto, con la sangre fría en las venas. Mi parto será glacial, como la explosión de un volcán de hielo.

En los pasillos de la clínica resuenan los ecos de los pasos de todas las mujeres que me han precedido en este mismo camino. Nuestra astronave ha amerizado en la superficie de uno de esos

mares helados, en una luna lejana. Me he salido del mapa del mundo conocido.]

*L'interruption médicale de grossesse, également appelée avortement thérapeutique, est un accouchement provoqué et prématuré. L'IMG peut être pratiquée au-delà de la douzième semaine de grossesse lorsque la poursuite de la grossesse met en péril grave votre santé ou si l'enfant à naître est atteint d'une affection grave incurable.*

La consulta cinco era una cápsula blanca que olía a desinfectante y a limón.

La doctora Levesque hablaba despacio, enunciando con calma los pasos a seguir, explicando el proceso. Tenía los labios finos y unos dientes pequeños y separados, como de leche. Rondaría los cincuenta años, y me pregunté a cuántas mujeres habría atendido, qué tragedias habría presenciado.

Su voz quebrada me hacía sentir menos perdida, y el ritmo pausado me ayudaba a comprenderlo casi todo a pesar del idioma, aprendido durante varios veranos en que estuve cuidando a dos niños parisinos en una isla bretona, unos diablillos que una vez me lanzaron un gato a la cara. El francés había sido para mí un pasatiempo estival, una línea más en el currículum, ahora también sería la lengua en la que había abortado. Mis lagunas de vocabulario me restringían a una comunicación básica, sin matices ni espacio para la introspección: poco más que un chapurreo. Sabía ir a comprar helados o cruasanes, pedir la cuenta, y ahora tendría que aprender a pedir más anestesia.

El esfuerzo invertido en intentar que me entendiera la doctora me ayudaba a ser coherente y no estallar en un llanto desesperado, como me pedía el cuerpo. Eso vendría después. Primero había que solucionar el problema. Luego llegarían las lágrimas y el desahogo. Hubiera pensado que mi convicción me protegería de los sentimientos, que el tener las ideas tan claras respecto al aborto impediría en alguna medida acusar el impacto emocional, pero estaba destrozada.

La ecografía confirmó el diagnóstico anterior, y acudió un segundo doctor para ratificar que la malformación del feto, prácticamente incompatible con una mínima calidad de vida, justificaba el llevar a cabo la interrupción médica del embarazo, aunque estuviera ya en el tercer trimestre. Me sacaron sangre y, como siempre me pasa, estuvieron un tiempo buscando la vena que pinchar, primero en un brazo y luego en el otro. Cuando se acercaba la aguja, mis venas se retraían hacia el interior de mi cuerpo, para que no las picoteasen. «Vasoconstricción», dijo la enfermera.

Me aconsejaron que guardase los informes, de cara a un embarazo futuro, para poder prevenir que se repitiese la desgracia. Hoy en día se llevaban a cabo verdaderas proezas seleccionando los embriones viables en los tratamientos *in vitro*. Podrían hacer test genéticos e identificar precisamente qué es lo que había salido mal.

La ley belga establecía un periodo de espera de seis días desde el momento en que se solicitaba el aborto hasta su ejecución. Algo tenía de castigo esa espera obligada. Como si fuera una decisión tomada a la ligera, o se pudiese cambiar de parecer.

También debía pasar por un asesoramiento psicológico, antes y después de la intervención. Los resultados de los análisis de sangre me los comunicarían a lo largo de esa semana. Me tomaron la tensión, que estaba por las nubes: 15/10. Yo siempre la había tenido



bajísima, y lo achaqué al estrés del viaje y al disgusto. Tenía que intentar relajarme y tomarme durante varios días unas pastillas para conseguir bajarla, porque de lo contrario habría riesgo de preeclampsia. Además, me dieron otra medicación para ablandar el cuello del útero, que tendría que ingerir veinticuatro horas antes del procedimiento.

Todos los inviernos, se me cuarteaba la piel de los labios. Solía arrancármela cuando me ponía nerviosa. En particular, la del pico pronunciado del labio superior, ahora en carne viva. A mi madre esa costumbre le parecía patológica. «Deja de automutilarte», me decía, y me apartaba la mano de la boca. Al salir de la consulta cinco, me pasé la lengua por la herida. La sangre tenía un sabor salado y metálico que no me disgustaba.

A los seis meses de la boda, el vientre de mi abuela todavía no se había redondeado. En las fotos de esa época tenía el talle fino y la mirada inquieta. Era una recién casada elegante que miraba a cámara con el mentón subido y cierta desconfianza. Fue al médico para poner remedio a su esterilidad. Tenía veintidós años, y le recetaron unas pastillas para su «matriz infantil», término que ahora estaba ya en desuso. Quizás no fuera más que un placebo, pero sirvió para aplacar sus nervios, y al invierno siguiente nació mi madre.

Cuando mi madre fue a su vez al hospital a dar a luz, acababa de cumplir treinta años. Para la época, era una primípara añosa. Ella también tuvo que valerse entonces de una lengua que no era la suya, y repetía «*I would like to take a break*» una y otra vez, pero tardé veintitrés horas en nacer. Pidió que retirasen un espejo colocado sobre la cama para que pudiera verme salir.

Al quedarme embarazada, las mujeres de la familia rivalizaban entre ellas contándome historias truculentas sobre los horrores de sus partos. Yo ya le tenía suficiente miedo al asunto, y siempre había sido muy fantasiosa, pero esto jamás se me habría ocurrido, ni había proyectado nada semejante en los futuros que me imaginaba. Iba a ser catapultada a lo desconocido, en una cápsula blanca, con destino al frío espacio exterior, en un peregrinaje triste que me liberaría de ese interior que me tenía cautiva.

### *Día 1 de la espera. Martes*

Desayunamos juntas, y luego B. se marchó. Tenía lío, y pasaría gran parte del día fuera de casa. Revisé la nevera para ver si quedaba algo comestible, pero había muchas salsas y pocas viandas, así que resolví aprovisionarme en el supermercado de la esquina. Hice una compra absurda, y en consecuencia esa semana me alimentaría a base de espaguetis, tortillas francesas o sándwiches de queso fundido. Cargada con las bolsas, volví rápido al apartamento, como si me estuviera persiguiendo la policía o me fuera a reconocer alguno de los ciento ochenta mil habitantes de esa ciudad europea en donde residía mi prima segunda.

B. no había insistido con el turismo. Quizás habría supuesto una distracción frente al tedio de la espera, una alternativa a los pensamientos tenebrosos que me rondaban, pero me sentía paralizada, como los ratones cuando les envolvían los anillos de la serpiente. Me quedaban siete días para regresar a la casilla de salida. Hoy daba comienzo una cuenta atrás hacia un futuro deseado que era a la vez un pasado: un estado previo a la gestación.

En el salón entraba una luz sucia, apagada, a través de un gran ventanal pegado al sofá, desde el que espiaba a los transeúntes que circulaban por unas calles siempre relucientes por la lluvia. No había

visto el sol desde mi llegada. Mi móvil seguía apagado en el fondo del bolso, y me sentía como una prófuga.

Había velas aromáticas repartidas por todas las habitaciones: de sándalo, lavanda y vainilla. Las encendí para mitigar el olor a azufre que seguía invadiendo el cuarto de invitados. La cera comenzó a fundirse. Metí los dedos en ese líquido ardiente y me lo unté por la cara como una máscara mortuoria, quemándome los párpados. Al intentar despegarla se resquebrajó, perdiendo la forma de mi rostro.

Hubo un verano en que B. y yo nos dedicamos a correr por los paseos marítimos de Mallorca apagando las velas de las terrazas, sin dar apenas tiempo a los comensales a reaccionar. Algún camarero trató de alcanzarnos, pero éramos veloces. Cada vez que iba a un restaurante con velas en la mesa me imaginaba que dos chiquillas venían corriendo a apagarlas de un soplo.

Cuando B. volvió a casa, encontró la cena hecha: pasta con pesto, y una ensalada, nada elaborado, pero lo agradeció. El jueves yo tenía cita con el psicólogo, y ella me contó que fue a terapia durante el proceso judicial, cuando dejó de dormir y de comer por la ansiedad. Y yo que pensaba que no se había estrenado en el sufrimiento... Quizás la juzgase con demasiada dureza. Antes de que pudiera responder, vibró mi teléfono: era A., y me retiré al cuarto para charlar con él. Estaba preocupado por mi tensión y la posible preeclampsia. Había hecho lo que no hay que hacer nunca, que es investigar en internet.

B. recogió los platos, y se puso a practicar caligrafía china mientras veía un capítulo de *Fleabag*. Si fuéramos personajes de esa serie, yo sería la desastrada protagonista, y ella Claire, la hermana «superexitosa, perfecta, anoréxica y rica». Su constante afán de mejora me resultaba agotador, y no me hacía gracia haber

tenido que pedirle favores: acrecentaba la desigualdad entre nosotras.

No sabía de dónde sacaba las fuerzas para intentar ser la mejor versión de sí misma todo el rato, aunque comprendiese los motivos de esa perpetua necesidad de probar su valía. Siempre había ocultado sus privilegios, y en las entrevistas mentía con el fin de disimular el estrato social del que procedía, alegando que había tenido que trabajar para pagarse la carrera. La transgresión solo es aceptada si expresa odio de clase. En caso contrario, y sobre todo si eres una chica joven y guapa, no pasa de ser considerada un mero capricho, o bien la desesperada llamada de atención de una burguesita aburrida. No podía acomodarse, tenía que seguir demostrando tener el hambre y la rabia suficientes.

El asunto de la capilla la puso en el punto de mira. Y eso que no llevamos a cabo la idea inicial, que era pintarle con esmalte color verde pistacho las uñas al Cristo de madera, pero habían circulado rumores mucho más descabellados, como que nos comimos una lata de anchoas que abrimos en el altar.

[Según el DRAE, la *matriz*, además de ser «sinónimo del útero», es el «molde en que se funden objetos de metal que han de ser idénticos», la «entidad principal, generadora de otras», «cada uno de los caracteres o espacios en blanco de un texto impreso», la «roca en cuyo interior se ha formado un mineral» y el «conjunto de números o símbolos algebraicos colocados en líneas horizontales y verticales y dispuestos en forma de rectángulo».

Este relato que yo empecé como un cuaderno de bitácora de la gestación se ha convertido, a mi pesar, en otra cosa: en un libro de duelo, testimonio de la interrupción de un embarazo. Mi matriz será de tinta y de papel, y no de carne, mi hijo un personaje imaginario que vivirá entre las páginas de un libro. Este giro narrativo no estaba en el guion.

Al transformar mi vida en una continuación de signos negros sobre el folio en blanco, alejo de mí el dolor. Se convierte en algo que ya no me pertenece únicamente a mí, en una sustancia elástica que trasciende mi cuerpo, como una serpiente desenroscándose que me saliese de la boca y se vertiese sobre la libreta de tapas amarillas, de la que nunca se ha ido el olor a azufre.

En la escritura encuentro una trinchera en donde resguardarme del desasosiego que me invade mientras aguardo que transcurra el tiempo establecido por la ley belga para poder abortar. Antes me solía pasar tardes enteras boca arriba, espiando las ondulaciones de mi vientre. Ahora evito tocarme la tripa, como si buscase acelerar

el proceso, o acortar la espera. Intento desvincularme de X, pero él parece enfadado por esa retirada de atención, y me golpea más fuerte con los puños y los pies, reclamando ese contacto que le niego.

Maggie Nelson sostiene que: «Los bebés nacen en una hélice de esperanza y miedo; y el periodo de gestación te acerca a lo más profundo de la espiral. No es un espacio cruel, pero sí oscuro». <sup>1</sup> Ya muerta la esperanza, solamente me queda el miedo. Tengo un mal pálpito, y en mis sueños me atacan noche tras noche perros negros de collares fosforescentes y lomos erizados que devoran mis entrañas en la oscuridad, sin yo poder debatirme. Sus ladridos me persiguen también de día, como una cantinela infernal.]

### *Día 3 de la espera. Jueves*

Ahora tendría que enunciar mi desgracia. Podría tocarla con el dedo, delimitar su contorno, ir al grano. Pero en mi garganta un bloque de hielo me impedía seguir hablando. Me había asomado al borde del precipicio, y cada palabra que pronunciaba me acercaba al abismo. Estaba congelada en un desierto de pena, sin poder mover un músculo ni pedir ayuda, ni siquiera llorar. Mi cuerpo era una cáscara rota, una cosecha malograda.

En la mesita baja de madera contrachapada que separaba nuestras butacas había un paquete de pañuelos de papel, bien a la vista. Seguramente tuviesen que reponerlo con cierta frecuencia.

La psicóloga garabateó en su cuaderno de espiral. Los dientes desordenados se escapaban de su boca siempre entreabierta, como si quisiesen tomar el aire. Después de cuatro interminables minutos de silencio, me dijo que era importante planear un ritual de despedida. Algunas mujeres experimentaban patadas fantasmas después de abortar. Muchas sentían la necesidad de colmar ese vacío con algo que no conseguían definir. Se trataba de una pérdida imprecisa, conflictiva, en la que se mezclarían el alivio y la congoja. Debería tener paciencia, y mucho apoyo familiar.

Para que el duelo no fuera invisible y tener algo tangible a lo que aferrarse, recomendaba ver al bebé y darle un nombre o quedarse con un mechón de pelo, una foto o un recuerdo, como un molde de



las huellitas de las manos y de los pies. Cuando dijo aquello de las huellitas, fue como si me diera una patada en la boca del estómago, y me entraron ganas de vomitar, de vaciarme toda por dentro, mientras ella seguía recitando, sin inmutarse, las instrucciones, como un actor hastiado de su papel o un niño al que forzasen a declamar poesía frente a las amigas de la madre.

Podría solicitar también llevarme sus cenizas en una urna. Tenían un acuerdo con una funeraria, y se encargarían de realizar los trámites necesarios para la incineración. Por supuesto, podía elegir no hacer nada de todo esto; era mi decisión. Ella solamente quería informarme de las posibilidades y de sus beneficios terapéuticos para asumir el luto.

Miraba de reojo el reloj colgado en la pared, a la izquierda de mi cabeza, mientras mordisqueaba la punta de su bolígrafo, sentada al borde de la silla, preparada para marcharse. Yo me sentía inadecuada, como si tuviera algo verde entre los dientes, o lamparones en la camiseta, aunque me hubiese engalanado e incluso llevase la boca pintada con el carmín de B. para que no se notase el destrozo que me había hecho al arrancarme la piel agrietada de los labios.

Siempre había desconfiado de los psicólogos, con esos aires pretenciosos, como de saber más de ti que tú misma, pero ahora me veía en la necesidad de pasar este examen. No quería que me mandaran de vuelta a casa. Aunque este asesoramiento pareciera un simple trámite, me ponía nerviosa no saber qué estaba escribiendo sobre mí en su cuaderno, y me preocupaba que no le diera el visto bueno a la interrupción de mi embarazo, que dictaminase que no me encontraba capacitada psicológicamente para ello. Luego me di cuenta de que nadie estaba preparado para

algo así. Cuando comencé a hablar, se reclinó en el respaldo del asiento.

Pensé en mi abuela, que iba los domingos a misa y le susurraba sus faltas al cura con aire contrito, «perdóneme, Padre, porque he pecado», rezaba algún avemaría manoseando el rosario, comulgaba y encendía una vela por mí y otra por mi madre tras introducir un par de monedas en la ranura metálica, debajo de una plaquita donde ponía «INSERT COIN». En los últimos tiempos ya no eran velas, sino pequeñas bombillas anaranjadas: un fuego sucedáneo que no calentaba las manos pero que tampoco podía causar incendios. Después de tomar el aperitivo en el pueblo, volvía a casa con la conciencia tranquila y el alma satisfecha. Me pregunté qué culpas revelaría frente a la rejilla de madera del confesionario, ella siempre tan recta.

Mi peón había sorteado de nuevo el peligro y se dirigía hacia su destino. Otro día menos para volver a casa y ganar la partida.

### *Día 4 de la espera. Viernes*

Íbamos a ir al pub, pero diluviaba, y B. estaba cansada, así que lo dejamos para el sábado. Recostada en el sillón, se pasaba un rodillo de cuarzo rosa por la frente, de abajo arriba, para aliviar el dolor de cabeza. Le ofrecí una aspirina, pero confiaba más en las gotas de flores de Bach que tomaba antes de dormir. Mientras esperábamos que llegasen las pizzas que habíamos encargado para cenar, le conté que la psicóloga, el día anterior, había insistido mucho en la necesidad de elaborar un ritual de despedida.

B. comenzó a hablar de su último viaje, dejó el pequeño rodillo encima de la mesa, y encendió el iPad. Se sorprendió al saber que en Japón celebraban unas ceremonias budistas llamadas «memorial para los niños del agua», ya fuera para mortinatos, abortos inducidos o espontáneos, e, incluso, infanticidios, muy habituales en la época Edo entre los campesinos pobres, con el fin de evitar que el espíritu del niño volviese para vengarse y garantizar el descanso de su alma, mitigando el dolor y la culpa de los padres, quienes depositaban dulces a los pies de unas estatuillas. Aunque la tradición se remontaba a varios siglos, ganó adeptos después de la Segunda Guerra Mundial, debido a la miseria que causó que las familias intentasen limitar el número de hijos, poniendo fin a los embarazos no deseados.

Cogió un boli azul y escribió en un papel los caracteres de la palabra *feto* en japonés: 水, *agua*, 子, *niño*; son los *niños del agua*. Podía leer algunas palabras japonesas, las que utilizaban los ideogramas chinos. Me enseñó en la pantalla del iPad fotos de hileras de pequeñas estatuas con los ojos cerrados y las cabezas cubiertas por unos gorritos rojos, rodeadas de flores y de molinillos de viento de juguete. Algunas tenían también baberos de lana, del mismo color. Las estatuas representaban a Jizō, un *bodhisattva*, el guardián de las almas de esos niños que no habían llegado a nacer, y las protegía mientras esperaban a viajar al paraíso en la orilla de un río donde debían apilar torres de piedra para expiar el dolor causado a sus padres.

Bostecé con disimulo mientras me enseñaba el resto de las fotografías tomadas en el viaje. Su novio cargaba con la cámara y pulsaba el botón, ella sonreía y se probaba kimonos y recorría templos y contemplaba las flores de los cerezos y subía y bajaba montañas sagradas y comía sushi y ramen y pastelitos de arroz. Él documentaba su vida sin participar en ella, o no del todo. Cumplía una función precisa, como los anteriores. Era el séptimo pretendiente que presentaba a su familia. Mi madre opinaba que cambiaba de pareja como de chaqueta, y la suya no hacía comentarios sobre el tema, pero a veces se confundía con los nombres.

Pagué yo las pizzas, una de berenjena y otra de cuatro quesos, con la tarjeta de crédito, aunque mi cuenta estuviese en números rojos, porque quería compensar a B. de alguna manera por su generosidad. Había un refrán que decía que «el huésped y el pez al tercer día apestan», y mi estancia belga iba a superar ese límite

temporal. Por otra parte, pensé en el concepto de la reciprocidad, y estaba contrayendo una deuda moral que no sabía cómo podría devolver, más allá de lo obvio: tendría que llamarla más a menudo, ella estaba algo sola aquí en Bruselas, y hacerle muy buenos regalos por su cumpleaños durante el resto de mi vida. B. se había convertido en mi acreedora.

Mi peón había avanzado una casilla. Un día menos para volver a la normalidad.

[En el octavo aniversario de B., le regalaron una gata a la que llamamos *Conchita*. Al principio era una bola de pelo cariñosa que no se separaba de su amita, luego creció y quiso ver mundo. Se escapaba por los balcones, y las vecinas le guardaban los restos del pescado, menos mi madre, que la espantaba con una escoba.

Tuvo gatitos y nos advirtieron de que no los tocásemos, pero no lo pudimos resistir: eran minúsculos y no habían abierto apenas los ojos. Jugamos un rato con ellos a las muñecas antes de ir al colegio, les pusimos gorritos de rayas, vestidos de flores y delantales de lunares, los acunamos y besamos sus pequeñas cabezas y sus suaves patitas.

Cuando volvimos a casa, *Conchita* se estaba comiendo a sus hijos. B. lloró durante dos semanas y le cogió miedo a su mascota. Llevaron a la gata al veterinario para esterilizarla, y nunca tuvimos la ocasión de enmendar nuestro error. Nos regañaron. Había sido nuestra culpa por desobedecer: no nos teníamos que haber acercado a los gatitos.

Nos explicaron que, tras alumbrar a sus crías, las madres gatas las huelen para detectar enfermedades y se comen a las que no superan el escrutinio, con el fin de preservar la salud del resto de la camada, previniendo un posible contagio. Pueden detectar rápidamente a las que están ya moribundas y a las que no van a sobrevivir, y reservan su leche y sus cuidados para las demás. También rechazan alimentar a su camada y se la comen cuando no

la reconocen porque huele a humano, si les han practicado una cesárea o si han sufrido mucho estrés durante el embarazo. Más tarde, supe que la infantofagia es una práctica común en el mundo animal: las osas se comen a sus oseznos cuando se dan malformaciones, pero también en épocas de sequía o de escasez de recursos.

Recuerdo a *Conchita*, con el hocico todavía rojo de sangre, y pienso en la pintura negra de Goya en la que Saturno devora el cuerpo de uno de sus hijos, en la carne desgarrada por los dientes del padre.

Pienso en la costumbre espartana, al nacer un niño, de someterlo a un examen físico y, en caso de que no pudiera convertirse en un buen soldado, de arrojarlo a un barranco a los pies del monte Taigeto, considerándolo una boca inútil, una carga para una ciudad que nunca sería capaz de defender.

Pienso en el ejército de clones de *La guerra de las galaxias*, y en todas las películas de ciencia ficción en que la eugenesia, la clonación o la selección genética de los más aptos para el combate tienen derivas totalitarias.]

## IV

### Estrella fugaz

Dicen que nosotras vivimos una vida sin peligros en casa, mientras ellos combaten con la lanza. Mal calculan. Pues tres veces preferiría estar firme junto a un escudo que parir una sola vez.

EURÍPIDES, *Medea*

Los recién nacidos lloraban de forma intermitente. En mi habitación no había ninguna cuna, pero yo también había parido. No me sentía diferente a las mujeres de la sala de al lado. Me parecía incluso que sabía más que ellas. En los servicios de la residencia universitaria había traído al mundo una vida y una muerte al mismo tiempo. Por primera vez me sentí atrapada en una cadena de mujeres por la que pasaban las generaciones. Fueron unos días grises e invernales. Yo flotaba rodeada de luz en medio del mundo.

ANNIE ERNAUX, *El acontecimiento*



## *Día 5 de la espera. Sábado*

B. apuró su pinta, manchando de carmín el borde del vaso, como la marca de un beso o de un mordisco, y alzó la mano para llamar la atención del camarero, un chaval rubio y alto, con una espalda de atleta y una camiseta de rugby, que no le quitaba los ojos de encima. Durante mi estancia en Múnich, hice una entrevista para trabajar en el Oktoberfest, vestida con el traje tradicional, pero había que llevar las pintas repletas hasta el borde y sin derramar la cerveza en unas bandejas que pesaban muchísimo. Si hubiera tenido unos bíceps tan musculados como los suyos, me habrían contratado seguro, o al menos no habrían tenido que barrer los cristales del suelo después de la prueba. A mi prima le encantaba el juego de la seducción. Temía desaparecer si no la admiraban. Por supuesto, nunca lo admitiría, pero lo necesitaba. Al servirnos la siguiente ronda, él contempló alarmado mi barriga y las jarras vacías frente a mí, y ella le advirtió con la mirada que no se le ocurriera opinar.

Me entraron arcadas, y me encerré en el cuarto de baño. Después de vomitar, me ardía la garganta, e hice gárgaras con el agua del grifo para enjuagarme y quitarme el sabor a bilis. Estaba mareada y volví dando tumbos. Tardé un poco en localizar nuestra mesa, porque buscaba a una rubia y no a una pelirroja. Encontré a B. riendo, voluble y lánguida, con el camarero. Él le tocaba el brazo

y ella se tocaba el pelo. Yo me dejé caer en la silla, que crujió bajo mi peso. Nos preguntó si queríamos algo más, y B. pidió la cuenta. En ella estaba inscrito un número de teléfono, y temí que a B. le estallase la mandíbula de tanta sonrisa coqueta. Se había hecho un blanqueamiento dental la semana anterior.

Guardó el papel justificativo de nuestras consumiciones en el monedero, tras guiñarle el ojo al camarero a modo de despedida, y salimos de allí tambaleantes, dándonos el brazo. Hacía muchos meses que no bebía tanto, ya no estaba acostumbrada a aguantar el ritmo de B., quien parecía sobria a pesar de haber ingerido mucho más alcohol que yo. La borrasca había pasado, y al regresar a casa la lluvia era tan fina que ni siquiera abrimos el paraguas. El frescor de las calles mojadas me despejó un poco, pero antes de llegar a la casa vomité de nuevo, esta vez en un puente sobre el Senne, apoyada en la barandilla que impedía que los transeúntes se cayeran a las aguas turbias del río, y B. sacó del bolso un pañuelo de papel para limpiarme los labios.

## *Día 6 de la espera. Domingo*

De nuevo, había gofres para desayunar, aunque su sabor ya no me parecía tan delicioso. Seguramente fuera la migraña, o mi estómago revuelto. No quería ser desagradecida, pero esa mañana todo me molestaba. El tintineo de la cuchara contra la taza al remover el café. La luz incandescente de la lámpara. El estruendo de la aspiradora que B. pasaba con esmero por debajo del sofá, encima de los armarios y por todos los rincones de la casa. El ruido de la lluvia contra los cristales. Mi propia respiración. El podcast sobre la batalla tecnológica entre China y Estados Unidos que escuchaba B. mientras planchaba un ratito, antes de irse al gimnasio. Me daban ganas de gritarle o de zarandearla. ¿Es que no descansaba nunca? ¿Por qué tenía que esforzarse tanto todo el rato en ser Doña Perfecta?

Los domingos siempre habían sido días difíciles para mí. La inquietud mordía mi pecho y no lo soltaba. Intentaba no pensar en lo que me esperaba al día siguiente, pero no lo conseguía. De repente, el apartamento se me antojaba pequeño. Me había acostumbrado a estar sola en él, mientras B. trabajaba fuera, y ahora nuestros cuerpos se estorbaban, ocupando demasiado espacio. A pesar de su paciencia infinita, seguramente mi estancia se le estuviese haciendo larga, y no era de extrañar. Yo me sentía incómoda,

abusando de su hospitalidad, y sin embargo no me habría podido permitir tantas noches de hotel.

B. me dijo que podía usar su pase de invitado. Había piscina y sauna, estaba a dos manzanas, y me sentaría bien chapotear un poco. Ella no tenía resaca. Me dejó un bikini verde que me quedaba pequeño, un gorro amarillo y unas chanclas rosas. Le perdoné enseguida su afán de perfección. Era el único plan que podía mitigar la angustia. Necesitaba desfogarme, escapar de esas cuatro paredes que parecían estrecharse poco a poco hasta asfixiarme del todo, y llovía demasiado para pasear. Se me había olvidado que B. me conocía perfectamente, y me estaba ofreciendo una vía de escape.

Debajo del agua era capaz de detener el pensamiento. Al sumergirme de cuerpo entero, me transformaba en una especie subacuática. Nadé furiosa, hasta agotarme. En cinco brazadas, bucéé hacia el fondo de la piscina. Me entraron ganas de soltar todo el aire, quitarme el gorro de plástico que me apretaba la frente y quedarme allí. Mi piel adoptaría el mismo tono añil de los azulejos que revestían el suelo, como la de un camaleón, y nadie me localizaría hasta que mi cadáver emergiese, aterrorizando a los demás bañistas mientras flotaba a la deriva, con el cabello esparcido como una posidonia en la superficie cristalina. Al salir, me froté los brazos y las piernas con la toalla para secarme, evitando rozar las costras reblandecidas de las rodillas.

### *Día D. Lunes*

Mi madre no sabía hacerme trenzas de raíz, y ni se me ocurría pedírselo a mi padre. Mi cabello fosco y castaño, ni liso ni rizado, no tenía nada de especial, y sin embargo parecía ser irresistible para los piojos. Por eso se les ocurrió cortarme el pelo como un paje, y así me quedé hasta los once años, cuando me rebelé. En cuanto mi melena creció lo suficiente, le pedí a mi prima que me hiciera una trenza como la suya. Mi abuela nos cantaba aquello de «una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid» y yo me sentía femenina, contagiada de la belleza altiva de B. Antes de dormir, pasaba el cepillo cien veces por mi cabellera, frente al espejo y sentada en el borde de la cama. No me la cortarían nunca, o si acaso solo las puntas, como una doncella atrapada en una torre, para que los príncipes azules pudieran trepar por esa liana hasta mi alcoba.

Esa mañana, antes de ir a la clínica, B. me volvió a peinar como entonces. Me hizo una trenza bien prieta, de boxeadora: así el pelo no me molestaría durante el acontecimiento. B. había insistido en acompañarme, a pesar de que yo no quería testigos. Al rellenar los papeles de la clínica y firmar el consentimiento informado, me temblaban las manos y se me cayó varias veces el bolígrafo al suelo. Ella me lo recogió y yo agradecí que hubiera hecho caso omiso de mis declaraciones de independencia. No tenía por qué pasar por esto sola, me dijo. Además, le había prometido a A. que

no me dejaría hacerme la fuerte, que estaría a mi lado durante todo el proceso.

Caminamos por unos largos pasillos blancos hasta una pequeña sala con una cama y una silla. A B. le dieron una cofia y una bata y unas fundas verdes para los zapatos, y a mí un camisón abierto por detrás. Me desnudé. Tenía frío, y me dejé los calcetines puestos. Me los había dejado B.; eran largos, calentitos y suaves, de color gris, con pingüinos bordados. Llegaban hasta la mitad del gemelo.

Estaba en ayunas, y muerta de hambre. Eran las nueve y cuarto, a estas horas normalmente estaría trabajando, y habría desayunado ya hace un buen rato. No me quitaba de encima cierta sensación de irrealidad, como si esto no me pudiese estar sucediendo a mí.

La doctora me explicó que lo primero sería ponerme una inyección de digoxina en la barriga, para detener el latido del corazón del feto. Ella estaría en otra habitación, escuchando el monitor que colocarían en mi vientre, y, cuando dejase de latir, me inducirían el parto. Pintaron con yodo la zona del pinchazo, y la larga aguja atravesó mi piel sin encontrar resistencia. La tripa se puso dura como nunca lo había estado, y luego más blanda que nunca. Había dejado de sentirlo. Ya no se movería más dentro de mí. B. apartó la mirada. Se me había olvidado que era incluso más aprensiva que yo. Me di cuenta entonces de que la había puesto en un aprieto.

Antes de empezar con la oxitocina, que me induciría el parto, me pusieron un enema. Era opcional, pero yo prefería defecar en privado antes de entrar en el paritorio y que se me escapase aquello con las contracciones delante de B. y de los médicos. A los pocos

minutos, salí disparada en dirección al cuarto de baño, sintiendo que se me iban a salir las tripas. B. se burló de mis prisas y de mi cara de pánico, nos pilló desprevenidas una risa incongruente que se nos heló en la garganta. No me atrevía a levantarme del inodoro porque temía no haber vaciado del todo mis intestinos y al mismo tiempo me aterraba pensar que si seguía sentada en él lo siguiente que caería al agua sería el cuerpo sin vida de X.

B., al cabo de un rato, llamó a la puerta y me preguntó que si necesitaba ayuda. Me acordé de aquella vez que me aguanté demasiado las ganas de hacer pis en un campamento de verano, no llegué a tiempo a los servicios y calé mis vaqueros. B. también estaba entonces del otro lado de la puerta, y fue hasta nuestra tienda de campaña, con toda la seriedad de sus nueve años, a buscarme una muda, sin reírse de mí ni decir palabra de mi desliz a las demás niñas.

La primera contracción me sumergió como la ola de un océano helado, dejándome la piel fría y el corazón encogido. Estaba sucediendo. No era, esta vez, un mal sueño. Tendría que nadar en esas aguas gélidas hasta alcanzar la otra orilla. Me estremecí. Debía concentrarme en las oleadas de dolor que conquistaban mi cuerpo cada pocos minutos. Y respirar tal y como me explicaba la matrona: espirar en la pausa y retener la respiración en el asalto. Así una y otra vez, durante horas, con una vía en el brazo derecho conectada a un gotero que destilaba narcóticos y oxitocina en mi sangre. No podía mover mucho ese brazo, para que no se saliese la aguja ni me diese tirones.

B. no se apartaba de la cabecera de la cama. Me alegré de que se hubiera impuesto, de que no me dejase la opción de venir sola. Su presencia era un flotador al que agarrarse, un bote salvavidas en esta marejada. Seguramente este fuese el acto más íntimo y aterrador al que pudiera asistir una persona.

Ella estaba intranquila, fuera de su elemento. Su cara era una máscara impasible que no dejaba traslucir sus emociones, salvo por sus ojos, en los cuales leía mi propio espanto. Seguro que se moría de ganas de recuperar su móvil requisado. La espera estaba siendo larga. Llevábamos toda la mañana en la clínica, y ya estaba agotada. Pensé que me hundiría en esas aguas glaciales, que no lo aguantaría.



Con cada contracción, un hilillo de sangre se resbalaba por los muslos entumecidos, para caer goteando al suelo de baldosas blancas. Pensé que me partiría por la mitad, que moriría en esa clínica belga y que nunca volvería a ver a mi madre.

La matrona venía de vez en cuando para medir la dilatación, y los molestos tactos vaginales determinaban los centímetros que habíamos recorrido. Le pregunté la hora, cogí aire y esperé la siguiente embestida. Me sondaron, y pincharon la bolsa para que no fuera un parto seco. Yo siempre había fantaseado con romper aguas en un lugar público, montar un numerito en el metro o en un restaurante, y me imaginaba que sería algo así como cuando un globo relleno de agua estalla al aterrizar en el borde de la piscina, pero no fue nada escandaloso.

La matrona tenía una hija que se llamaba como yo, y ella también se ponía calcetines con animalitos, en las próximas vacaciones quería llevarla a las islas Canarias, a bañarse y tomar el sol, dijo mientras insertaba la mano dentro de mi cuerpo. Ya había dilatado lo suficiente, ahora tocaba la fase de expulsión.

Tenía que concentrarme en mantener el ritmo, empujar sin soltar el aire y descansar jadeando entre contracciones. Me hizo una demostración, y nos volvió a dejar solas. No le gustaba que tuviese la tensión tan elevada todavía a pesar de la medicación, pero no debíamos preocuparnos, estaba en buenas manos: la doctora Levesque era una eminencia.

El dolor se multiplicó, obedeciendo al castigo bíblico, y sus ramificaciones recorrían cada palmo del cuerpo, como culebras nerviosas serpenteando bajo la piel. Me acordé de mi bisabuela, que a nuestra edad ya había dado a luz unas cuantas veces, y juraba que prefería tener un hijo a ir al dentista; le parecía menos duro. Y de las cariátides, que sostenían sobre sus cabezas el peso de los templos sin que su gesto traicionase el esfuerzo.

Al lado de la cama, había un botón rojo para pedir ayuda, y lo pulsé. Vinieron enseguida, y me explicaron que no es que no funcionara la anestesia, como yo pensaba. Tan solo mitigaba el dolor de las contracciones, pero no el de los tejidos desgarrándose. Me sentí engañada. Tal vez mi umbral del dolor fuera muy bajo, o la

dosis no fuera la suficiente. Pensé en todas las mujeres que parían o abortaban sin asistencia médica.

B. me limpiaba el sudor de la frente con un paño húmedo y me susurraba en una voz suave y reconfortante que no le conocía, concentrada, como si me pudiese insuflar sus fuerzas. Yo no respondía a sus palabras de ánimo, no podía derrochar mi energía. También me apartaba de la cara los mechones rebeldes que se escapaban de la trenza, y me daba sorbitos de agua de cuando en cuando.

Pensé en los volcanes fríos, en el hielo hendiéndose hasta ceder a la presión del agua, en la violencia ejercida sobre la roca para que se rompiese, en los movimientos de placas tectónicas de los que nacieron las cordilleras, en la fuerza necesaria para partir una piedra en dos, en las grietas abiertas como heridas que supuraban un líquido rojo y ardiente. Durante los terremotos, la tierra estallaba. Se abrían zanjas en el suelo que nos precipitaban a simas oscuras. Corrían regueros de lava por las laderas de los volcanes que calcinaban todo lo que encontraban en su camino.

Latían mis sienes y mis brazos agarrados a las rodillas y mi pubis rasurado y mi cuerpo entero intentando abrirse para expulsar a X. Vibraba mi vientre y el temblor me sacudía entera. Mi cuerpo era el epicentro de un seísmo: 8,3 en la escala Richter.

B., asustada, pulsó de nuevo el botón rojo. «Se me están quitando las ganas de ser madre», me dijo, medio en broma medio en serio. Estaba muy blanca, al borde del desmayo. Para esta ocasión, no se había pintado los labios. Con la cara lavada, parecía indefensa, y mucho más niña.

## 6

Apenas si me daba tiempo a descansar. El respiro tras la contracción era pasajero. Rezaba a un dios en el que no creía, me encomendaba a una divinidad esquiva y continuaba el esfuerzo. Con cada empujón, pegaba bramidos, y no reconocía esos sonidos animales que salían de mi garganta, como si hubiese retrocedido en la escala evolutiva, volviendo a lo primigenio. Mis gritos se mezclaban con los ladridos de los perros que seguían resonando en mis oídos.

Un aparato al lado de la cama grababa la intensidad de las contracciones, como un sismógrafo, y el papel con el registro de las mediciones iba cayendo al suelo. Junto al botón rojo para llamar a los médicos, había otro verde para aumentar la anestesia. Pulsé tantas veces el segundo botón que se bloqueó, y vino una matrona a explicarme que había alcanzado el límite de la dosis recomendada, pero que no me preocupase, que estaba a punto, ya se veía la cabeza. B. no pudo contener la curiosidad y se asomó. Yo solo esperaba que fuera cierto que esta tortura iba a acabarse pronto.

Llamó a la doctora, que se sentó frente a mis piernas abiertas. Me explicó que tenía que hacer un último esfuerzo e introdujo algo metálico en mi interior, tirando hacia fuera. Dijo muchas más cosas que no entendí. Me preparé. Se me aceleró el pulso y se me erizó la piel. Cogí aire y empujé con todas mis fuerzas, sin soltarlo, como me habían enseñado, agarrada a las barandillas de metal de la cama

hasta que sentí que algo se desgajaba, plop, cediendo a la presión, y luego un gran alivio.

Cuando salió de mí al fin, cerré los ojos apretando las pestañas. La doctora Levesque me preguntó, con su voz rasgada, si me gustaría despedirme: nadie se había arrepentido de mirar, pero sí de no hacerlo, y si quería me lo podían envolver bien en una manta para que no le viese el cuerpo sino solamente la cara. Sin osar todavía abrir los párpados, asentí. Si no le veía era como si negara su ser, condenándome a un luto eternamente inconcluso. Su carita fantasma me rondaría en sueños, tendría pesadillas con un bebé sin rostro y me arrepentiría para siempre de no haberme despedido de él. Seguí sin abrir los ojos hasta que B. me aseguró que se lo habían llevado ya. Nunca me había sentido tan cansada. Eran ya las ocho de la tarde. La doctora me dijo que tenía que empujar una vez más, para sacar la placenta. Yo estaba exhausta, aunque esta vez era más fácil, y, tras un último esfuerzo, algo viscoso se me deslizó por los muslos. *«Ça y est, ma puce. C'est fini!»*

Pero no era verdad, no habíamos acabado todavía. Aspiraron para dejarlo todo limpio dentro de mi cuerpo. Y el sonido era igual, si bien menos potente, que el de la aspiradora que B. había pasado y repasado el día anterior por una casa ya impoluta para que no se le escapara ni una bola de polvo. Después hicieron una ecografía a mi vientre ya vacío para verificar que no hubiesen quedado coágulos.

[Mi placenta es un solomillo sangriento que nos observa desde un balde de metal, una medusa varada en la orilla del mar. La mayoría de las hembras de mamíferos practican la placentofagia para recuperarse del parto, menos los humanos, los camellos, los cetáceos y algunos pinnípedos. Me sorprende su tamaño. Debe de pesar al menos un kilo. Me pregunto cuánto medirá la placenta de una ballena, si la devorarán los peces o la picotearán las gaviotas mientras flota en la superficie del océano como una isla de vísceras rojas en las aguas azules.

Con ella se hacen batidos y mascarillas, o se cocina a la brasa para combatir la anemia que acecha a las mujeres después del embarazo. Si me la comiese sería casi un acto de autocanibalismo, me estaría alimentando de mi misma carne. Hay pocas ocasiones así en la vida, y sin embargo dejo pasar la oportunidad cuando me preguntan si quiero guardarla, mientras B. arruga la nariz, asqueada.

Se ha informado, y me enumera diferentes rituales para disponer de ese órgano efímero, cuyo nombre proviene de una palabra latina que significa «torta», por su semejanza con un bollo redondo y plano, y que según algunas culturas sería la sombra del bebé, su gemelo malo y avieso. A las dos siempre nos interesó la antropología. Quiere distraerme mientras esperamos que nos traigan a mi hijo muerto, y yo le aprieto la mano en agradecimiento y me asombro cuando toca asombrarse, emitiendo monosílabos, pues

todavía no consigo reunir las fuerzas necesarias para articular una sola palabra. Si me quedase muda, no podría escribir en un cuadernito para hacerme entender: nadie comprendería mi letra. Tendría que teclear mis mensajes en el móvil, y acordarme de llevarlo cargado, mientras aprendía lengua de signos.

Las parteras mapuches observan la placenta y leen en ella cómo será la vida del recién nacido.

Los aimaras, en Bolivia, la entierran en un sitio secreto cuando la madre muere en el parto, para que su espectro no vuelva a llevarse consigo a su hijo.

Los malayos la entierran delante de la casa si es hembra, para que se case rápido, y detrás si es varón, para que no abandone pronto el hogar. Creen también que si un bebé llora demasiado es debido a que los malos espíritus molestan a la placenta, y mantienen durante una semana una hoguera prendida sobre el lugar donde la han enterrado, con la intención de alejarlos.

En chino, la palabra para *placenta* está formada por tres caracteres: 紫, *púrpura*, 河, *río*, y 车, *coche*, por lo que significa algo así como «el coche del río púrpura», y se utiliza como remedio en la medicina tradicional desde hace varios milenios.]

Trajeron a mi hijo muerto y lo sostuve con el brazo izquierdo, el que no estaba enganchado a la vía. Era un paquete liviano. Solamente se veía su cara, el resto de su cuerpo lo habían envuelto, bien tapado, en un rebozo tirante. Acerqué los labios al oído diminuto y le canté muy bajito una nana aunque ya no pudiese escucharla; era la única que me sabía, sobre un niño que nació de noche y le preparaban una cuna de rosa y jazmín.

Me costaba recordar que no es que estuviese dormido, sino que había alumbrado a un ser que nunca vería la luz. Mi cerebro se resistía a registrar esa información. Con esa cabecita arrugada y el gesto aquiescente, en lugar de un niño parecía un anciano sabio. Los párpados cerrados escondían páramos silenciosos. Su boca tenía el mismo piquito en el labio superior que la mía y me recordó a una tortuga marina. Siempre había pensado en X como un reptil acuoso.

Dudé si hacerle una foto y enviársela a A., «esta es la cara del hijo que habríamos tenido», pero luego me pareció una idea terrible. Él no había conocido a X, no había sentido las patadas y los codazos dentro del vientre, para A. mi embarazo era una cosa más abstracta y le podía ahorrar ciertas realidades que harían su dolor por la pérdida más vívido.

Le pedí a B. que me ayudase a incorporarme, y manipuló la camilla, subiendo el cabezal con el mando. Después le dije que quería estar a solas con mi hijo y que si podía esperar fuera unos



minutos. Estaba llorando. No la veía derramar ni una lágrima desde aquel día en que la policía llamó primero a la puerta de su casa y luego a la mía para entregarnos sendas cartas de detención.

Entonces desnudé a X; quería cerciorarme. No podía quedarme con la duda, pese a todas las corroboraciones de los análisis y las ecografías de la semana anterior. Habían apretado muy bien el arrullo, y me costó deshacerlo. La piel estaba tibia, pero no caliente. Después me quedé un largo rato en silencio observando ese cuerpo que había salido del mío. Ya no correría el riesgo de idealizarlo.

Su imagen se quedará para siempre grabada en mi nervio óptico.

Lo volví a vendar con cuidado, como a una momia, le acaricié las mejillas y pulsé el botón rojo.

[Recuerdo las palabras de Maggie Nelson al hablar de su parto: «Habrás rozado la muerte en el camino»,<sup>1</sup> y siento que he atravesado una línea roja, que ya nunca volveré a ser la misma. Estoy al otro lado, he nadado en las aguas oscuras y alcanzado la orilla opuesta de la bahía.

En la clínica, mientras me partía en dos para expulsar una calabaza de invierno por mi vagina, pensé que no saldría de aquella con vida. Sin embargo, no se muere tanto en el parto como en el posparto, y, normalmente, de una hemorragia, o de una septicemia, cuando las condiciones higiénicas no son respetadas, pero no ha sido el caso. Temo, por consiguiente, morir desangrada.

Pienso en Frida Kahlo, en su deseo frustrado de ser madre, en sus abortos, unos terapéuticos y otros naturales, y en todas las veces que se retrató a sí misma tumbada, en su lecho de mártir. En uno de sus cuadros, tiene el cuerpo y la cornamenta de un ciervo, y el pecho atravesado de flechas. En otro, yace en una cama del hospital Henry Ford, después de haber perdido a su hijo, y de su cuerpo cuelgan seis hilos rojos, como seis cordones umbilicales, ligándola a su niño muerto, al que llamaba su «pequeño Dieguito», a un caracol, a una flor lila, a su pelvis fracturada, al figurín de un torso en el que se aprecian los órganos femeninos y a una máquina metálica. Las sábanas blancas están manchadas de la sangre que ha perdido.

El rojo es el color de la tristeza.]

Un par de horas más tarde, la matrona me quitó por fin la vía del brazo y me dio dos pastillas para inhibir la lactancia. Antes de darme el alta, la doctora dijo que para evitar una infección no debía introducirme nada en la vagina durante al menos cuatro semanas, mejor cinco. Prohibidos los tampones y el sexo. Si me tenían que hacer ecografías, que fueran por encima de la tripa y no por dentro. Que no dejase de tomar las vitaminas prenatales y que probásemos de nuevo pasados unos meses. Al siguiente intento seguro que salía bien.

Me dio una bolsa de papel reciclado con la medicación que tenía que tomar durante unos días. Unas píldoras para el dolor, otras para la tensión, antibióticos y omeprazol. Había también compresas, unas instrucciones por si se me olvidaba cuándo tomar cada pastilla y un librito que recogía los testimonios de otras mujeres que habían pasado por lo mismo. Tendrían que encargarse más de la versión en castellano, este era el último ejemplar que quedaba en el almacén, murmuró para sí mientras me lo enseñaba. Iba ya por la cuarta edición, y se titulaba *Un tiempo para decidir, un tiempo para sanar*.

Volvimos en taxi a casa, después de rellenar una encuesta de satisfacción del cliente.

	Deficiente	Regular	Adecuado	Bueno	Excelente
Facilidad para conseguir					X

cita					
Valoración global de la atención sanitaria				X	
Calidad y competencia de los médicos y enfermeros					X
Limpieza de las instalaciones					X
Información recibida				X	
Confianza transmitida					X
Solución dada a problemas					X
¿Recomendaría la clínica a otras personas?	<u>S</u> í / No				

Yo estaba muy débil y me apoyé en el hombro de mi prima para subir las escaleras del portal. Luego me tumbé en el sofá y ella se sentó junto a mí, y nos pusimos *María Antonieta*, de Sofia Coppola, en Netflix. La reina ingería pasteles de todos los colores mientras el pueblo pasaba hambre, los vestidos que llevaba eran sublimes y los escarpines de seda, no me extrañaba nada que rodara su cabeza.

Preparó un té; yo no podía comer nada, a pesar de estar desfallecida. Me sentía frágil y vulnerable. Mi cuerpo se había roto, arrollado por una manada de potros salvajes. Me encontraba conmocionada, incapaz, todavía, de asimilar el acontecimiento.

El dolor ocupaba el lugar que antes ocupaban las pataditas de mi hijo. Se había ido y ya nunca existiría. Había pasado por mi cuerpo como una estrella fugaz, un meteoro muerto surcando los cielos. Esta tristeza no era necesaria, no estaba inscrita en la ley de la vida, que dice que debemos sepultar a nuestros mayores y criar a los

pequeños hasta que se valgan por sí mismos. No tenía razón de ser, ni sentido alguno.

[Según el DRAE, la palabra *esclusa* proviene del latín *exclūsa (aqua)* «(agua) excluida», y se refiere al «compartimento, con puertas de entrada y salida, que se construye en un canal de navegación para que los barcos puedan pasar de un tramo a otro de diferente nivel, para lo cual se llena de agua o se vacía el espacio comprendido entre dichas puertas». A su vez, una *esclusa de limpia* es un «gran depósito del cual se suelta el agua repentinamente para que arrastre con su velocidad las arenas y fangos del fondo de un puerto o de un embalse».

Se ha abierto una esclusa en mi cuerpo, se ha roto un dique, y la sangre arrastra con ella, por fin, las lágrimas, que no dejan de correr por mi rostro. Lloro por X, que no ha salido de la no existencia. Las manecillas del reloj no han llegado a marcar su primer minuto de vida. Lloro por X, y por su corazón que ha dejado de palpar dentro de mí, y sin embargo todas las dudas que hubiese podido albergar se esfumaron al desnudarle.]

Deseaba enterrarme debajo de un par de mantas y no salir nunca más. O por lo menos no hasta que llegase de una vez la primavera. Dormir durante cien años, como la Bella Durmiente, y despertar en un castillo cubierto de zarzas y de rosales. Cuando intenté levantarme, me detuvo una punzada de dolor y pedí ayuda. Me senté sobre una bolsa de gel azulado que B., previsora como siempre, sacó del congelador, y el dolor remitió un poco. Sentía vergüenza al depender tanto de ella, echaba de menos a A., y pensé que me había equivocado al negarme a que me acompañara. Tendría que haber sido él, y no B., quien me sostuviera la mano en la clínica. Como tantas otras veces, había pecado de orgullosa. En *Westworld*, se les podía apagar la carga emocional a los androides. Ojalá pudiera yo también pulsar ese interruptor, nunca había sufrido con tanta intensidad.

Me notaba febril. El termómetro marcaba 36,5, y no me lo acababa de creer. A la fuerza tenía que estar estropeado. Tomé unos analgésicos y conté los pasos que separaban el salón del baño (diez), de la habitación (siete) y de la cocina (doce), donde B. me recalentó una sopa de nido de golondrina.

A. me llamó al móvil de B., y le conté que todo había ido bien. No entré en detalles, y lloré bastante. Era un llanto suave, una lluvia fina que resbalaba por mis mejillas. Me dijo que descansase, que me echaba de menos y que nos veríamos pronto. Su voz sonaba lejana y triste. La mía era lánguida y perezosa, como si estuviese

aprendiendo a hablar después de un accidente. Él esperaba pacientemente, sin interrumpirme, cada una de esas palabras que se tropezaban en el fondo de mi garganta y resbalaban por mi lengua torpe hasta llegar a sus oídos. Los silencios ocupaban mucho espacio en nuestra conversación, como una niebla que impidiese reconocernos.

No había diferencia horaria con Madrid, pero me parecía que me llamaba desde la otra punta del planeta. Lo había buscado en Google Maps, y tardaría trescientas cuatro horas en recorrer caminando los mil cuatrocientos ochenta y tres kilómetros que nos separaban, cruzando dos fronteras y pasando por Mons, Compiègne, París, Orléans, Burdeos, Urt, Pamplona, Olite, Robledillo de Mohernando y San Sebastián de los Reyes. Dibujaría así mi propio Camino Español, en sentido inverso al de los miles de soldados que se dirigieron a los Países Bajos para aplastar la revuelta contra Felipe II. En coche serían tan solo quince horas y veintinueve minutos.

Me costaba mantener los ojos abiertos. Quizás hubiese tomado demasiados analgésicos. Temí morir de una sobredosis, o no recordar mi identidad, ni querer regresar a mi patria, como los hombres que comían el blanco y dulce fruto del loto en la *Odisea*, o los que escuchaban el canto de las sirenas. Me despedí de A., y B. me arropó, como si fuese su hija, mientras tarareaba en bucle a Suzanne Vega hasta que me dormí, de puro agotamiento:

*And I'm trying not to notice  
That she's hitching up her skirt  
And while she's straightening her stockings  
Her hair has gotten wet.  
Oh, this rain It will continue  
through the morning As I'm listening*



*to the bells of the cathedral.*

Por la mañana, me volvieron a despertar las obras de la calle vecina. Le tendría que comprar a B. un juego de sábanas nuevo para la habitación de invitados. Metí las sucias en la lavadora. Froté el colchón con la punta de una toalla húmeda y solamente conseguí extender el cerco rosado. La sangre estaba incrustada en el tejido. Eran manchas difíciles de quitar, por mucho que restregase. Intenté darle la vuelta para esconder la prueba del delito, pero pesaba demasiado.

Encendí el móvil, que vibró y sonó sin pausa durante unos buenos diez minutos. La mayoría eran mensajes de mi madre, cada vez más furiosa ante mi silencio. No estaba acostumbrada a que no la atendiese a todas horas. Esta vez, sin embargo, había sucedido algo grave mientras yo abortaba en una clínica belga, con el teléfono apagado.

«Se ha muerto tu abuela, ¿dónde te has metido?»

Me senté sobre el colchón manchado, incapaz de sostenerme en pie. El dolor era un pájaro carpintero que me picoteaba las heridas, impidiendo que se formasen costras. Ahora tendría que sobrellevar un doble duelo, por el pasado que ya no era y por el futuro que ya no sería. Por las venas de mi abuela y de mi hijo había dejado de correr esa sangre que también era la mía, como por un arroyo que se ha quedado seco. Al menos se había ido de este mundo antes de conocer mi nueva desgracia.

No había podido despedirme, pero nadie tuvo tampoco ocasión de hacerlo. La muerte la había pillado comprando claveles para adornar la tumba de su marido. Salía de la floristería cuando le dio un ataque al corazón, soltó el ramo y cayó al suelo. La policía tardó en llegar, nadie se atrevía a moverla, pero estaba bloqueando la salida de la tienda y varios clientes se pusieron nerviosos. Tenían cosas que hacer. Algunos saltaron por encima de su cuerpo, magullando las corolas rojas y los tallos verdes esparcidos por la acera. Otros sacaron fotos a escondidas, no todos los días veías algo así: una anciana vestida de negro y con el pelo blanco, que parecía dormida en un lecho de flores. Al día siguiente, habría cumplido ochenta y tres años.

Seis meses antes, había perdido a la última de sus hermanas, la pequeña. Desde entonces, se sentía sola, y se había ido marchitando, replegando velas. Se apuntó a clases de acuarela para distraerse e hizo amigas más jóvenes que ella, porque no le quedaba ninguna de su edad, pero no era lo mismo. Le gustaba pintar marinas con las dos manos, en cada una un pincel. Ella también era zurda, pero las monjas de la escuela donde estudió le ataban el brazo izquierdo a la espalda para corregir su tendencia natural. Me había regalado un cuadro en el que salía una chica de espaldas, haciendo el camino de Santiago, con una trenza en la cabeza y una rodillera en la pierna izquierda, junto a un lago en el que se reflejaba la torre de una iglesia. La peregrina era yo, y llevaba una mochila azul. Yo, que hice la primera comunión obligada y a regañadientes. Yo, que grité a pleno pulmón «¡Sacad vuestros rosarios de nuestros ovarios!» frente al altar de una capilla universitaria. Pero ella no se rendía en la esperanza de redimirme y firmaba con su inicial en la esquina derecha de la pintura: D. Lo colgué en la pared del pasillo. En su día, me dijo el nombre del

pueblo que se veía al fondo, pero se me había olvidado y ya nunca lo sabría.

Los médicos nos habían avisado de que estaba ya muy débil, y no se lo habíamos contado, para qué agobiarla. Sin embargo, su corazón se había detenido a la misma hora que el de mi hijo, y yo no me acababa de quitar de encima la culpa. Tal vez, al empeñar su reloj de oro para poder pagarme la interrupción del embarazo, se hubiese agotado el tiempo del que disponía, como cuando en un cuento el héroe perdía un amuleto y se abatía sobre él una terrible maldición.

Al regalármelo, me dijo que ya no lo necesitaba, yo era su reloj de arena. Siempre había sido un clon de mi abuela, y de mi madre. Podía imaginar perfectamente cómo envejecería, cómo serían mi rostro y mi cuerpo con sesenta o con ochenta años. No tenía más que mirarlas. Ellas, en cambio, veían en mí aquello que habían perdido. Cuando le anuncié que sería bisabuela, se alarmó. Oía doblar las campanas de la iglesia, me respondió, y anunciaban su hora, que se iba acercando. Aun así, intentó tejerle rebecas y gorros y guantes de lana a su bisnieto, pero sus manos nudosas complicaban la tarea. Era una mujer severa que reservaba su paciencia para los animales y los niños.

Me pregunté si se sentiría indispuesta antes de ir a la floristería, si reconocería a la muerte en su malestar, si vio pasar su vida ante sus ojos mientras caía al suelo en una lluvia de pétalos encarnados.

*Es imprescindible que usted nos envíe el Certificado Original de su Partida de Bautismo, si no nos la ha enviado anteriormente, e indique íntegramente los datos referentes a su bautismo, que constan en la Declaración de Apostasía adjunta. Sin estos datos no podremos dar curso a su solicitud y nos veríamos obligados a archivar su Expediente.*

B. me despidió en la misma terminal donde me había recogido en lo que me parecía otra era geológica. Me veía todavía muy floja, y quería escoltarme para asegurarse de que no me desmayaba en cualquier esquina. Antes de que cruzase el control de seguridad, me dio un largo abrazo huesudo y nos despedimos.

Al parecer, Bélgica era uno de los mayores productores de chocolate y el aeropuerto de Bruselas el lugar del mundo en el que más chocolate se vendía. Así que antes de embarcar de vuelta a Madrid, compré una caja de bombones para A. Pensé en coger otra para mi abuela, pero recordé que había muerto. Tampoco le podía llevar una a mi madre porque este era un viaje clandestino que nunca había tenido lugar. Me demoré en la tienda de chocolates, escogiendo la caja más bonita y los bombones más apetecibles, y oí que me llamaban por megafonía. Fui la última en embarcar. No habría sido el primer avión que perdía por despistada.

Había llovido todos los días de mi estancia en Bruselas. Seguía lloviendo sobre la pista de despegue, y sobre todas esas atracciones turísticas que no había visitado: el Manneken Pis, el átomo gigante, los murales de Tintín y el Parlamento Europeo...

En el vuelo de vuelta, me tocó otra vez el asiento junto a la ventanilla. El avión iba medio vacío. Mientras me alejaba de esa tierra lluviosa, sentí que retornaba de los infiernos. Llevaba en la maleta una urnita como de juguete, con las cenizas de X.

No había más viajeros en mi fila, y me pude tumbar. Estaba de suerte, al menos en esto. Conseguí echarme una siesta en posición fetal, con el bolso como almohada y el abrigo a guisa de manta. Soñé que flotaba boca arriba, haciendo el muerto con los ojos cerrados y los brazos bien abiertos, y una ola me llevaba mar adentro. Había mucha resaca y no conseguía alcanzar la costa. Dejaba de luchar contra la corriente y me hundía. Me crecían branquias detrás de las orejas, y la piel se me cubría de escamas. El fondo del mar no albergaba tesoros, sino basura, ruedas de neumáticos y lavadoras cubiertas de algas. De un coletazo de mi cola plateada, me alejaba nadando hacia la superficie.

Ya en Barajas, pensé que hasta hace no tanto me habrían detenido unos hombres uniformados al volver de este viaje por haber cometido un delito punible de cárcel. En teoría, ahora ya no deberían poder enchironarme porque había sucedido fuera del territorio español, y no aplicaría el artículo 145 del Código Penal, según el cual «la mujer que produjere su aborto o consintiere que otra persona se lo cause, fuera de los casos permitidos por la ley, será castigada con la pena de multa de seis a veinticuatro meses». Por si acaso, en boca cerrada no entrarían moscas.

## V

# De tartas de limón, plantas secas y bellas durmientes

Marchita, marchita, pero segura. Ahora sí que lo sé de cierto. Y sola. *(Se levanta. Empieza a llegar gente.)* Voy a descansar sin despertarme sobresaltada para ver si la sangre me anuncia otra sangre nueva. Con el cuerpo seco para siempre. ¿Qué queréis saber? No os acerquéis, porque he matado a mi hijo. ¡Yo misma he matado a mi hijo!

FEDERICO GARCÍA LORCA, *Yerma*

Mi hija me dijo no hace mucho: «Mamá, si doy a luz a un niño deforme, lo querré igualmente». ¿Se imagina algo así? Estudia en la décima clase y ya tiene esas ideas. Como sus amigas. Todas piensan en eso.

Unos conocidos nuestros han tenido un niño. Lo esperaban; era su primer hijo. Una pareja joven, guapa. Pero el niño tiene una boca que le llega a las orejas; aunque no tiene orejas. Yo no voy a verlos como antes, no puedo. En cambio mi hija, un día sí y otro también, va a verlos. Le tira esa casa; no sé si se imagina un futuro o se prepara. [...] Tememos por nuestros hijos. Por los

nietos que aún no han nacido. Aún no han nacido y ya tememos por ellos.

SVETLANA ALEXIÉVICH,  
*Voces de Chernóbil. Crónica del futuro*



A. se asustó cuando me vio llegar del aeropuerto. Nunca me había visto tan pálida, ni tan derrotada. Yo lo único que deseaba era seguir hibernando, aunque hubiese llegado la primavera. Había estado fuera apenas unos días, pero me sentía agostada, como si hubiera vuelto de una travesía en el desierto. Las plantas de interior estaban todas muertas o marchitas. A. se había olvidado de regarlas. Las de los balcones sobrevivían gracias a la lluvia, e incluso habían brotado algunas hojas nuevas, de un verde más clarito.

Durante mi ausencia, los vecinos habían tenido un bebé. Lo trajeron del hospital la misma tarde en que llegué de Bruselas, y su llanto atravesó las delgadas paredes sin ninguna dificultad: se oía desde todas las habitaciones de nuestra casa. Me desperté sobresaltada, creyendo que era X quien lloraba, sin pararme a pensar que no había llegado a nacer. La madre intentaba apaciguarlo cantando nanas, pero eso aún lo enfurecía más.

A la mañana siguiente, A. preparó un café bien cargado, y yo compré unos tapones en la farmacia. En la caja venían doce. Los compartiría con A.: seis para cada uno. Él tampoco había podido dormir en toda la noche. Compré también unas compresas de posparto, de algodón natural, que eran como ladrillos y me valieron un ojo de la cara. Me puse mucha colonia para no oler a sangre.

El recuerdo de la larga trenza con la que había ido a la clínica me perseguía, y me corté el pelo a lo chico. Ris, ras, ris, ras. Quería convertirme en un hombre, dejar atrás este cuerpo de miseria. A. me

dijo que me sentaba bien. Parecía desconcertado. Yo me sobresaltaba sin falta al cruzarme con mi reflejo, no me reconocía sin la melena. A mi padre le disgustó el cambio. Según él, «cuando las mujeres renuncian al pelo largo, tiran la toalla». Yo le respondí que era comodísimo. En algunas versiones del cuento de Rapunzel, a la doncella le vuelve a crecer el pelo por arte de magia al tocarlo el príncipe, restaurando así su belleza perdida. ¿Cómo si no iban a ser felices y comer perdices?

## 2

[Según el DRAE, se es madre por concebir, aunque no llegues a parir o des a luz a un niño muerto. Soy madre, aunque ya no tenga hijo. Es *madre* la «mujer que ha concebido o ha parido uno o más hijos», el «animal hembra que ha concebido o ha parido una o más crías», la «raíz u origen de donde proviene algo», pero también el «cauce por donde ordinariamente corren las aguas de un río o arroyo», la «alcantarilla o cloaca maestra» y las «heces del mosto, vino o vinagre, que se sientan en el fondo de la cuba».

A veces el lenguaje se queda corto. Debería haber una palabra para los padres que se han quedado sin hijos, igual que la hay para los hijos que se han quedado sin padres. Me siento huérfana de esperanza.

Cuando lloro, la piel de mi cara se hincha y parezco un pez globo, el tercer vertebrado más venenoso del mundo, cuya carne es un manjar que puede ser letal si no se prepara adecuadamente o si se consume en exceso. No sabía que se podía llorar tanto, o tan seguido. Me pregunto cuánto líquido habrá brotado de mis glándulas lacrimales, si el agua salada ocuparía un vaso o una jarra. Voy dejando por toda la casa un rastro de pañuelos de papel arrugados que me recuerdan a las migas de pan de Pulgarcito y sus hermanos. «Basta de autocompasión», me digo. «Ya te has lamentado bastante. No te hagas la víctima.» Me seco las lágrimas, pero al ratito me descubro con los ojos empañados de nuevo.

A. me llama «la llorona», y me dice que es normal acusar el golpe más tarde, que el bajón llegue a destiempo, cuando te relajas por fin después de un periodo de estrés o enfermas al acabar la época de exámenes. Me da rabia haber pasado por un embarazo y un posparto sin obtener nada a cambio, pero él me habla de la falacia del costo hundido y eso, extrañamente, me consuela más que todos los consejos bienintencionados que me han dado hasta ahora. Ya no discutimos, me deja salirme siempre con la mía, pero no me satisface del todo esa victoria regalada, y echo de menos encontrar cierta resistencia a algunas de mis propuestas.]

Me molestaban las luces, quería regresar a la oscuridad de la cueva. Mi dolor era un continente sumergido que afloraba si se pulsaban las teclas adecuadas, un universo secreto que recorría en sueños. Pasaba los días tumbada y en silencio, somnolienta, salvo cuando escuchaba a los vecinos salir de casa o del ascensor y me arrastraba hasta la mirilla de la puerta para espiarlos, procurando no hacer ruido. Le ponían a su hijo un abrigo de osito pardo con el que parecía un peluche, y era para comérselo, a pesar de que no dejase nunca de llorar. Ella estaba delgadísima, como si no acabase de parir. Debía de ser de mejor calidad que yo.

Cuando nos encontrábamos en el rellano, le hacía carantoñas al niño, mientras ellos intentaban no mirar fijamente mi barriga que seguía oronda pero ya triste, mustia, como un globo deshinchado. No lo conseguían y yo tampoco. Me obsesionaba esa vasija vacía, ese colgajo que tapaba vistiendo las sudaderas de A. Todavía no me cabían más pantalones que mis mallas de embarazada. Ya no compartía mi cuerpo con nadie más. Era todo mío, aunque en ruinas. Me parecía el de otra mujer, no lo reconocía como propio.

Evitaba ducharme cuando me quedaba sola, por si acaso. Me mareaba ver la sangre que seguía brotando de mi vientre herido. *Loquios*. En el suelo de la bañera se dibujaban senderos rojos, entrecruzándose como las ramas de un árbol. *Puerperio*. Si me apretaba el pezón salían unas gotitas doradas y dulces que habrían sido ríos de leche y miel en otra ocasión más afortunada. *Calostro*.

Me habían recetado unas pastillas para que no subiera la leche, pero mi pecho parecía hacer caso omiso de ellas. *Mastitis*. Llevaba un fantasma acurrucado en el vientre, un manantial cegado en mis senos doloridos.

Antes del acontecimiento, era otra. Ahora, al secarme frente al espejo, me preguntaba cuándo me volvería a sentir atractiva. Todavía tenía los tobillos y las muñecas hinchados y estrías violáceas, como el dibujo de la piel de una serpiente, a pesar de la eficacia clínicamente demostrada de las cremas con triperenos de centella asiática. Nunca más me atrevería a ponerme un bikini. Había bañadores bonitos, pero me resultaban incómodos y tardaban más en secarse. A medio palmo debajo del ombligo, un bultito recordaba el lugar del pinchazo, cicatriz palpable, aunque minúscula, de lo sucedido.

Mi carne era blanda como la de un caracol, pero sin caparazón tras el que esconderme. Sería más bien una babosa, fofa y lenta. Me había convertido en un animal invertebrado. No quedaba rastro de esos músculos ágiles y fuertes que una vez supieron trepar por las cuerdas y girar sobre la barra del trapecio. Mi cuerpo era una ciudad sitiada por un poderoso ejército enemigo, que no había dejado más que cenizas a su paso.

Me sentía cansada de hacerme la dura, y me arrepentía de no haberle pedido a A. que me acompañase. B. nos habría alojado igualmente en su habitación de invitados, y se habría sentido aliviada de no cargar ella sola con la responsabilidad de acompañarme a abortar a la clínica y de cuidarme después. A veces me costaba reconocer que yo también era vulnerable, que no tenía por qué ser tan independiente todo el rato. Nunca expresaba

directamente mis necesidades, ni las afectivas ni las demás. A. no siempre conseguía leer entre líneas. Y sin embargo él también había cambiado, era más atento, y no pecaba ya de su exacerbado optimismo. Su procesión iba por dentro. No había derramado lágrimas, pero se reía menos. Un eccema había colonizado su antebrazo, y no remitía a pesar de las cremas. La mancha rosácea cada vez era más grande, como el mapa de un país imaginario que creciese sobre la piel oscura.

«Todos nuestros agentes se encuentran ocupados. Llame pasados unos minutos.» Después de vérmelas con un obtuso funcionario de la Seguridad Social que me pedía insistentemente el libro de familia sin escuchar lo que le estaba contando, al fin el INSS había aprobado mi prestación por nacimiento y cuidado de menor, se la concedían a las mujeres que habían alumbrado a un feto de más de seis meses de gestación, para que pudiesen recuperarse, aunque hubiese nacido muerto.

Las flores y los dulces ayudaban: me hacían sentirme querida, o al menos acompañada. Una tarde recibí un mensaje de un número desconocido diciendo que era el vecino, y que le habían entregado una tarta para mí. Primero pensé que se trataba de una broma, luego que se habría equivocado de letra, pulsando una T en lugar de una C, y que sería una decepcionante carta certificada, pero resultó que me esperaba en su nevera mi tarta preferida, la de limón con merengue de Embassy, de parte de mis amigas. No sabía cómo había conseguido mi teléfono el vecino, y tampoco se lo pregunté.

Nunca estaba en casa cuando venían los repartidores, y tuvo que custodiar también en su apartamento unas orquídeas blancas con una nota amistosa de mis compañeros de oficina, a quienes había contado la versión oficial abreviada de mi desgracia: fui al hospital porque sentí que el bebé había dejado de moverse en mi interior y me provocaron el parto, pero era demasiado tarde. Preferí dar el menor número de detalles posible, para no caer en una maraña de



mentiras disparatadas de las que luego no me acordaría. Mi jefe me llamó para decirme, paternal, que no me preocupase por el trabajo en estos momentos. Siempre le había gustado hablar mucho, da discursos a la menor ocasión, y sin embargo, cuando me puse a llorar, pretextó una reunión urgente y me colgó casi sin despedirse.

Mi padre tampoco supo qué decirme. Me llamó un par de veces y se quedaba cortado, balbuceando anécdotas de los niños y dándome recuerdos de su mujer. Cuando hablaba con él siempre tenía la impresión de que quería añadir algo y nunca se decidía a hacerlo. Me dolía su torpeza. De pequeña, yo estaba enamorada de él. Era el payaso, el poli bueno que cuando llegaba a casa me hacía cosquillas y bromas mientras mi madre protestaba diciendo que era ya hora de que la niña se fuese a dormir. Había tardado mucho tiempo en darme cuenta de que era ella quien llevaba el peso de la crianza y de lo difícil que debía de resultar ser siempre el poli malo.

Por su parte, mi madrastra me escribió un mensajito llamándome «corazón» y diciendo que estaba ahí para lo que necesitáramos, que éramos jóvenes y podríamos tener más hijos si queríamos. Le respondí con muchos emoticonos de corazones de colores. Al principio no la soportaba, era «la otra», una usurpadora que había destruido mi familia, pero las cosas habían cambiado. Ella ya no intentaba ser mi amiga y tampoco tenía dinero ni tiempo para llevarme de compras, estaba demasiado ocupada con el trabajo, los gemelos y la intendencia. Mi padre no sabía ni freírse un huevo. Cuando lo conoció, era un arquitecto conocido, un madurito bien conservado; ahora era un anciano con más deudas que ingresos al que preparaba la comida todos los días. Y eso le había pasado factura. Debería echarse un amante, pero no se lo iba a sugerir. En algún momento se le cayó el brillante del colmillo, quizás se lo

tragase sin querer, y no se lo había vuelto a pegar. Me entristecía ver ese diente así de desnudo.

Fui a recoger mis cosas a la oficina para hacerle sitio a la reemplazante, y mis compañeros me dieron muchos abrazos y me ofrecieron sus condolencias. El sufrimiento estaba sobrevalorado, y no había quien lo esquivase, pero parecía conferir un aura de dignidad, o de sabiduría. Yo había mudado la piel, como una serpiente, y ya no era una niña a sus ojos, sino una mujer que había sufrido y de repente encontraba una suerte de respeto o una contención por parte de quienes me consideraban una cría mimada. Tal vez tuviesen razón y mi mirada sea otra, y haya cruzado una frontera, adentrándome a mi pesar en el mundo secreto de los adultos. En todo caso, ya no era la misma. Estaba por ver si el cambio era para bien o para mal. No había tenido epifanías, pero sí que me había endurecido, y esperaba no haber perdido la ternura por el camino.

Quizás, en realidad, no hubiese palabras de consuelo posibles, y esto entrase dentro de lo indecible. Esperaba que me llamase más gente, pero habían debido de considerar que lo mejor sería dejarme tranquila, por pudor o por delicadeza. Cuando me sacaban el tema, rompía a llorar, así que casi prefería que no preguntaran mucho y distraerme charlando de otras cosas. A mis amigas les pedía que me contasen frivolidades, y satisfacían mis exigencias. Ninguna imaginaba ni de lejos por lo que había pasado. Sus preocupaciones me parecían pocas, pero ahora sabía que era cierto eso de que cada uno podía llevar a cuestras un dolor escondido. Valoraba más la amabilidad y juzgaba un poco menos.

*Puedo asegurarle que si optara definitivamente por el abandono de la Iglesia, procederemos a la debida anotación de su decisión en la Partida de bautismo, así como a la cancelación de cualquier tipo de listado, fichero o base de datos de la Iglesia.*

*Sentiremos su decisión, y la encomendaremos al Señor para que la ilumine y guíe por el recto camino.*

## 5

[En los videojuegos a los que juega A., como en los libros de caballería, la misión del protagonista es matar monstruos que custodian tesoros o puertas a otros mundos, abriéndose paso a espadaños en criptas y mazmorras.

Por definición, los monstruos son los antagonistas malvados, que viven escondidos de la luz del sol y apartados del común de los mortales, inspiran miedo y repugnancia y merecen morir a manos de un héroe o de un caballero andante: ese es su destino, y no otro. Son la anomalía, la imperfección, lo oscuro que acecha en lo más profundo del bosque para raptar a las princesas que serán el premio del caballero valiente que derrote a esas bestias atroces, cortando una a una sus muchas patas y sus cabezas supernumerarias.

En los manuales de los juegos de rol, se enumeran en orden alfabético los monstruos con los que los personajes se pueden encontrar en su aventura, y se explica cómo acabar con ellos: Arpía, basilisco, carroñero reptante, devorador de cerebros, esfinge, fuego fatuo, gárgola, homúnculo, íncubo, joviano, kraken, licántropo, mantícora, naga, ogro, pirohidra, quimera, reptiloide, sirénido, trasgo, ubume, vampiro, wendigo, xenomorfo, yeti y zombi.

De niñas, B. y yo dibujábamos seres híbridos en un cuaderno de tapas azules que no sobrevivió a una de las purgas de mi madre, quien cada vez que me descuidaba hacía limpieza a fondo de mi

cuarto, y mis objetos más preciados se desvanecían misteriosamente. Ella siempre negaba la evidencia, y achacaba esas desapariciones a mi desorden.

Me gustaría conservar ese cuaderno de hojas cuadriculadas en las que pintábamos serpientes de siete cabezas con colmillos de elefante, o leones alados con nariz y cola de cerdo, aunque lo que más lamenté fue que se deshiciese de mi caja de zapatos, con la tapa de cartón agujereada, repleta de capullos de gusanos de seda que despertarían de su metamorfosis en un camión de la basura de camino al vertedero municipal...

Las oruguitas construyen su propio lecho de bella durmiente, su crisálida, un capullo de hilos de seda que romperán una vez convertidos en mariposas. Siempre eclosionan de noche, y entonces se dedican a buscar consorte. Después del apareamiento, los machos buscan otra pareja mientras que las hembras ponen sus huevos, los dejan pegados y luego mueren.

Según una leyenda china, una jovencísima emperatriz bebía té bajo una morera cuando cayó en su taza de porcelana un capullo de gusano de seda. Al ir a sacarlo se deshilachó, y ella comenzó a tejer una tela de tacto tan suave como el agua, cuyo secreto fue celosamente guardado durante más de mil años después de su descubrimiento.]

## 6

Muchas cosas cotidianas cobraban, de repente, nuevos significados. No podría volver a comer gofres, solamente de pensar en ello me entraban ganas de vomitar. Todavía oía a lo lejos, de vez en cuando, los ladridos de los perros.

Poco a poco, fui recuperando fuerzas, gracias a los caldos de pollo y verduras que me preparaba A. al volver del trabajo y que yo bebía a pequeños sorbos. Comencé a dar paseos para despejarme, primero cortos, dando la vuelta a la manzana, y luego cada vez más largos. Buscaba rasgos infantiles en los rostros de los demás paseantes. ¿Serían bebés bonitos o feos, pequeños o rechonchos? ¿Sentirían miedo al nacer en ese mundo por el que ahora campaban a sus anchas?

Me tenía que parar a menudo, todavía estaba frágil, y me di cuenta de lo escasos que eran los bancos en esta ciudad. Encontré refugio en las paradas de autobuses y en las iglesias; me sentaba un rato a solas, o en mitad de una misa, bien al fondo, y descansaba. En el edificio contiguo a nuestro bloque había un centro de necesidades educativas especiales, y evitaba pasar junto a él en horario escolar o bajaba la mirada al suelo para no buscar la sombra de X en el patio de aquel colegio. Daba grandes rodeos para no acercarme, sobre todo a las nueve de la mañana y a las cinco de la tarde, cuando las madres entregaban o recogían a sus hijos, empujando sillas de ruedas o llevando de la mano a adolescentes que no se valían por sí mismos.

Los gemelos asistían a un centro parecido, en la otra punta de Madrid. La suya no era una de esas historias de superación que tanto gustan en las redes sociales. Desde que nacieron, la vida de mi padre no había sido más que dolor y pesadumbre. Parecía haber envejecido de golpe un par de décadas. Yo nunca había tenido la paciencia necesaria para ocuparme de ellos más que alguna tarde, y volvía a casa con el corazón arrugado. Si A. me hubiese acompañado en aquellas visitas, tampoco habría tenido dudas al oír el diagnóstico de nuestro hijo, pero desconocía los pormenores del desgaste físico y mental que implicaba el cuidado. No sabía cómo se las apañaría mi madrastra el día no muy lejano en que mi padre ya no estuviese. Cada vez sufría más achaques y necesitaba ponerse un par de implantes, pero no tenía dinero suficiente para arreglarse la boca. Siempre había sido muy presumido y no soportaba verse medio desdentado. Por eso, al reírse, colocaba la mano delante de la parte inferior de la cara, aunque desde que había declarado la empresa en concurso de acreedores se reía más bien poco, sin quitarse del todo la amargura.

Caminaba sola, únicamente acompañada por un intermitente dolor agudo que ocupaba el lugar de X. Preocupada, fui al médico de cabecera, y me explicó que esos calambres eran normales en el posparto: el útero se contraía y los órganos volvían lentamente a su sitio. Me vendó el torso y me dijo que seguramente me habría subido la leche, a pesar de las pastillas, por oír llorar día y noche al bebé del apartamento de al lado. Tras recetarme somníferos y antidepresivos, me aconsejó que me pusiera hielo para bajar la inflamación de los pechos, duros y calientes como una piedra al sol. La tensión, al menos, había vuelto a la normalidad: 9/5. Me derivó al centro de salud mental más cercano, y la psicóloga me dio el alta enseguida, después de recomendarme una aplicación de

*mindfulness*: las tres primeras meditaciones eran gratuitas, y luego si querías seguir pagabas tan solo tres euros noventa y cinco para las restantes. «Es lógico que estés abatida, pero no hay que confundir el duelo con una depresión. Si el duelo no doliese, sería patológico.» No rascó ni un poquito más bajo la superficie, pero tenía la agenda llena de pacientes que la debían de necesitar más que yo, porque no me dio una segunda cita.

Intenté darle una oportunidad al nuevo opio del pueblo, ese bálsamo de Fierabrás que parece ser la respuesta de moda a todos los males, pero a la primera meditación guiada ya tenía ganas de autolesionarme de verdad, o al menos de fumarme la marihuana de la que sin duda abusaba la locutora: «Gradualmente ir acercando la mente a esta respiración y a este instante. O concentrar la atención en los sonidos o en la percepción de un objeto que esté en tu campo de visión. Invítate a adoptar una actitud receptiva. Tomo conciencia de que estoy inspirando, o de que estoy espirando. Solo eso. Prestar atención a la respiración. ¿Dónde está tu mente ahora mismo? Simplemente date cuenta y tráela al momento presente, infatigablemente, una y otra vez. Con gentileza. Sigue la trayectoria del aire por tu cuerpo, que lo inhala y lo exhala. Cada vez que la mente se escapa, tomo conciencia de ello, y con delicadeza, con dulzura, sin reprochar, la traigo de vuelta a esta respiración y a este instante. Aquí y ahora. Solo eso. Infatigablemente.»



En un universo paralelo, yo sería una de esas madres con las que me cruzaba en mis paseos, que empujaban felices y orgullosas los carros con sus recién nacidos. En otro universo paralelo, nunca me habría quedado embarazada, o bien habría muerto en esa clínica belga. Todas esas posibles identidades me confundían. Ya no quería pensar en lo que podría haber sido.

Tiré a la basura los cadáveres de las plantas de interior, la casa parecía desnuda sin ellas. A. trajo del vivero dos pequeños cactus con flores de colores, cinco suculentas, una costilla de Adán (*Monstera deliciosa*) y una lengua de suegra (*Sansevieria trifasciata*). El encargado le aseguró que eran «aptas para negados» y no se morirían aunque nos olvidásemos de regarlas de vez en cuando. Era un buen comerciante, y aplacó la culpa de A. por el genocidio vegetal ocurrido en mi ausencia vendiéndole unas bolsas de abono especial a precio de oro.

No podía seguir aferrada a la lista de agravios imperdonables si quería evitar que nos convirtiéramos en uno de esos matrimonios que se odian, así que fingí entusiasmarme con las nuevas adquisiciones, a las que no terminaba de acostumbrarme, aunque tuviesen las hojas lustrosas y mucho mejor aspecto que las plantas viejas a las que A. había descuidado. En la última mudanza, perdí un cesto de mimbre con todos mis collares y se rayó la mesa del escritorio, pero ellas salieron indemnes, porque las coloqué con cuidado en el maletero del coche para que no se volcasen las

macetas ni se rompiesen los tallos. Lo que más lamentaba era la muerte de mi naranjito, pero no fue reemplazado, porque «los cítricos son difíciles y poco agradecidos».

[Quién me iba a decir que yo acabaría siendo también la madre de un monstruo, como la Diabla, una campesina que se convierte en una fábrica de engendros en un relato de Guy de Maupassant: la mujer comete una falta una tarde de cosecha y esconde su vergüenza apretando bien fuerte el corsé, comprimiendo y deformando así el cuerpo de su hijo. Las escardadoras que acuden en su ayuda mientras da a luz en el campo, al ver lo que sale de su vientre, huyen de allí y la llaman «la Diabla», porque ha parido un demonio. Vende a su engendro, al que odia, por quinientos francos a unos feriantes que lo exhibirán de ciudad en ciudad. Desde entonces se especializa, pariendo fenómenos semejantes a cangrejos o a lagartos gracias a la técnica del corsé y, a pesar de que alguno se le muriera al nacer, se convierte en una mujer rica. El narrador del relato recuerda la historia de la Diabla al cruzarse con una dama distinguida en una playa de moda, cuyos hijos son jorobados y corvos, debido a la coquetería de la madre, quien, con tal de ser bella, quiso que su cintura permaneciera fina hasta el último día del embarazo.

A su vez, en un cuento titulado *La madre del monstruo*, Maksim Gorki relata la abnegación de una mujer que, después de que su marido, un pescador, no regresase del mar, dio a luz a una criatura de una insaciable glotonería, con aletas de pez y ojos turbios. La madre no se volvía a casar por miedo a engendrar otro monstruo, ni quería oír hablar de dejarle en un asilo o de ponerle a pedir limosna,

y la boca sin fondo del niño engullía todos los frutos de su trabajo, devorando su fuerza y su sangre. Cuando murió, después de un atracón, todos los vecinos del pueblo guardaron silencio. Algunos querrían felicitarla por haberse librado de la esclavitud, otros consolarla por la pérdida del que, a fin de cuentas, era su único hijo, pero ninguno despegó los labios.

Las madres de los monstruos suelen ser culpables de un deseo prohibido, como Pasífae, enamorada de un toro blanco (aunque en puridad casi todos los deseos eran prohibidos para las mujeres), pero las hay de tres tipos: las que los aman, las que los odian y las indiferentes. No sé a cuál de esas tres categorías pertenezco. Quizás a una cuarta: las que impiden su nacimiento, y, por tanto, no son madres del todo, a pesar de lo que diga el DRAE, y sí criminales, según ciertas corrientes conservadoras de pensamiento encarnadas por Donald Trump y la Conferencia Episcopal.

Todas ellas se contaminan, de algún modo, de la monstruosidad, igual que las madres de los asesinos a menudo defienden a sus hijos, aunque nada apunte a su inocencia, o los encubren, convirtiéndose en sus cómplices. Los aman a pesar de no haber sabido contener su violencia. Son las únicas que los visitan en las cárceles, las últimas en abandonarles a su suerte, cuando todos los demás les han dado ya la espalda, espantados por lo cruento de sus delitos. Son también las únicas que lloran cuando estos mueren, y sus lágrimas son de alivio por no tener que seguir llevando esa carga, pero también de culpa por no haber cuidado bien o no lo suficiente...

Y, a todo esto, ¿dónde están los padres de los monstruos? ¿No son ellos acaso también culpables de un deseo prohibido? ¿Y cuál es ese deseo prohibido para los hombres de los que nacen los monstruos sino el incesto? Ya el Levítico recomendaba no tener

relaciones sexuales con parientes porque son de tu carne y de tu sangre, y esa degeneración de la familia endogámica que engendra vástagos mutantes me recuerda tanto a los anfibios humanoides de piel costrosa cuyos ojos fijos «parece que nunca parpadean» <sup>1</sup> que pueblan los relatos costeros de Lovecraft como al prognatismo de los reyes cuyos retratos cuelgan en las paredes del Museo del Prado: «Que otros hagan guerras. Tú, feliz Austria, cástate».]

Pasaba horas viendo en bucle vídeos de ballet y de patinaje artístico, fascinada por esos cuerpos al límite que daban saltos y piruetas sobre cuchillas que se desplazaban por el hielo o sobre la punta de unas zapatillas de raso, como si no pesasen nada.

Mi preferido era el «Adagio de la Rosa» de *La Bella Durmiente* de Chaikovski, interpretado por Fumi Kaneko, del Royal Ballet: se celebra el decimosexto cumpleaños de Aurora, es su puesta de largo, baila con sus cuatro pretendientes, que le entregan rosas, y debe decidir con cuál se casará. Esta escena es una glorificación de la ingravidez y una de las más temidas por las bailarinas, pues Aurora repite las mismas secuencias de pasos, de gran dificultad técnica, con cada uno de los hombres, como juzgando cuál de ellos será el marido adecuado, que consisten en mantenerse sobre la punta de un pie mientras el candidato la hace girar sobre sí misma (*soutenu en tournant*), y soltar su mano mientras mantiene una pierna estirada en el aire (*développé à la seconde*) antes de pasar al siguiente, a quien ofrece su mano con gracilidad, como si no necesitase ese apoyo, mientras hace un equilibrio en *arabesque*, y luego soltar la mano para subirla a quinta posición. Todo depende de ese movimiento, ejecutado con garbo por Fumi Kaneko. Poco después, la princesa se pincha el dedo con un huso y cae en un sueño profundo que durará cien años, cumpliendo la maldición impuesta por la bruja Carabosse. Cuando despierta, sus antiguos pretendientes han muerto, pero tiene uno nuevo a los pies de la

cama, cuyo beso la ha sacado de su encantamiento. En la escena del baile nupcial, repite una variación de ese movimiento, pero esta vez su *partenaire* la abraza amorosamente al final del giro.

En ambas disciplinas, el zapato era esencial para el desempeño estético. No sería lo mismo si los pies de la patinadora, azulados por el frío, intentasen esas proezas, o si los pies castigados de la bailarina, con las uñas rotas, fueran dejando un reguero de sangre a su paso por el escenario. No quedaría tan refinado. Sí sería más real. Me intrigaban esas sonrisas que esgrimían a pesar del tormento inherente a sus disciplinas, orgullosas. La patinadora se caía alguna vez, tras un salto un poco más difícil, pero se levantaba sin una mueca de dolor. Me quedaba absorta detallando sus disfraces, los maillots de colores y los recogidos, y los giros en el aire. Cómo me gustaría adquirir esos conocimientos, conocer la liviandad del cuerpo...

La última vez que patiné quise copiar a unas chicas que hacían piruetas en el Palacio de Hielo, ese centro comercial sin licencia de apertura construido sobre terreno público destinado a un polideportivo. El primer intento me salió bien, al segundo cogí más impulso, y al tercero me envalentoné, di varias vueltas en el aire y acabé dándome un planchazo en esa piscina helada. Me arrastré hasta el borde de la pista para agarrarme a la barandilla, comencé a ver luces y me desperté en brazos de un monitor que se deslizaba sin esfuerzo aparente por la superficie blanca y fría, como si flotase, hasta depositarme en un banco de la entrada. «Vuélvelo a hacer, por favor. ¡Era guapísimo!», me pidieron mis amigas para que se nos acercase de nuevo, sin preocuparse de mi desmayo. Durante unos minutos, a sus ojos, me había convertido en Aurora, la princesa de un cuento de hadas, rescatada de su letargo invernal

por un flamante príncipe. Yo me negué a seguirles la corriente y me quité los patines.

De niña yo también era un pájaro, brincaba en mi trapecio y disimulaba el dolor del roce de la cuerda o del esfuerzo con una sonrisa, pero había olvidado cómo volar. Mi madre no me permitió intentarlo de nuevo después de verme caer, ni volver a la militancia después de haber pasado por comisaría. No entendió nunca que el camino de perfección a veces debía sortear maldiciones y atravesar bosques encantados cubiertos de zarzas que te arañaban los brazos y las piernas. En mis caminatas, erraba sin rumbo, y ya iba siendo hora de fijarme algún objetivo, un destino que alcanzar.



«Yo al más chico también lo perdí una noche de invierno, desperté en un charco de sangre y casi no lo cuento. Pero no te preocupes, “mujer legrada, mujer embarazada”, dicen todos. Tuve que tirar el colchón a la basura. Estaba empapado.»

Este acontecimiento había levantado olas en las aguas calmas. Cuando iba a visitar a mi madre, quien intentaba consolarme esmerándose en la cocina, las vecinas me agarraban del brazo en el portal o me susurraban sus desgracias en el ascensor mientras me daban el doble pésame, por mi abuela y por X. De repente, les habían entrado ganas de confesarse, de liberarse del estigma y del mutismo. Descubrí que no era la única, sino que se trataba de algo más común de lo que creía. Muchas habían abortado alguna vez en la vida o habían perdido a un hijo al poco de nacer. Las circunstancias variaban, pero el hecho era el mismo: en sus relatos subyacía una esperanza truncada.

Sorprendida por la avalancha de testimonios, casi me arrepentí de no haberles contado a mi vez la verdad sobre los motivos de la interrupción de mi embarazo, pero todavía no estaba preparada para decirla en voz alta, y preferí ceñirme a mentir por omisión, al menos de momento. Me contaron historias que desconocía, noches de dolor y legrados que habían callado hasta ahora. Alguna llevaba años intentando que los bebés congelados se agarrasen a su cuerpo, gastándose una fortuna en clínicas de reproducción asistida, pero en balde: nunca pasaba del primer trimestre. Otra había sido

diagnosticada con un «útero hostil», y creyó que era una broma cuando oyó el término, pero el médico lo decía en serio.

La que más me impactó fue la historia de mi abuela, sepultada por décadas de silencio, que mi madre me narró como de pasada, mientras poníamos la mesa, aunque me dejó claro que, de seguir ella con vida o de no haber perdido yo a X, nunca habría soltado prenda. Los secretos de los muertos pertenecían a los vivos, como una brújula para encontrar el rumbo en medio de la tormenta.

Mi abuelo era un genio despistado. Trabajaba en un instituto de investigación nuclear y daba clases en la universidad. Durante la crisis de los misiles de Cuba, pensó que se iba a acabar el mundo y compró un terreno rústico en San Lorenzo de El Escorial. Construyó una casa con paredes gruesas y un sótano en el que almacenar comida para varios años si fuera necesario. Era un búnker de piedra y musgo, adonde se mudó con su mujer y su hija.

Una mañana, sufrió un accidente en el laboratorio y les dijo a sus alumnos que se iba a morir pronto. Se le había caído al suelo uno de los elementos radiactivos con los que estaba trabajando y lo cogió con la mano. Nueve meses después, su mujer dio a luz a un bebé que vivió tres días y no le enseñaron a nadie. En aquella época, no hacían ecografías, nada más escuchaban el latido del corazón del feto con una especie de trompetilla metálica que te pegaban a la tripa. Mi abuelo murió al poco tiempo de una leucemia. Ella se quedó en esa casa en el lindero del bosque, malviviendo con su pensión de viudedad y criando a su hija. Era joven todavía, pero no se volvió a casar.

Mi madre no recuerda mucho más, no la dejaron ir al hospital ni al entierro. Aprendió que era un tema del que no se debía hablar. Pronunció la palabra *monstruo* al describir a su hermanito mutante, y no conseguí que me aclarase en qué consistía esa monstruosidad.

Me habría gustado preguntarle a mi abuela por su versión de la historia, pero ya era demasiado tarde.

Intenté imaginar esos tres días que pasó en el hospital después del parto, rezando a su dios para que se llevase de vuelta a ese retoño al que le costaba mirar sin estallar en llanto, mientras su marido maldecía la fatídica distracción de aquella mañana en el laboratorio. Cuando nació, las enfermeras no los felicitaron. Ella estaría exhausta, y le inquietaría el silencio. Pediría ver a su hijo y entonces se daría cuenta de por qué todos callaban. Incluso así, intentaría darle el pecho, era su deber alimentarlo, pero el niño no se enganchaba ni abría apenas los ojos. Entonces supo que no viviría, y dio gracias a la Virgen por ello. Tras el entierro del minúsculo ataúd, se apoyaría en el brazo de mi abuelo, y caminarían despacio hacia el coche. Él sería el siguiente, pero de eso ella todavía no tendría constancia.

Mientras tanto, mi madre se quedó en casa de una hermana de mi abuela. Todo lo que sabía era por terceras personas. Durante ese tiempo que pasó jugando a las muñecas con su prima, el teléfono no paraba de sonar en el salón, y dejaba la puerta del cuarto entreabierta para escuchar las conversaciones de los adultos. Fue así como se enteró.

Yo volvía a casa con la mochila rebosante de tapers y la cabeza llena de historias. Todavía me cedían el asiento en el metro, lo cual era un alivio, pues no habría aguantado las diecisiete paradas de pie, recorriendo el camino del centro a la periferia en la línea marrón.

Mi madre había encajado mejor la muerte de mi abuela que la de su nieto, y quería engordarme y fortalecerme para que volviese a intentarlo. Aun así, a veces, se quedaba con la mirada perdida, y yo temía que fuese a caer en un estado catatónico, pero se afanaba en

cuidarme, a su manera. Me llamaba menos, y, cuando lo hacía, siempre era para invitarme a comer o para cosas precisas. Quizás ella también, como A., estuviera asustada por la blancura de mi tez y mi inapetencia. No le gustaba nada mi pelo cortado a cepillo.

[La palabra *monstruo* proviene del latín *monstrum*, derivado del verbo *monere*, que significa «advertir», aunque san Agustín de Hipona defendía que la palabra *monstruo* provenía de *mostrare*, que significa «mostrar», porque esos seres nos revelarían algo de nosotros mismos o de nuestra relación con el mundo. Me pregunto qué me ha mostrado X, qué ha puesto de relieve, más allá de la fragilidad de mi matrimonio, lo ilusorio de mis esperanzas o el significado de mis pesadillas... Porque el temor a engendrar un monstruo también es el miedo inconfesable a tener que cuidarlo, pues nadie más lo va a hacer, a que tu vida se detenga para atender a un ser que siempre será vulnerable a la vez que un extraño a quien nunca podrás comprender del todo. Es el miedo a la incertidumbre, a lo que escapa a nuestro control, pero también a la enfermedad y a la muerte. Es la cara oculta de la maternidad, la que nadie te cuenta, la que no se publicita, el sacrificio supremo. Es el reverso oscuro de la dependencia, un cuento de terror cotidiano, el hastío del cuidador cuando no hay una mejoría a la vista, ni la va a haber... Entonces, la enfermedad del hijo se convierte en una cadena perpetua, el monstruo en el carcelero que tiene a la madre presa, y la muerte en la única liberación posible para los dos. Pero también está el pánico a morirse antes que el hijo o a no poder seguir cuidándolo, porque, en ese caso, ¿quién se hará cargo de él?

En la Antigüedad, se creía que cuando nacía una criatura con una malformación era una advertencia de los dioses, una señal que

anunciaba que algo terrible iba a suceder. En el caso de mi abuela, el alumbramiento monstruoso fue un heraldo negro enviado por la muerte, un augurio que ella no supo o no quiso descifrar: el aviso de una viudez inminente. Esa creencia perduró hasta el inicio de la Edad Moderna, y Covarrubias la recoge en la entrada correspondiente a la palabra *monstruo* en su *Tesoro de la lengua castellana o española*:

MONSTRO, es cualquier parto contra la regla y orden natural, como nacer el hombre có dos cabeças, quatro brazos, y quatro piernas; como aconteció en el condado de Vrgel, en un lugar dicho Cerbera, el año 1343, que nació un niño con dos cabeças, y quatro pies. Los padres y los demás que estaban presentes a su nacimiento, pensando supersticiosamente pronosticar algún gran mal, y que con su muerte se evitaría le enterraron vivo. Sus padres fueron castigados como parricidas, y los demás con ellos. He querido traer solo este exemplo por ser autentico y escribirle nuestros coronistas. [...] Y Heródoto en el lib. 7 de sus historias cuenta que quando el exercito de Xerxes passó à Europa, parió vna yegua de las que en él iban, vna liebre, y por ser la yegua animal belicoso, y la liebre tímido, y cobarde, fue pronostico del vencimiento, y huida de vn tan grande exercito.]

Pronto descubrimos que los tapones no servían de nada, seguíamos sin pegar ojo. Después de cenar, veíamos muchísimas películas, cuanto más largas mejor, antiguas e, idealmente, con entreactos, y subíamos el volumen. El domingo por la mañana, los vecinos vinieron a disculparse, nos explicaron que su bebé tenía cólicos y que por eso gritaba tanto. Parecían los dos al borde de un ataque de nervios por la privación de sueño.

Estaban incómodos, y no querían pasar del rellano, pero A. los obligó a entrar en casa, en uno de sus arranques de cordialidad con extraños que yo tanto odiaba. Improvisó un aperitivo, y yo aproveché la distracción para coger en brazos al niño, besar sus manitas perfectas y olerle el cuello con disimulo. Ella me lo arrebató: era la hora de su toma. Se sacó el pecho en el sofá, y su hijo se enganchó con avidez, ronroneando de satisfacción. Yo me esforzaba por tragar las lágrimas que se atascaban en mi garganta mientras A. daba conversación a nuestros invitados, que engullían mejillones con patatas fritas. Admiraron las orquídeas, a las que les habían salido flores nuevas.

Al despedirse, esbozaron unas tímidas palabras de consuelo. La próxima vez, dijeron, habrá más suerte. Les regalé la preciosa caja de bombones belgas que A. no había abierto y que yo no podía ni ver y me pregunté cuánto sabrían; las paredes que separaban nuestros apartamentos eran muy finas, casi de papel...

Cuando se fueron, noté que tenía empapada la camisa: la leche había manado a través de las vendas, dibujando en la tela dos surcos oscuros. Esperaba que no se hubiesen fijado. A. recogió los platos sucios, yo barrí las migas del suelo e intenté limpiar la mancha de escabeche de uno de los almohadones. No lo conseguí, y le di la vuelta.

A. se dio cuenta de que había metido la pata al invitarles. Se disculpó, acunándome con dulzura en el hueco de su hombro. Me pasó la mano por la cabeza, a contrapelo. Luego propuso que fuéramos a pasar la Semana Santa a la casa de mi abuela, cuya venta ya estaba apalabrada. Mi madre necesitaba el dinero para comprarle a su vez a mi padre la mitad del piso familiar, porque desde que me independicé y nacieron los gemelos con tantísimos problemas la venía persiguiendo para que se mudase y se repartiesen las ganancias. Ella posponía el asunto, nunca era el momento oportuno, pero cuando quebró el estudio de arquitectura de mi padre y se le comenzaron a caer los dientes, las demandas se fueron volviendo cada vez más acuciantes y ya no pudo desdeñarlas. Yo habría preferido que se fuese a vivir al campo y que no se deshiciese de esa casa, pero jamás le gustó el bosque, ni siquiera de pequeña, decía, siempre le dieron miedo los bichos y la soledad de aquellos parajes.

Sería nuestra última oportunidad de disfrutar de ella, dado que el lunes de Pascua entrarían los nuevos propietarios. Así podríamos descansar por fin, y yo intentaría salvar algún recuerdo. Aprovecharíamos también para subir al monte y que el viento se llevase las cenizas de X, que seguían en la urna metalizada dentro de la maleta que todavía no me había animado a abrir.

Yo solía ser quien organizaba las escapadas, llevaba el calendario laboral inscrito a fuego en la memoria y planeaba los



puentes con meses de antelación, pero ahora se me había olvidado en qué día vivía. No recordaba ni siquiera cuándo caían las fiestas.

[Al buscar en internet fotografías de Chernóbil al hilo del libro de Svetlana Alexiévich que estoy leyendo, me encuentro con lo espantoso: la desolación en la mirada de los niños que se agarran a los barrotes de sus cunas en orfanatos destartados y parecen estar reflejados en uno de los espejos deformantes del callejón del Gato. Recuerdo el lamento del monstruo Frankenstein, maldiciendo a su creador, moderno Prometeo, y pienso que esos niños han sido también malditos, por la radiación y la tragedia, han nacido para sufrir. Y todos los niños que nacerán en esas tierras contaminadas seguirán malditos. Mi hijo, en cambio, no ha nacido, pero tampoco ha sufrido. No ha conocido más que el agua oscura de un lago, en una noche sin luna.

Cuando los bebés de las mujeres de Chernóbil morían, horas después del parto, no los podían enterrar, sino que las enfermeras se los llevaban en nombre de la ciencia, y, para estudiar sus mutaciones, los metían en tarros de cristal, preservados con formol, que etiquetaban con la fecha de su nacimiento. Hoy en día sigue habiendo museos de lo grotesco, herederos directos de los cuartos de maravillas, esos gabinetes de curiosidades donde se podían encontrar viales de sangre de dragón o cuernos de unicornio. Algunos coleccionistas particulares de lo macabro decoran sus salones con esqueletos fetales raros y cabezas humanas jibarizadas, becerros bicéfalos disecados, cerebros en láminas o cuadros pintados por famosos asesinos en serie.]

Partimos el Viernes de Dolores, en cuanto A. llegó del trabajo. Antes de salir de casa, le pedí que desenrollase las vendas que me apretaban el pecho. Me dolía moverme, incluso respirar, y no conseguía dormir con ellas. Al dejar de oír el llanto del bebé de los vecinos, mi cuerpo podría reabsorber por fin la leche que había producido en balde.

En la calle, nos encontramos con muchas familias cargando los maleteros a toda prisa. Me recordó a una escena de *Independence Day*: llegaban los alienígenas y había que huir de la ciudad. En la autopista, pillamos atasco de salida, así que nos desviamos hacia el puerto de montaña, pero había habido un accidente y se nos hizo de noche. Comenzó a llover. El cristal de la luna se empañaba, y encendimos la calefacción. El Mercedes de atrás pitaba, acercándose demasiado a nuestro Clio escacharrado. A. no quitaba los ojos de la carretera serpenteante y respondía con monosílabos.

Temiendo acabar en la cuneta, le rogué que no intentase adelantar a los demás conductores, que ralentizaban al pasar junto al vehículo volcado, mientras los copilotos se pegaban a la ventanilla para no perderse ninguna migaja del dolor ajeno: una niña pequeña con dos coletas rubias y un jersey rosa lloraba, bajo la lluvia, en brazos de un policía que no le dejaba acercarse a la ambulancia. Normalmente, me habría respondido que si quería conducir yo, que él encantado, pero esta vez se limitó a fruncir los

labios, se rascó con furia el eccema por encima de la camisa y levantó el pie del acelerador. Estiré el brazo y le acaricié el cuello.

Pensé que estaba haciendo esfuerzos por ser generoso, por colmar las grietas, y me acordé de esa técnica japonesa llamada *kintsugi*, consistente en reparar objetos de cerámica con un barniz de resina espolvoreado de oro que, en lugar de esconder las imperfecciones, exhibe el encaje de las roturas. En el siglo xv, un señor feudal japonés mandó arreglar en China dos de sus cuencos preferidos de té, se los devolvieron con unas grapas metálicas que no les hacían justicia, y les pidió a unos artesanos de su país que ideasen una solución. Así nació la llamada «carpintería de oro». Los jarrones y cuencos tratados con ese método presentan unas líneas doradas en su superficie, cicatrices brillantes que muestran el desgaste del tiempo. Antiguas piezas reparadas mediante este procedimiento han llegado a valer más que otras de la misma serie que nunca se rompieron. Podría recubrir mis brechas internas con esa resina áurea y barnizar de amarillo cada una de las estrías de mi vientre, como una pintura de guerra. Con ese resplandeciente pegamento, tal vez evitase desgajarme yo también en pequeños fragmentos afilados.

Puse la radio, que funcionaba solo a ratos desde que nos robaron la antena. En una de las emisoras, sonaba esa canción de Suzanne Vega que siempre tarareábamos B. y yo, sobre todo después de un par de copas. Había interferencias, como un chisporroteo similar al canto de los grillos en verano, y yo cantaba por encima de ese sonido molesto, rellenando los huecos:

*There's a woman on the outside  
Looking inside, does she see me?  
No, she does not really see me  
'Cause she sees her own reflection.*

Intenté calcular el tiempo que tardaría Felipe II en recorrer ese mismo trayecto en su carruaje, tirado por cuatro caballos, cuando se desplazaba desde la Corte de Madrid hasta San Lorenzo de El Escorial para supervisar las obras del monasterio. Y me pregunté cuánto tardaría en hacer ese recorrido en el que fue su último viaje, pocos días antes de su fallecimiento. Se encontraba tan débil que se hizo transportar en una silla-litera, porque no habría aguantado el traquetear del carruaje, ni podía ya apenas soportar cualquier otra postura que no fuera la horizontal. Seguramente fueran muy despacio, temiendo que la muerte, como un bandido embozado, asaltase al monarca de improviso en cualquier recodo del camino. Ya no le dejaban comulgar, porque temían que se atragantase con la hostia sagrada. Sabía que iba a morir, y quería hacerlo en el monasterio que había mandado construir para albergar el panteón familiar, que fue inaugurado con la tumba de su padre. Había sobrevivido a sus cuatro mujeres, y se dice que solamente se lo vio llorar en el funeral de la tercera, Isabel de Valois, quien al casarse todavía no tenía la regla, nunca repitió vestido y murió tras dar a luz a una niña de tan solo cinco meses de gestación, que vivió una hora y media. Como remedio para las fuertes náuseas y vértigos que la reina sufría por su embarazo, los matasanos de la corte le habían prescrito sangrías.

Al atravesar el pueblo, el Clio vibraba en los tramos adoquinados. Hacía tiempo que los amortiguadores habían dejado de funcionar, y mi ingle sufría al saltar sobre el duro asiento. Me agarré al asa situada encima de la ventanilla y no me descolgué hasta que dejamos atrás el monasterio y las casas.

Trepamos hacia arriba, zigzagueando por cuestas cada vez más escarpadas, y, en la última curva, A. dio un volantazo. Derrapamos sobre el asfalto húmedo, yendo a parar a unas zarzas que arañaron

la pintura de la chapa, con un chirrido tan desagradable como el de la tiza en una pizarra. El pelaje rojo de un zorro resplandecía bajo los focos delanteros. Era un animal bellísimo, que había surgido sigiloso de la oscuridad y parecía provenir de otro mundo. Permaneció quieto, mirándonos con esos ojos en los que se reflejaba el destello de los faros, y luego, como si fuera una aparición sobrenatural, se desvaneció entre los altos árboles que bordeaban el camino y tapaban la bóveda celeste, impidiendo que llegase la luz de la luna. Quizás se tratase del guardián de la montaña, que había salido a nuestro encuentro para valorar si nos dejaba entrar en sus dominios.

El coche se caló y le costó bastante arrancar de nuevo. Cuando lo hizo, emitió un quejido. Era una carraca moribunda que cualquier día nos dejaría tirados. Ya habíamos tenido que empujarlo en un par de ocasiones. El retrovisor derecho estaba sujeto con cinta aislante, pero se caía cada dos por tres.

Bajé la ventanilla. Olía a tierra mojada y a bosque dormido.

## VI

### El petirrojo y la serpiente

A veces me asombra no morir: un cuchillo helado profundamente hundido en la carne viva, de noche, de día, y se sobrevive.

MARGUERITE DURAS, *El dolor*

Desde que me empecé a tomar las pastillas que me habían recetado, ya no soñaba, o no recordaba mis pesadillas. Me sumía en un letargo profundo del que me levantaba mareada y comatosa, con el cerebro reblandecido, pero tranquila, y me daba miedo engancharme a ese sueño sin imágenes ni interrupciones.

Para tragar los somníferos necesitaba un gran vaso de agua e incluso así se me quedaban atravesados en la garganta. En cambio, los antidepresivos eran unas grageas muy pequeñas y fáciles de ingerir, que parecían caramelos, pero no me gustaba la sensación de euforia desplazada que me facilitaban, y los había acabado tirando por el váter.

Todavía me sorprendía poder tumbarme boca abajo sin impedimento.

Al despertarme y darme cuenta de dónde estaba, sentí el mismo alivio de siempre gracias a los techos altos y los grandes ventanales que daban al bosque. Olía a madera, esa que crujía al pisar un parqué desvencijado que me conocía de memoria con los pies descalzos. Podría caminar con los ojos cerrados sin golpearme ni una vez las espinillas ni tropezarme. El mapa de las habitaciones estaba inscrito en mi memoria.

Esa casa imaginaba ser un barco, navegando entre la cresta de los árboles a mil cien metros sobre el nivel del mar. Era una fortaleza secreta, una lengua materna que nadie más hablaba en el mundo, un territorio conquistado y vencido por los años, testimonio



de una gloria pasada que ahora otros intentarían resucitar. Se caía a pedazos, pero era una decadencia tan sutil que pasaba casi desapercibida entre las ruinas de su esplendor, escondida en las grietas de los muros, en los azulejos rotos o en las goteras. La venta de la casa era para mí el fin de una era, la caída del Imperio romano.

Mi madre no se había llevado casi nada: un par de cuadros y alguna alfombra. Yo me había resignado a ver desaparecer todos esos objetos inanimados que fueron testigos de mi infancia. Ni siquiera podía embalar la biblioteca porque no tendría dónde meterla. Se vendería al peso, para que hiciesen pulpa de papel. Iba a perder un hogar, que sería colonizado por los hunos.

En esta cama de la que me costaba levantarme, me había tumbado mil veces boca arriba, descubriendo figuras de animales ocultas entre las vetas de la madera del techo. Mis ojos acariciaban esos rincones secretos que nunca significarían lo mismo para nadie más: la madreselva del balcón donde se escondía un lagarto amarillo, el armario del hueco de la escalera donde B. y yo encerramos una tarde entera a la *au pair* irlandesa que nos cuidaba, los jarrones decorados con lunarias...

El escritorio de mi habitación propia, en esta casa que ya no sería nuestra, estaba frente a una ventana desde la que veía el monasterio. Cuando la abrí, entró el olor de las jaras, el redoble de los tambores de las procesiones y el repicar de las campanas de las iglesias. Mis recuerdos estaban amarrados a esos lugares y a esos objetos. Victor Segalen contaba que los aedos polinesios recitaban poemas con la ayuda de cuerdas trenzadas: los intervalos y el grosor de cada nudo tenían significados ocultos para el profano, y estaban ligados a una hazaña de un héroe o a la gesta de un antepasado, como talismanes de una memoria oral que se

transmitía de generación en generación. Cuando supieron que los occidentales consignaban sus memorias en unos signos negros sobre hojas blancas de papel, las cuerdas enmudecieron, y los aedos olvidaron sus epopeyas.

Querría quemar la tierra y echarle sal, que nadie más fuera feliz entre estas paredes, que ninguna planta volviera a crecer en este jardín, pero temía abrasar a la serpiente que reptaba en él. Querría destruir el paraíso del que iba a ser expulsada. Aunque tal vez eso ya sucediese hace tiempo, cuando acabó la edad de la inocencia.

Ahora, en cambio, la felicidad no merecía ese nombre, y estaba llena de fisuras por donde se colaban las desilusiones. Quizás tendría que haber sido desgraciada de pequeña para poder soportar la amargura de la vida adulta, quizás no tolerase, todavía, la frustración, o quizás no queramos más que volver a los brazos de una madre, a los placeres sencillos y la certeza de la ternura.

Todos los recuerdos de mi infancia eran de una alegría sin sombras, deslumbrantes como una mañana de agosto. Ojalá pudiera haberle ofrecido a mi hijo una alegría así, aunque fuera mucho más precaria, sin petirrojos vigilando su sueño desde los rosales ni huevos de Pascua escondidos en el jardín.

Me preocupaba qué iba a ser ahora de la serpiente, esa que me había acompañado todos los veranos, reptando entre la hierba mientras yo leía en la hamaca, esa serpiente a la que mi madre odiaba y que había conseguido escapar a todas las trampas. Ojalá los nuevos pobladores fueran igual de torpes a la hora de matar ofidios.

[Según el DRAE, la *catarsis*, entre los antiguos griegos, se refería a la «purificación ritual de personas o cosas afectadas de alguna impureza», y entre sus significados se encuentran el «efecto purificador y liberador que causa la tragedia en los espectadores suscitando la compasión, el horror y otras emociones», la «purificación, liberación o transformación interior suscitadas por una experiencia vital profunda» y, en biología, la «expulsión espontánea o provocada de sustancias nocivas al organismo».

Escribo este relato para dejar constancia, y para poder dejar atrás, de alguna manera, este episodio de mi vida. Olvidar no, olvidarlo es imposible. Pero sí atenuar el dolor. O comprenderlo, disecarlo, desmenuzarlo. La urna con las cenizas de X, mi vientre todavía abultado y la factura de la clínica son las únicas pruebas del acontecimiento.

No puedo pensar en otra cosa, y continúo escribiendo en esta maltrecha libreta de tapas amarillas, como un exorcismo o una catarsis. Tampoco sé si me acercaré a una descripción veraz o al menos aproximada de aquello, pero he de intentarlo. A pesar de todo, será preferible al silencio, contra el que escribe Simone de Beauvoir: «En Francia cada año un millón de mujeres aborta en condiciones peligrosas, a causa de la clandestinidad a la cual se ven condenadas. Esta operación, efectuada en medio hospitalario, no presenta mayores riesgos. El destino de estos millones de mujeres

es silenciado. En consecuencia, yo declaro formar parte de ellas. Declaro haber abortado». <sup>1</sup>

Es casi una transcripción, en realidad. El relato no se detiene. Surge de mi cuerpo, que dicta sus recuerdos. No escribo para disculparme, no hay culpa que expiar ni que hacerse perdonar. Si tuviera que volver a enfrentarme a la misma encrucijada, tomaría la misma decisión. No estoy orgullosa, sí aliviada. La alternativa no era viable. El secreto, sin embargo, me pesa. De ahí este libro.

Me busco en otras novelas y en otros libros y en otras vidas. Y me encuentro. A los personajes femeninos, en literatura, muchas veces los espera el convento, el manicomio o el suicidio. Incontables heroínas mueren ahogadas tras un desliz, seducidas y abandonadas, o forzadas a la prostitución... Finales edificantes con moraleja: las mujeres caídas no se levantan. Quizás sea hora de agarrar el timón y redirigir el rumbo, en busca de un nuevo arquetipo. Por mí y por todas mis compañeras.]

El Domingo de Ramos en que nos despedimos de nuestro hijo el cielo estaba despejado. No había ni una nube en el horizonte, era una mañana luminosa que no se correspondía en nada con mi estado de ánimo. Yo habría querido que lloviznase al menos un poco, que la urna metalizada no resplandeciese tanto bajo el sol primaveral. A. y yo salimos al alba, para no encontrarnos con nadie. Subimos a un risco cercano a la casa, trepamos a una roca y desde allí esparcimos las cenizas de X. La mano le temblaba al abrir la urna. Era apenas un montoncito de polvo grisáceo.

Me arrepentí de no haber colocado mi anillo de casada dentro del diminuto ataúd, a modo de óbolo, para pagar al barquero del río que transportaba a las almas hacia el mundo de los muertos. Era tan pequeño que no ardería mucho tiempo, se consumiría rápido, como la leña menuda que recogía en el bosque para encender la chimenea. Cuidamos de ponernos de espaldas al viento, que soplaba con fuerza, para que las cenizas volasen en la dirección adecuada. Se dispersaron enseguida.

Le dijimos adiós a nuestro pequeño, aunque él ya se había ido mucho antes y no estaba en aquel polvo gris que volaba en un cielo sin nubes, hacia la cima de la montaña, donde anidaban las águilas que desplegaban sus negras alas sobre nuestras cabezas. X y su fantasma habían desaparecido, dejándonos a los dos solos de nuevo. A. me abrazó con rabia, como si temiera perderme a mí también.

Luego, me ayudó a descender de la roca, y bajamos de la mano bosque a través. Creí ver el brillo de una lágrima corriendo por su mejilla. Tal vez se estuviera resquebrajando esa coraza en la que encerraba con llave sus sentimientos. Estaba compungido, la pequeñez de la urna y el ritual de despedida le habían mostrado por vez primera lo tangible de nuestra pérdida, pero yo sentía el alivio del héroe griego al cumplirse la profecía. La espera había terminado, y me encontraba en un tiempo fuera del tiempo, como si me estuviera saltando clases o escabullendo del trabajo. Había salido de escena.

Mi madre declinó la invitación, aduciendo que le dolían demasiado las rodillas para caminar tanto desnivel. Me sentó mal que no quisiese acompañarnos. A mi padre no le había dicho nada; seguía disgustada por el poco caso que le había hecho a mi infortunio.

Era Lunes Santo, y ardía Notre-Dame, hogar de Quasimodo el campanero, el jorobado, el tuerto, el patizambo, con el que debían tener «cuidado las mujeres preñadas» o con «ganas de quedar preñadas». <sup>1</sup> Mi madre me llamó disgustadísima, como cuando los talibanes destruyeron los Budas gigantes de Bamiyán, o cuando el ISIS arrasó los templos de Palmira, y me tuvo una hora al teléfono rememorando esas navidades que pasamos en París en casa de una amiga suya, hija de republicanos exiliados, poco antes del divorcio. Hacía muchísimo frío, y nos poníamos forros polares de colores chillones y leotardos debajo de los pantalones. No íbamos nada elegantes los tres cuando nos vimos reflejados de cuerpo entero en cada uno de los diecisiete arcos de la galería de los espejos en donde se celebró el matrimonio de la loba austriaca con el delfín de Francia. Entonces no sabíamos que ese sería nuestro último viaje en familia.

Por la noche fuimos a ver una procesión. La Semana Santa siempre me producía cierta fascinación teñida de recelo, con todos esos rostros tapados por sombreros cónicos desfilando por las calles, a la luz de las velas, como una serpiente sinuosa acechando a su presa.

Una de mis amigas del pueblo desfilaba descalza, y nos saludó con una inclinación del capirote. Perteneecía a la Hermandad del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, en cuya página web explicaban que su Cristo de madera fue escondido durante la

Guerra Civil en una sepultura de los Padres Agustinos: «Curiosa Paradoja, el Rey de los Vivos había estado, no ya por tres días, sino por algo más de tres años oculto en el reino de la muerte».

Había algo inquietante en el contraste entre los pies desnudos de mi amiga y su cuerpo velado por gruesas telas. En el pectoral lucía el emblema de la cofradía: una cruz bordada en color morado a la que se superponían corona de espinas, escalera y vara con hisopos doradas. El jefe de paso y los celadores de filas vigilaban que los penitentes no se desviaran del camino establecido, que mantuvieran la distancia entre unos y otros y el ritmo de las andas, pero siempre había algún niño distraído que se iba hacia otro lado.

Ella llevaba años estudiando unas oposiciones y necesitaba pedir el favor de su dios y de la Virgen para que la ayudasen. La última vez, había tenido mala suerte. Su casa se incendió dos semanas antes del examen, y no pudo entrar en su cuarto en llamas para poner a buen recaudo el ordenador, donde tenía todos los apuntes y los resúmenes. Uno de los bomberos murió al caer del tejado mientras apagaba el fuego, del que nunca se supo la causa. Ella obtuvo peor nota que el año anterior, a pesar de haber estudiado más. Estaba todavía nerviosa por lo ocurrido, y cayó uno de los temas que no llevaba bien preparados. El día de la oposición, se puso un vestido verde que olía a quemado, como toda su ropa. No había tenido tiempo de ir de compras.

Solamente se volvería a presentar en una convocatoria más, me explicó, ya en su casa, después de la procesión, mientras se quitaba los pesados ropajes que la envolvían: capuchón, túnica y guantes de color blanco, pantalón y zapatos negros, cíngulo morado del que pendía el Crucifijo Emblema de Hermano anudado en el lado izquierdo. No podía seguir suspendiendo. Quería irse a vivir con su novio y ganar dinero, dejar de ser un parásito. Rascó con una uña la



cera fundida del cirio que se había quedado pegada en el dorso de los guantes y los dejó doblados junto al capirote, encima de la cama. Yo sentía, clavados en mi espalda, los agujeros de los ojos que me miraban, amenazantes.

La madre también había desfilado, pero en la cofradía de los esclavos de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, porque en la de su hija no dejaban a las señoras vestir mantilla y tacones, sino que los cofrades de ambos sexos debían ir ataviados con el mismo atuendo penitencial. Trajo un barreño y una esponja, se arrodilló y le lavó con cuidado las plantas de los pies, después de extraer con unas pinzas los cristalitos que se había clavado en el talón derecho. El agua caliente quedó teñida de rosa.

Había pedido por su hija, me dijo, y también por mí, y esperaba que sus plegarias fueran atendidas. Mi abuela solía acabar el día rezando por sus seres queridos, pero desde que había muerto nadie intercedía en mi favor con el más allá ni encendía velas por mí. De niña, cuando me quedaba a dormir en su casa, me hacía repetir aquello de «Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan», y al final hacíamos una lista de aquellos que deseábamos que fueran protegidos por esos ángeles guardianes que velaban mi sueño.

El cuarto seguía apestando a humo, a pesar de que hubieran pasado varios meses del incendio, pero ellas no se daban cuenta. Estarían ya acostumbradas.

[San Lorenzo fue quemado vivo en una parrilla, en el Cementerio de Verano de Tiburtino, el 10 de agosto de 258, y la leyenda cuenta que, en medio del martirio, dijo: «Asado parece ya de un lado, gíralo y cómelo».

Para celebrar la victoria de San Quintín, ocurrida el 10 de agosto de 1557, día de san Lorenzo, que habría intervenido ante Dios para asegurar el feliz desenlace de la batalla, Felipe II mandó construir este monasterio de granito en su honor, con una planta en forma de parrilla, instrumento que aparece en casi todas sus representaciones pictóricas. Ordenó reunir también allí las reliquias del santo dispersas por la cristiandad: la cabeza y el pie y algunos huesos y el lienzo en que fue envuelto e incluso la propia parrilla donde fue quemado.

Por otra parte, los martirios infligidos a los primeros cristianos no desmerecían a los que ellos luego infligieron a su vez. Recuerdo un museo cántabro al que mi madre me llevó de pequeña: una torre de piedra en donde se exponían réplicas de los instrumentos de tortura empleados por la Santa Inquisición para que las brujas confesasen sus delitos. En su afán divulgador, no siempre medía mi edad, y me exponía a conocimientos que nutrían mis terrores nocturnos.

Me dijo que lo más probable era que a mí me tuvieran por bruja, ya que tenía una mancha de nacimiento escarlata en la espalda y un ojo de cada color, marcas del diablo. Eran también hechiceras las curanderas que asistían en los partos y cosechaban hierbas del

campo para sus remedios, y sospechosas de ocultismo las mujeres que no parían niños sanos, o aquellas cuyos vientres insistían en permanecer baldíos, campos en eterno barbecho.

Era un mundo de verdugos e inquisidores. Era verdugo también el vecino envidioso que denunciaba, e inquisidora la vecina que espiaba con la oreja pegada a la pared o detrás de los visillos. Para que admitiesen sus faltas, sus aquelarres y sus danzas desnudas a la luz de la luna llena, y sus cópulas con animales que caminaban erguidos con patas de cabra, los verdugos hacían prueba de una gran imaginación, y muchas ordalías se centraban en los órganos reproductores femeninos, ese pozo insaciable de maldad y lujuria.

Quedaron grabados en mi memoria infantil el taburete de hierro al rojo vivo donde les hacían sentarse para que se les quitasen las ganas de entregarse de nuevo a Belcebú, el burro español en donde se amarraba a las adúlteras con las piernas abiertas para que fueran cortadas en dos por las púas triangulares sobre las que se colocaban sus partes íntimas, la pera de la angustia, que se introducía cerrada en la vagina de la víctima y la destrozaba al abrirse sus cuatro pétalos de metal y la araña arrancasen.

Se suponía que no se podía torturar más de tres veces seguidas a una persona, pero cuando a pesar de todo no conseguían arrancarle una confesión, los inquisidores se inventaban nuevos cargos para perseverar en el intento. Yo habría firmado enseguida, nada más ser apresada; han pasado varias décadas y todavía me persiguen en sueños las imágenes de esos instrumentos con los que se les aplicaba a las mujeres la justicia divina.

Consideraban asimismo que los hijos con deformidades eran el resultado de un grave pecado, o la prueba de que la madre había yacido con Lucifer. Esto quizás fuera lo que eximiese, por otra parte, a los varones de considerarse padres de los monstruos, dado que

era el diablo quien había engendrado al ser espantoso, y no ellos, con lo cual podían desentenderse de esa paternidad indeseada.

El propio doctor Frankenstein maldijo a su creación, no ejerció en ningún caso una paternidad responsable y es en última instancia en quien recae la culpa de las crueles acciones de su hijo abandonado: «¿Por qué me traes a la memoria —repliqué— la circunstancia, cuyo recuerdo me hace estremecer, de que he sido yo tu miserable origen y autor? ¡Maldito sea el día, demonio abominable, en que viste la luz por primera vez! ¡Malditas (aunque sea yo quien las maldiga) las manos que te formaron! Me has hecho desdichado más allá de cuanto cabe imaginar. No me has dejado la posibilidad de considerar si soy contigo justo o no. ¡Vete! Líbrame de la visión de tu presencia detestable». <sup>1</sup>

A su vez, Felipe II fue padre de un hijo enfermizo y no muy bien formado —fruto del matrimonio con su prima hermana— a quien acabó confinando en la torre del Alcázar de Madrid: un príncipe de Asturias maldito trepanado por Vesalio e inhumado en el Panteón de los Infantes del monasterio del que se cuenta que gustaba de asar liebres vivas y azotar muchachas y cegar caballos y arrojar pajes por la ventana.]

## 6

Mi abuela iba a misa los domingos en el monasterio, y de pequeña la acompañé más de una vez. Ella era una feligresa asidua y una católica convencida, a mí me aburrían los sermones, pero me fascinaban las velas, el olor a incienso y el coro de escolanos, que viven allí internos y pierden su estatus de niños cantores cuando les muda la voz en la adolescencia. Nunca faltábamos a los conciertos del 23 de diciembre. Íbamos pronto, para coger sitio.

En la página web de la escolanía había un apartado para conseguir nuevos reclutas con el epígrafe de «¡VENTE A CANTAR!» y una foto de dos chiquillos haciendo el tonto, con el mismo jersey rojo de punto y un emblema bordado. Al agrandar la foto, se veía mejor el emblema: una parrilla de color azulado, con una corona de hilo de oro y rodeada por florituras también doradas. Uno de los niños llevaba unas gafitas redondas de juguete, al estilo de Harry Potter, y le pasaba el brazo por el hombro al otro mientras miraba a cámara con una seriedad impostada.

El Jueves Santo, el papa Francisco lavó y besó los pies de doce reclusos en la cárcel de Velletri, en el sur de Roma, y yo fui a pedirle al cura mi partida de bautismo. Reconoció enseguida mi apellido materno. El alzacuellos se clavaba en la piel rosácea, que rebosaba un poco por encima. Acercó sus dientes grises a mi cara y me preguntó, con aliento agrio, que si la requería para officiar un matrimonio eclesiástico. Había una larga lista de espera para casarse en esa iglesia, pero me recomendaba probar en la capilla

de Abantos, que también podía servir para una ceremonia más íntima. Le respondí que ya me había casado por lo civil, y que pretendía apostatar. Me extendió el papel, y me dijo que a mi abuela le habría disgustado mi decisión. Tenía razón, y por eso había esperado hasta su muerte, para que nadie pudiera chivárselo, ni siquiera él. Me la imaginaba perfectamente, santiguándose escandalizada. No quise discutir, cogí lo que había venido a buscar y me despedí.

Al salir al Patio de los Reyes y dejar atrás la oscuridad de la iglesia, estornudé tres veces. En uno de los laterales, creí ver a un niño con la nariz pegada al cristal. Busqué las gafas de sol graduadas en el bolso, pero cuando me las puse el crío había desaparecido. ¿Sería esa su habitación? ¿Se distinguiría en algo de una celda monacal? Quizás los cuarenta y cinco escolanos, presos entre los muros de granito, espíasen el exterior detrás de cada una de esas ventanas cerradas desde los tiempos de Felipe II.

Las estatuas grises de los monarcas me miraron marchar sin inmutarse, mientras un tropel de turistas asiáticos se adentraba en la basílica siguiendo a un guía con chaleco amarillo. Tal vez mi gesto de rebeldía fuera ingenuo y fútil, pero por lo menos sería consecuente.

*No obstante, deberá tener presente que en el caso de que tuviera lugar el abandono de la Iglesia católica, mediante acto formal, como usted ha anunciado, la Iglesia siempre estará dispuesta a acogerla, si deseara volver a vivir y morir en su seno.*

Mi madre me había pedido que adecentase la casa, e incluso nos atrevimos con la jardinería. Trasplantamos una hortensia, recogimos las hojas muertas y las agujas de los pinos. Arrancamos las zarzas del jardín y las malas hierbas que crecían entre las baldosas de la terraza.

A. pintaba con las acuarelas que mi abuela compró para sus clases de arte, y encontró una guitarra desafinada en el altillo del dormitorio principal. Yo leía y escribía. Los días eran iguales y plácidos, encontraba descanso en la repetición. No había sorpresas ni visitas. Por fin, me sentía a salvo. Tenía la impresión de haber esquivado por los pelos una bala dirigida a mi corazón. La pesadilla había terminado, pero podría haber durado el resto de nuestras vidas si no le hubiésemos puesto remedio. Habríamos padecido lo indecible al ver sufrir a nuestro hijo.

Cocinábamos con las hierbas aromáticas que había plantado mi abuela en el patio, justo enfrente de la puerta de la cocina: romero, tomillo, albahaca y hierba limón. Estaba todo tal y como lo dejó. En su mesilla de noche había un rosario y una Biblia, la funda de la dentadura postiza y una foto de su difunto marido, a quien le solía hablar a todas horas. Era como si todavía estuviera allí, y hubiera salido un momento nada más, a por el pan, o a dar una vuelta, y fuese a volver pronto. Entonces el menú sería de vigilia: bacalao con garbanzos, nada de carne en toda la semana, y docenas de torrijas caseras, con canela pero sin almíbar.

En el desván dormían familias de murciélagos, y por las noches los oíamos gritar. Eran una especie de chirridos. Me preguntaba qué se dirían. Uno de ellos se cayó a la piscina, y lo pesqué con la pala que usábamos para recoger las hojas de la superficie del agua. Estaba encogido y medio muerto, pero extendí sus alas al sol y al rato echó a volar.

Cuando no llovía, por la mañana subía al monte, tiraba piedras al río y miraba las ondas. Volvía con la mochila llena de piñas y de palos para prender el fuego. Todas las tardes leía junto a las llamas, mientras se retorció la retama y chasqueaban las cortezas. Desde mi ventana espiaba a los corzos, pero nunca me los encontraba cuando caminaba por el bosque: corrían a esconderse antes de que pudiera verlos.

La soledad del pinar era apacible, me sentía liberada del esfuerzo que requería impostar una apariencia de normalidad. Solamente me cruzaba a lo lejos con el vecino, paseando a sus perros, que ladraban al verme. Entonces mi cuerpo empezaba a temblar y retenía la respiración hasta que los perdía de vista. En las praderas, las vacas me miraban con esos ojos líquidos y negros en los que yo leía un aviso: no debía acercarme demasiado a los terneros que mamaban confiados sin reparar en mí. Algunas veces llegaba hasta el Pozo de las Nieves, la fresquera del monasterio, en donde cabían hasta veinte mil arrobas de nieve, aisladas con capas de helechos, que se bajaban de la montaña en carretas tiradas con mulos para que el rey y su corte no se privasen en verano de sorbetes y bebidas refrescantes. Desde allí podía verse el Valle de los Caídos, que había recibido más visitas que nunca desde el anuncio de la exhumación de Franco, provocando retenciones en la salida de la autopista, sobre todo los días festivos a primera hora de la mañana.



Un pino viejo se había abatido sobre una cercana mansión deshabitada, que tenía cuatro chimeneas, y yo fantaseaba con colarme en ella, trepando por el tronco y pasando por el agujero que había abierto en el tejado. Las tormentas habían tirado muchos árboles. Algunos eran arrancados de cuajo, con raíces y todo, otros se quebraban por la mitad. Por la sequía, se rompían más fácilmente, ya no eran tan flexibles.

Le pedí a A. que me ayudara a partir en trozos más pequeños para que cupiesen en la chimenea unas ramas que habían caído en el patio. Desempolvó la sierra y me enseñó a usarla, con unos guantes gruesos, para evitar accidentes. Le cogí el truco muy rápido. Tenía la impresión de que el fuego calentaba más ahora que era yo quien cortaba los leños que ardían en él, aunque la madera estuviese todavía verde.

[Un petirrojo muy atrevido insiste en meterse en la casa, y luego se estrella una y otra vez contra las ventanas de la cocina intentando salir, y hay que ayudarlo. Quizás estuviera buscando a mi abuela. Seguramente también él la echase en falta. Desde entonces, A. todas las mañanas le reserva una tostada, la corta en pequeños cuadraditos que esparce por el suelo del patio, tal y como hacía ella. Si nos quedásemos aquí mucho más tiempo, tal vez consiguiere amaestrarlo y lograr que comiese de su mano. Algo tiene mi marido que apacigua a los animales.

Según mi guía de aves, en el Norte de Europa los petirrojos (*Erithacus rubecula*) están más acostumbrados a los humanos: se han convertido casi en animales domésticos. No son asustadizos, pero sí cautelosos, crían en linderos forestales o en terrenos arbolados, y el sonido de su reclamo recuerda al de un reloj al darle cuerda. Durante la época del celo, los petirrojos machos alimentan a las hembras, ocupadas en la construcción del nido.

Yo estoy deconstruyendo el mío, o procurando cicatrizar después de su destrucción, mientras A. cuida de mí como si fuese una planta marchita o un animal herido. Ha seguido haciendo fotos de mi cuerpo desnudo todas las semanas, y en ellas se aprecia la recuperación. En este presente desde el que escribo, las pruebas de lo sucedido se van difuminando. Mi pelo no es tan corto, y ya va bajando la barriga. Los pezones siguen un poco más grandes que antes, pero han menguado los pechos que acaso vuelvan algún día

a llenarse de leche. Mi cuerpo ya no está fabricando otro ser. O quizás sí.

A su vez, durante la muda, las serpientes están apáticas y no comen, concentradas en cambiar la piel. Se sienten frágiles, o expuestas, por lo que se esconden unos cuantos días. En el proceso de la ecdisis se reparan heridas y se desprenden de posibles parásitos. Con su piel nueva, pueden volver a trepar a los árboles, usando sus escamas para agarrarse a las irregularidades de la superficie, y así comerse los huevos de los nidos. Espero que el petirrojo haya elegido una rama bien alta, de difícil acceso, para el suyo.

Se acerca el Lunes de Pascua, y tendremos que irnos pronto de aquí. Cómo voy a añorar esta casa en las montañas. La placidez de este sanatorio improvisado me está sentando fenomenal, y comienzo a pensar que la mala suerte no puede seguir persiguiéndome siempre. He llenado unos saquitos de tela con las hojas verde oscuro de las jaras, para llevarme su olor conmigo.

Por las noches, nuestros cuerpos se buscan y se acarician a tientas en la oscuridad. Tal vez otro niño llegue a existir en el lugar que habría ocupado X. Quizás ya esté atrapada de nuevo, sin saberlo todavía, en ese nudo materno del que escribe Jane Lazarre: «Estás atrapada en el nudo materno —me dijo casi siseando—. ¿No te gustaría volver a sentir los movimientos de un bebé en tu vientre? [...] ¿Ese dolor y ese tormento otra vez? ¿Volver a recluirte durante meses y meses, sumergirte bajo el agua sin oxígeno, en un mundo lejos del mundo, descendiendo a las profundidades conforme pasan los meses hasta que finalmente nace y, entonces, alcanzas el nivel más hondo posible, lo más alejado de la vida cotidiana, para vivir aislada bajo el océano durante dos o tres años?».]<sup>1</sup>

La noche antes de irnos diluviaba. Parecía que hubiera llegado el fin del mundo en ese Domingo de Resurrección, o que el tejado se fuera a derrumbar bajo los puños de un titán furioso.

Hice un fuego tan grande que pensé que la casa se calcinaría y nosotros con ella. Eché todos los troncos que quedaban apilados debajo de la escalera, y los palos y las piñas que había estado recogiendo en mis excursiones. La leña menuda ardía en la chimenea como ardería en su momento el pequeño ataúd de mi hijo en el crematorio belga.

Quemé las fotos de mi primera comunión. Todavía empapelaban las paredes de la habitación de mi abuela: las manoleínas que me hicieron rozaduras, el vestido blanco con una cinta rosa, el rosario en las pequeñas manos enguantadas, la diadema de margaritas. Estuve tentada de lanzar también a las llamas la libreta de tapas amarillas, pero A. lo impidió, rescatándola justo a tiempo. Él era de los pocos que entendían mi letra, y me pidió permiso para empezar a leer.

Al día siguiente, habría salido de cuentas. Habría sido una fecha señalada que marcar en la agenda en los años venideros, el día del cumpleaños de X, que a estas alturas ya tendría un nombre.

Decidimos marcharnos a primera hora de la mañana, para no cruzarnos con el camión blanco de mudanzas en el que llegarían los nuevos propietarios, a quienes dejamos las llaves escondidas en una maceta del porche.

# Notas

1. Deborah Levy, *Cosas que no quiero saber*, Literatura Random House, 2019, pág. 27.

1. Marguerite Duras, *La vida material*, Alianza Editorial, 2020, págs. 64-65.

1. Mary W. Shelley, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, Alianza Editorial, 2011, pág. 186.



1. Jesús Mosterín, «Obispos, aborto y castidad», *El País*, 24 de marzo de 2009.

1. Christa Wolf, *Cassandra*, El País, 2005, pág. 64.

1. Maggie Nelson, *Los argonautas*, Tres Puntos Ediciones, 2016, pág. 139.

1. Maggie Nelson, *Los argonautas*, Tres Puntos Ediciones, 2016, pág. 200.

1. H.P. Lovecraft, *Los pilares de Cthulhu*, Alianza Editorial, 2018, pág. 195.

1. Simone de Beauvoir, «Manifeste des 343 salopes», *Le Nouvel Observateur*, 5 de abril de 1971.

1. Victor Hugo, *Nuestra Señora de París*, Alianza Editorial, 2019, pág. 69.

1. Mary W. Shelley, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, Alianza Editorial, 2011, pág. 147.



1. Jane Lazarre, *El nudo materno*, Las Afueras, 2018, págs. 258-259.

*Leña menuda*

Marta Barrio

XVII Premio Tusquets Editores de Novela 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Laura Wächter

© Marta Barrio, 2021

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara.

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.  
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2021

ISBN: 978-84-1107-031-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**

